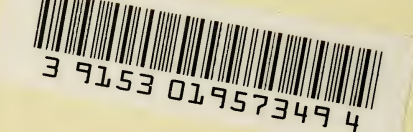
GRAN CIENCIA

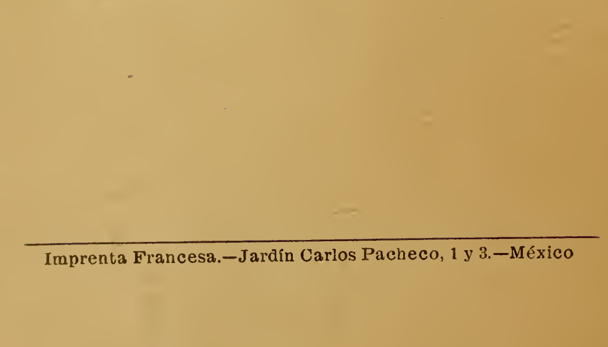


(...CHO POLO)

EMILIO RABASA



LA GRAN CIENCIA



Imprenta Francesa.—Jardín Carlos Pacheco, 1 y 3.—México

NOVELAS MEXICANAS

LA GRAN CIENCIA

ORIGINAL DE

SANCHO POLO

(EMILIO RABASA)

SEGUNDA DE LA SERIE

TERCERA EDICIÓN



LIBRERÍA DE LA VDA. DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
45, Av. Cinco de Mayo, 45

1919

I

LA CALIGRAFÍA

¡Bendiga Dios a aquel Don Juan Francisco Camacho y Fernández, de quien recibí, en mi niñez, las durísimas lecciones de instrucción primaria! Cierto es que aplicaba con rigor, en cada modorro educando, el sabio principio de que la *letra con sangre entra;* cierto que más de una vez descargó la regla que siempre llevaba en la mano, sobre los nudillos de la mía, por el solo delito de tomar la pluma con los cinco dedos; cierto que la blandura de mis orejas en mucha parte es debida al manoseo y estira y afloja de que con ellas usó el malhumorado dómine; pero en cambio, si por él no fuera, ¿qué habría sido de mí en una ciudad que por entonces me parecía una Babel, sin más recomendación que

la carta del padre Marojo al Capellán del Calvario?

Que Don Juan Francisco era cruel, que los papás consentidores de San Martín de la Piedra tuvieron con el maestro de escuela más de un disgusto, que enseñaba a la antigua, y todos los demás cargos que pudieran hacérsele, quedan por mi cuenta remitidos y aun justificados, puesto que salí de la escuela a los catorce años con aquella letra inglesa que era orgullo de mi madre, pasmo de mis parientes y envidia de los extraños, y que fue, en la ocasión que voy a referir, abono de mi persona y auxilio de mi necesidad.

Yo, Juan de Quiñones, nací en San Martín de la Piedra, lugar que queda descrito y por menudo pintado en un librejo que rueda por esos mundos con el título de *La Bola*, y que aún no está prohibido leer. En él di cuenta, como de cosa interesante, de los primeros pasos de mi vida; y si el lector le ha leído (como debe), ya se acuerda de mí y de algunas otras personas que aún continuarán dando quehacer a mi pluma, y algún entretenimiento a los que tengan ratos de sobra en su vida.

Contaba yo, a los veintiún años, con un pedazo de tierra caliente, en la cual se asentaban cuatro o cinco jacales y pastaban hasta unas cincuenta vacas; sin perjuicio de algu-

nas brazas de corral, que encerraban, en tiempo de aguas, hermosas matas de maíz, y en tiempo seco los animales destinados a la venta. De tierra caliente he dicho, para no tener que añadir que era hermosa, feraz y rica, por más que no fuera muy próxima a la costa; y baste aquella frase, pues los que conozcan la tierra caliente no necesitan más, y los que no la conozcan no han de entender todo lo que quiero decir, por más que hable como un descosido y describa con más prolijidad que novelista romántico por entregas.

Era aquel rancho sobradísimo para mi subsistencia en San Martín; pero como me vino la necesidad, y sobre la necesidad el antojo de marchar a la capital de mi Estado, en donde vivía ya cierta dulce niña cuyo recuerdo no me dejaba dormir, pensé dar en arrendamiento mi propiedad; pues calculaba que con trescientos pesos anuales que la renta me valía, no podía morirme de hambre en ninguna parte. Pero un maldito picapleitos de mi pueblo, profundo y listo en la ciencia de Papiniano, que se sabía de memoria los expedientes del Juzgado y era extremado en el arte de enredarlo todo, averiguó que mi rancho llevaba a cuestas un gravamen en favor de la capilla de San Lázaro, y aunque se persuadió de que estaba redimido, me armó camorra, me entretuvo en San Martín cinco me-

ses, que fueron siglos para mí, y al fin, para no acabar mi escaso patrimonio en papel sellado y propinas para el Secretario del Juez, consentí en la infame transacción que el tinterillo Severo me propuso. En virtud de ella, renunció aquel bribón *todos sus derechos,* mediante doscientos pesos, que por mensualidades de a quince habría yo de pagar; y hasta fueron por mi cuenta los gastos de la escritura.

Arrendado el rancho, percibiría yo, pues, diez pesos mensuales; pero ¡qué diantre! el padre Marojo me daría una carta de recomendación para el Capellán del Calvario, y según aquél decía, éste era amigo íntimo de un caballero cuya señora era prima de la esposa del Secretario de Gobierno; por donde el padre Morojo y yo veníamos a concluir que el Secretario no podía menos que recibirme con los brazos abiertos. Eso sí, era preciso que yo llevara algo de dinero para hacerme ropa al llegar; pues en las grandes ciudades, como nuestra capital, la apariencia es mucho cuento y más de la mitad del negocio.

Pues nada: el señor Cura me consigue de algún amigo cien duros, y queda encargado de ir pagándolos con lo sobrante de mi renta, deducidos los abonos de la maldecida transacción. Es decir, que me llevo cien duros en el bolsillo para todo gasto, agotados los cuales

me quedo en el aire durante un año poco más o menos; pero repito que esto no importaba, siendo, como era, que a los cinco días de estar en la capital ya habría yo obtenido un empleo con dotación de seiscientos pesos anuales por lo menos, *y para mientras* nada más, pues era claro que yo había de encumbrarme fácilmente.

Emprendí el penoso viaje en mejor cabalgadura y con más adecuados arreos que los que aventureros de mi especie han solido gastar; pero no ciertamente bajo auspicios mejores, dando al cuarto día con mi humanidad en aquello que entonces tuve por populosa y opulenta ciudad, y que hoy considero como un San Martín más grande, menos muerto y menos honrado también.

De hoz y de coz me metí, con cabalgadura y todo, en la casa del Capellán del Calvario, Don Sebastián Quebradillo, quien sea por la sorpresa o por educación, no tuvo más sino recibirme con buena cara, catre para mí y pesebre para mi caballo. Y más que por llenar la recomendación del padre Marojo, por desembarazarse de un huésped gravoso, se dirigió muy pronto y con todo encarecimiento a aquel su amigo, suplicándole pusiese en actividad su reconocida influencia para conseguirme una colocación cualquiera en cualquiera oficina. El amigo habló a su mujer, su mujer a la del

Secretario del Despacho y ésta al mismo Secretario, el cual no hizo caso de aquella milésima impertinencia de su cara mitad.

Mientras tanto pasó una semana, y luego otra, y el amigo del padre Quebradillo aseguraba que sólo se esperaba la *primera oportunidad,* que ya por entonces estaba en uso para partir a los desdichados aspirantes: yo, lleno de cortedad y cobardía, no tenía aún en la ciudad más conocido que el sastre que me hiciera los dos trajes *a la moda,* que turnaba yo cada siete días cuidadosamente.

El más triste desaliento se apoderaba ya de mí, y cierto mal humor del padre, cuando hubo de llegar la ocasión de cierta función religiosa que se celebraba con gran pompa y artificio en el templo del Calvario, y el padre, como de costumbre, formuló en borrador la consabida cartita suplicatoria, pidiendo la limosna de los devotos para la solemnidad aquella, y me encomendó la tarea de poner treinta ejemplares en limpio; pues otros ayudantes tomaban a su cargo las demás.

¡Santo Dios, y qué copia la primera que hice! La fecha que la encabezaba fue pintada con letra gótica pequeña y adornada de limpios rasgos; en seguida la dirección con una interesante bastarda española, y el cuerpo de la carta con aquella inglesa que admi-

raba y suspendía por la firmeza de los perfiles y la gallardía de la forma.

Cuando el padre vió aquello, que yo le enseñé bajo el pretexto vanidoso de saber si le parecía bien así, llegóse a una ventana, extendió el brazo a todo extender para buscar distancia a los cansados ojos, y no dando a éstos crédito, acudió a los anteojos, cuyas varillas se completaban con mugriento cordón, y al través de los lentes pudo al fin persuadirse de que era la copia superior a todo elogio. Creo que su avaricia cedió a su contento, porque aquel día me dió una copita del aguardiente que él tomaba antes de la comida.

Yo escribí la carta para el Gobernador, para el Secretario, para el Tesorero, para toda persona de algún valer; y cada copia era nuevo motivo de admiración para el entusiasmado sacerdote, pues en cada una añadía tres rasgos mi pluma, o modificaba una forma o hermoseaba una letra.

Tres días después comenzaron a llover propinas, que el Cura ocultó a mis cálculos, por lo cual perdí un dato importante. Al anochecer el cuarto, el padre Quebradillo, con alegría que revelaba el deseo de salir del huésped, me llamó aparte y me dijo:

—Mire usted cómo las obras de piedad encuentran recompensados en todas partes. El Se-

cretario particular del señor Gobernador me encontró hoy en la calle, y después de elogiar muchísimo la letra de usted, me rogó, en nombre de su jefe, que le ceda mi escribiente para su oficina. Le he ofrecido que mañana mismo se presentará usted en palacio a recoger su nombramiento. Tendrá usted veinticinco pesos mensuales. Mañana temprano vaya usted a misa en acción de gracias, y después de desayunarse, a palacio.

II

PEPE

Así fue como a mediados de julio me encontré colocado en la Secretaría particular del señor Gobernador, en calidad de escribiente; previa cierta información corrida para averiguar mi origen, educación y antecedentes, con el fin de calcular el grado de confianza que podía hacerse de mi discreción y sensatez. Toda ella salió a la medida de mi deseo, pues el padre Quebradillo declaró que tenía yo más prendas que casa de empeños, y aun certificara mi entronque con el emperador de las Rusias si tal requisito se exigiera para sacarme de su casa y alejarme de su mesa.

Sin embargo, aún permanecía en la una y me senté a la otra durante cinco días más, que fueron bastantes para que yo me hiciera de relaciones con algunos oficinistas, los

cuales me invitaron a vivir con ellos, entrando a escote en gastos domésticos.

Así se hizo, y con el precio de mi caballo, que vendí al primero que quiso hacer postura, me avié de los indispensables muebles para comodidad mía y adorno del cuartucho que mis compañeros me destinaron en la pequeña, mal untada y peor barrida casa en que vivían.

Eran mis compañeros un escribiente del Congreso, que aunque procuraba parecer malicioso, no lograba encubrir los ribetes de su sandez, y otro de la Aduana, que trataba desde hacía un año, con fe y constancia, de completar un soneto amoroso, primero que escribía y que bastó para ablandarle los sesos. Pero falta lo mejor: el tercer habitante de aquella casa. Era éste un hombre indefinible, de quien algunos creían que contaba veinte años, y que yo, en más de una ocasión, juré que alcanzaba los cuarenta. De escasa estatura, ancho y anguloso, no muy provisto de carnes ni de barbas, abundante en cabellos jamás tocados del peine, serio las más veces y risueño y festivo algunas, acusaban sus ojos malicia, penetración y vivacidad, como sus delgados labios, burla, sarcasmo y disposición a las malas palabras.

Todo el mundo le llamaba Pepe Rojo. Yo no le conocí oficio ni beneficio; pero ello es que él pagaba su escote con religiosa puntualidad.

Cualquier día se nos presentaba con el libro bajo el brazo, anunciándonos que tenía solicitado un examen de Derecho internacional, administrativo u otro, y durante quince días creíamos que era estudiante; pero al cabo de un mes nos explicaba que, habiendo tropezado con dificultades que le oponía la parcialidad de alguno de los profesores, reservaba el examen para más tarde y mejor ocasión, y entonces el Wattel desaparecía de su cuarto, con probabilidades de haber ido a una casa de empeños en espera de la mejor ocasión que su dueño aguardaba.

Leía muchos libros que parecían prestados, según entraban y salían, quedando tan poco tiempo en casa, que apenas podía yo imponerme de sus títulos y leer algunas páginas. Y en verdad que con tan diversa y variada lectura, hecha a vapor, no sé cómo aquel hombre no perdió la cabeza. *Los Girondinos, El Periquillo, La Física de Brisson, El Álbum de las Flores, El Tesoro del Parnaso Español, El Príncipe de Maquiavelo, los Cuentos de Dickens, las Leyes de Toro, el Álvarez,* y muchos otros libros que jamás pudieran tener concordia ni armonía entre sí, eran devorados por el estudiante con la misma avidez, sin contar los periódicos de todos tamaños, colores y condiciones, que leía desde el título hasta el último anuncio.

En ello gastaba la mayor parte de su tiempo, consumiendo el resto ya en improvisar versos de cierta chispa con que desesperaba al desdichado Julián, autor del inacabable soneto; ya burlándose del simplísimo Clemente, o haciéndole rabiar con hablarle de sus jefes los señores diputados.

El día que fui presentado a él, se me quedó mirando fijamente y charló un rato conmigo con cierta gravedad; pero, a la postre, frunció ligeramente los labios y me dijo:

—Muy bien, señor Quiñones, muy bien. Está usted en buen camino. Yo tengo la creencia de que la patria suele ser una mala madre; pero que es siempre una excelente nodriza.

Y por lo mismo que se quedó tan serio, yo tuve que reírme, aunque aquello me molestara un tantico.

—No se ría usted, añadió; esto va en serio. Celebro que tenga usted alcances más maliciosos que este par de muchachos, pues habrá en casa con quien hablar; pero no adelante usted las narices de su perspicacia, porque podrían remacharse contra la esquina de mi formalidad. La patria es, como madre joven, incauta y descuidada, y más repara en satisfacer los caprichos de los niños que en corregir sus yerros y llevarlos por el camino de la buena crianza. Esta es la base de mi teoría. Todavía gusta esta buena mamá de bu-

reos y zarandajas, de donde resultan a los niños no pocos chichones en la frente, muchas impertinentes obstinaciones y una educación fatal. Usted la toma de nodriza, y hace muy bien; nada más hay que tener eso como única idea, sin llegar a encariñarse con aquélla hasta declararla madre, porque entonces todo se pierde. Nada, señor Quiñones; es claro que madre joven no puede tener hijos con barbas: somos niños, estamos en la época de la lactancia.

No dejó de picarme aquella primera vez el discursillo de Pepe; mas a poco, cuando hube conocido su humor y su chispa, era una de mis más agradables distracciones oír de su boca los largos párrafos filosóficos, políticos, científicos o literarios que traía siempre en la telilla de la lengua.

Pero nada me agradaba tanto como pedirle informes de algún personaje del Poder, pues sobre instruirme en materia de tanta entidad para mí, por la fidelidad del pincel con que retrataba, añadía a sus figuras ciertos rasgos caricaturescos de mucho nervio y gracia.

Un día le pregunté qué clase de persona era el secretario particular, mi inmediato jefe, y Pepe desató el hilo y echó el ovillo a rodar de la manera siguiente:

—¿Miguelito Labarca? ¡Oh!, es un mucha-

cho simpático y agradable. Fue mi condiscípulo y recibió el título de abogado hace cinco meses. Bonita estampa, ¿verdad? Con su ancha frente, sus ojos pardos más francos que penetrantes, el bozo de colegial y su gallarda apostura, parece que nació para diputado. Ya ve usted que lo es antes de tener la edad que la ley exige. Ha sido muy precoz. De quince años hizo unos versos muy malos y los leyó en la noche de un quince de septiembre; pero como el auditorio era peor que los versos, los aplaudió frenéticamente. Al siguiente año los volvió a leer en la misma solemnidad y parecieron mejores. Después publicó sonetos eróticos por el estilo del de Julián, y, al cabo, llegó a ser el improvisador de todas las comilonas y el niño mimado del bello sexo, que ha sido siempre muy fuerte en literatura. Agregue usted que el señor su papá le conseguía en el colegio medallitas de cobre dorado para la solapa, y vendrá usted a comprender cómo nos hemos visto todos en el caso de confesar que es muchacho de mucho talento. Y como esta buena gente crea una cosa, ya se puede contar con que se extenderá a cinco mil disparates. Convenido y acordado que Miguelito es poeta, se infiere que es orador, que es buen abogado, que es sagaz, que es profundo, que es valiente, y, por último, que es político. Todo eso se lo cree él mismo de buena fe....

Y vea usted, si tuviera más talento del mediano que posee, no serviría. No hay cosa que más estorbe que el talento claro y firme; porque no consiente conformidad con los tontos. Miguelito es capaz de pensar algo bueno; pero se puede acordar fácilmente con los necios más acabados.

Sobre el fondo obscuro de esta palabrería veía yo destacarse, con perfecta claridad, la figura del joven diputado, así como ejercitado lápiz hace aparecer, entre toscas rayas, una fisonomía conocida con extraordinaria semejanza.

Pepe continuó:

—No crea usted, por lo que digo, que Miguel Labarca es un farsante de oficio ni de malos sentimientos. No, señor; cree de buena fe lo que todo el mundo dice. Sus sentimientos han sido, naturalmente, nobles; pero algo los encanalló el bueno de su papá con las medallitas del colegio, enseñándole con ellas que existe en el mundo la venalidad, y que es bueno aprovecharla. Me consta que cuando era estudiante se indignaba al saber cualquiera infracción de nuestras leyes; pero eso nada tiene de particular, puesto que no era todavía político y le faltaba mucho mundo; ahora que le hicieron diputado á los veinticuatro años, la razón política le parece superior a todo. ¡Niñerías! Ya sabemos que entre los buenos principios y la política hay la misma distan-

cia que entre el derecho y un expedientazo de dos mil hojas de papel sellado. Ahora sí está en camino de llegar a maestro, porque gracias siempre a los buenos oficios de su padre, además de ser diputado ha conseguido, como encargo honorífico, el de escribir la correspondencia privada del señor Don Sixto Liborio Vaqueril, de ese hombre que con tanto acierto guía la nave del Estado en el mar de la política. Cuando el tal Don Sixto oyó las pretensiones del viejo Labarca, dejó caer la baba, porque jamás había imaginado cosa tan peregrina; y eso de tener un abogado poeta y orador para escribir sus cartas le ofuscó los turbios ojos del entendimiento y aceptó los gratuitos servicios de Miguel. Desde entonces figura éste en primera línea entre los hombres de influencia y porvenir: así lo creen todos y él también. Dentro de poco él no lo creerá; pero procurará que los demás no dejen de creerlo. Queda encargado el señor Don Sixto Liborio de enseñar a Miguelito como maestro de práctica, y yo le aseguro a usted que Miguelito aprenderá, aunque, haciéndole justicia, hay que confesar que se resiste a las primeras lecciones.

Tal era, en realidad, mi guapo jefe, a quien después llegué a conocer tanto como aquel estudiante original.

III

VAQUERIL Y FAMILIA

No siempre las espadas han sido triunfos en mi Estado natal: algunas ocasiones ha tocado su vez a los oros, y aun ¡guárdenos Dios! a las mismas copas. En la época a que mi narración se refiere, para no dejar fuera de juego ninguno de los palos de la baraja, parece que dominaban los bastos.

No podía, en efecto, serlo más el Señor Don Sixto Liborio Vaqueril, que sin saber cómo ni cómo no, se dió el día menos pensado un tropezón con el sillón del Gobierno, se sentó en él sin darse cabal cuenta de lo que le acontecía, y acostado la noche anterior en su cama, como simple Vaqueril, amaneció con el águila de la República posada sobre la coronilla. Observóse desde entonces, al decir de Pepe Rojo, que su tez, bastante ano-

checida, adquiría ciertos reflejos del amanecer; sus ojos, hundidos bajo cavernosa bóveda sombreada por cejas ásperas, tomaron fulgores de inteligencia; el hablar fue menos gangoso; los movimientos más desembarazados, menos mal llevado el vestido, y un punto menos arrugada la piel, por virtud de algún medro de las escasísimas carnes.

¡Extraordinaria virtud la del encumbramiento inesperado! Aun la misma Señora Doña Eulalia Sequedal de Vaqueril, llamada *la Gobernadora,* hubo de sentirla en su organismo, puesto que dulcificó su carácter en cuanto este fenómeno era posible. Disminuído el hueco de las encorvadas clavículas, matado el filo de la mandíbula inferior, y algo redondeadas las puntas de los pómulos, acudió la señora al cabello, prematuramente escarchado (según decía a las de confianza), con alguna tintura de buena clase que, emborronando las cifras, ponía en duda si los años de la Gobernadora eran cuarenta o cincuenta.

En veintidós años de conllevar las penas de la vida, habían tenido varios chicos que prometían ramoso árbol genealógico al linaje Vaqueril. Tenía veinte abriles Candelarita, que no podía negar el entronque, según se asemejaba a doña Eulalia física y moralmente; dieciocho Conchita, muchacha simpática y no fea, aunque sin la belleza que por natural

hipérbole se la atribuía; después seguía Sixto Liborio, hijo, con cuatro años menos que su hermana, por haber habido, entre uno y otro, algunas fallas inevitables, y terminaban la familia José María y Panchito: este último con siete años, muchas majaderías y muy poca educación.

El señor Vaqueril era un buen sujeto, *hombre de orden* y adicto al Gobierno general, condiciones sobradas para ser mantenido en su elevado puesto. A decir verdad, el Estado no le quería mal, aunque tampoco bien; y se contentaba con no hacerle caso. Y como no gobernaba, se cuenta que un ministro dijo alguna vez a un diputado:

—Vaqueril es un buen gobernador.

Dos personas le habían amargado un poco la vida: su mujer y el licenciado Pérez Gavilán. La primera con su celosa manía, no del todo infundada, porque aquel modelo de hombres públicos tenía la debilidad de gustar demasiado de lo bello a pesar de sus cincuenta y seis años. El segundo, con su oposición sistemática, manifestada unas veces en un empleo federal, después en un periódico llamado *La Conciencia Pública*, y últimamente en una insurrección que, aunque de poca monta, afligió mucho al prudente gobernador, y dió por resultado una transacción que trajo al

Congreso del Estado y a otros empleos a varios amigos del revoltoso Gavilán.

En este Congreso que acababa de reunirse, figuraba el joven Labarca, quien, además de las instancias de su padre al Gobernador, tuvo en su pro el dictamen de Doña Eulalia y el apoyo vergonzante de Candelarita. Miguel era, además, ahijado de bautismo de Don Sixto Liborio, y en fuerza de tantas y tan favorables circunstancias, no sólo llegó a diputado, sino que, además, su padrino le encomendó el despacho de su correspondencia privada. No devengaba sueldo alguno por este trabajo, pues aún no estaban en uso los secretarios particulares, que hoy han llegado a ser indispensables aun para los mismos prefectos; pero Miguel, tomando a pecho su carácter de consejero extraoficial, se creyó que había de influir en los negocios del Estado, y que éstos no podrían menos que caminar admirablemente.

No era Miguel un vanidoso insufrible, aunque tenía la idea de su talento más encumbrada que el talento mismo; y baste, para demostrar lo primero, que muy a poco de trabajar a su lado, me tuvo más que por un empleado subalterno, por amigo de cierta confianza. Y como que yo no pretendía valer nada, las bondades y aun confidencias del joven me sedujeron de tal manera, que tenía

que hacer un grande esfuerzo para soportar los frecuentes discursos que Pepe me enderezaba en cada comida, referentes a mi jefe. Un día que me acaloré algo en la defensa de Migüel, el estudiante acabó por decirme mirándome fijamente y con aire de lástima:

—Voy creyendo que es usted un muchacho de esperanza.

Y me derrotó.

En mi oficina era yo el único escribiente, y sólo en casos graves se llamaba en mi ayuda a Clemente. Cuando el diputado me dictaba, realmente se ponía algo serio, paseándose pesadamente a lo largo de la oficina; atizaba el puro con frecuencia; se pasaba la mano por la frente, apartando los grandes rizos, y se detenía frente a mi mesa, apoyábase sobre ella con las manos y, frunciendo ligeramente el ceño, seguía con la vista los rasgos de mi pluma.

A las nueve de la mañana llegaba el señor Gobernador, tomaba asiento frente a una mesa, y colocado junto a él, el joven recogía de memoria las instrucciones de aquél para contestar la escasa correspondencia. Con frecuencia no había cartas que contestar, y ambos charlaban sobre esto o lo otro, sin cuidarse de mí, fiados, no en mi discreción, sino en mi nulidad.

Si en aquel momento un mozo de aseo se

acercaba a Miguel para decirle que Don Fulano deseaba hablar con él, el joven contestaba gravemente:

—Diga usted que *estamos en acuerdo.*

Y más de una vez me decía a mí: *estamos proyectando, hemos pensado, tenemos algunas dificultades,* etc., etc., tropo muy usado entre periodistas y dependientes de mostrador, que jamás hablan en singular, el cual ha ido haciéndose común entre todos los que aspiran a representar algún papel que no es el suyo.

Para mí iba siendo mi nueva posición toda de vida y dulzura, y así lo fue durante algunos días.

Cierta mañana, después de contestar dos cartas en que otros tantos sujetos solicitaban algún empleíllo, recibí la agradable sorpresa de ser visitado, en mi oficina, por el Oficial Mayor del Congreso; y Clemente, sin poder de pronto explicarme el motivo de aquella honra inesperada. Pero el Oficial Mayor no me dejó cavilar mucho tiempo, pues tras breve saludo, me presentó ¡oh asombro! una circular suscrita por todos los señores Diputados, sin faltar uno, en la cual se invitaba a los amigos sinceros del señor Gobernador a que contribuyeran con algún donativo para el banquete que debía darse en obsequio de *aquel hombre ilustre,* el día de San Liborio que estaba próximo.

Creo que me puse pálido, y apenas recuerdo que en la tal circular se enumeraban algunas de las muchas virtudes del señor Vaqueril. Sin duda dije alguna necedad por contestar algo; pero al fin pude fingir una sonrisa de amabilidad, y el jefe de la comisión encargado de *correr* la circular, me presentó una lista ya algo grasosa y gastada de las esquinas, en que, con toda clase de caracteres, estaban escritos los nombres de casi todos los empleados, y al margen una cifra por cada nombre, con la palabra *pagó* la mayor parte.

Comprendí lo que significaba aquella telaraña, escribí mi nombre, y consultando el bolsillo y avergonzado de no ser de los más dadivosos, puse al margen el número entero que preside a la Aritmética, agregué la anotación aquélla, y *pagué,* aunque, hasta hoy, no me explico cómo se usa de este verbo cuando no se debe nada.

Cuando la comisión se retiró, volví en derredor la vista, y los muebles, los tapices y las cartas, objetos todos con los cuales me iba encariñando, como buen oficinista, me causaron cierta repugnancia. Parecióme también que toda la ciudad me había visto dar aquella moneda, y no sé por qué me dieron ganas de esconderme detrás de una cortina.

Dos o tres días después comenzaron a ce-

lebrarse juntas, a que asistían solamente los empleados de cierta categoría, y en las cuales se trataba del banquete. Nombráronse las comisiones necesarias, como las de ornato, de invitación, de *menú,* etc.; y de algunas se dijo que habían sido solapadamente solicitadas o ganadas con maña por ciertas personas, ignoro con qué objeto.

IV

SAN LIBORIO

Nunca había yo imaginado regocijo tan grande ni demostraciones tan entusiastas como las que el día 23 de Julio sorprendieron mi candidez *pedreña* y asombraron mis sentidos. El orden del programa no difería esencialmente del que cada año se observaba en mi pueblo el 16 de Septiembre; pero el ruido, el barullo, el ir y venir, el cuerpo en general de todas las cosas y de todos los actos, crecía en la capital del Estado en la misma proporción que ésta guardaba con respecto a San Martín de la Piedra.

Hubo, como había en San Martín, música al amanecer, sazonada con disparos de cañón; después del desayuno, recepción en la casa del Gobernador, a la cual ningún empleado dejó de asistir, distinguiéndose los je-

fes de oficina por el discursillo leído en nombre de cada grupo; hubo muchos cohetes a toda hora, muchas salvas de artillería y mucha música militar con bombo y redoblante.

Yo estaba allí desde muy temprano, pues los empleados de la Secretaría del Gobierno, entre los que yo me colé bonitamente, quisieron ser los primeros en felicitar al Gobernador; y, a decir verdad, estaba yo animado y contento.

En el amplio salón no cabían, a las once de la mañana, las personas presentes, y aun faltaban las de más alta esfera, que aguardaban, para asomar, a que llegara la hora de las visitas de *guante blanco*. Yo me coloqué en un rincón para no correr el riesgo de tener que ceder mi asiento a gentes de calidad, envidiado por los muchos empleados que tenían que permanecer en los corredores o agrupados en las puertas.

Vaqueril estaba radiante. La satisfacción se revelaba en su semblante acartonado y le salía por todos los poros del cuerpo. En aquel momento se sentía más gobernador que nunca. Paseaba la turbia mirada por todo el salón, satisfecho y sonriente, con la fruición deliciosa que debe de sentir el avaro que contempla su tesoro; y cuando Panchito entraba corriendo y se echaba de bruces sobre sus ro-

dillas, le acariciaba pesadamente la cabeza con estudiada formalidad y señorío.

El rumor de los cuchicheos llenaba el salón: cada cual hablaba en voz baja con el vecino, sin descuidar la atención que merecían las importunas entradas y salidas de Panchito, para quien cada concurrente tenía una mirada ya de asombro, ya de cariño. Sólo el señor Vaqueril, y los que con él hablaban, tenían el privilegio de hacerse oír, circunstancia que yo trataba de aprovechar para escuchar algo bueno; pero apenas pude percibir frases comunes y corrientes.

—¿Qué edad tiene el niño?, preguntó el Contador de la Tesorería, inclinando el cuerpo y alargando el pescuezo hacia el Gobernador.

—Siete años, contestó Vaqueril; está mudando dientes.

—¡Caramba!, exclamó el interpelante, ¡si representa diez!

—¡De veras que sí!, dijo el Administrador de Alcabalas; está muy desarrollado.

El muchacho se miró las pantorrillas, enseñó los dientes al Contador y echó a correr.

Una carcajada general acogió aquella grosera gracia, y de todas partes salía esta exclamación unánime:

—¡Es *muy vivo!*

—Realmente, dijo Don Sixto Liborio, po-

niendo en sus labios una sonrisa de gobernador; es muy vivo, es el más vivo de todos.

—Pues mire usted que Sixtito...., observó el alcabalero.

—Cada año se lleva tres premios, dijo otro.

—Sí, es verdad, concluyó Vaqueril; pero éste es el más vivo. Éste sacó la *viveza* de su mamá.

—¡Ah!

La Comisión del Tribunal Superior vino a interrumpir la plática. Dos magistrados, vestidos de rigurosa etiqueta, se presentaron en el dintel de la puerta, y todo el mundo se puso en pie. Uno de ellos dirigió al Gobernador la arenga de costumbre; pero con tan menguada voz y tan frecuente tosecilla seca, que nada pude oír, si no fueron las palabras: *excelsas virtudes, patricio, nave del Estado,* y alguna otra proporcionada al asunto y al personaje.

Moderada sonrisa, dos inclinaciones de cabeza y el ademán de ofrecer asientos, fueron como en todos los casos análogos anteriores, la elocuente contestación del señor Vaqueril.

Los cuchicheos comenzaron otra vez, alguna de las bandas de música tocó una mazurca, y Panchito entró de nuevo para ver de cerca a los magistrados.

La conversación, reanudada entre el Gobernador y sus vecinos, no podía llegar a mis

oidos en aquel momento. Las interrupciones se sucedían, y era mayor el tiempo que teníamos que permanecer en pie que el que gozábamos de descanso. El Juez del Registro civil pronunció su discurso; el Jefe de Hacienda habló en nombre del Fisco; el General Baraja, Jefe político del Centro, en nombre de su distrito; un maestro de escuela leyó versos, y un catedrático recitó un soneto acróstico que se repartió impreso, y que decía, con las iniciales de los versos, *Sixto L. Vaqueril.*

A las doce en punto las músicas lanzaron, por sus anchas bocas de latón, una marcha de honor que entonces privaba en la ciudad, y todos los concurrentes, menos yo, comprendieron la alta significación que tenía. Pusímonos en pie, abrió ancha valla la gente agrupada en la puerta, y penetró en el salón la comisión del Congreso. Tres diputados la componían: Miguel Labarca, como orador; el coronel Don Mateo Cabezudo, como hombre de gran reputación militar, y el alto y enjuto Don Simplicio Sequedal, hermano de *la Gobernadora,* como pariente cercano.

Miguel se detuvo, con su natural gallardía, a tres pasos del Gobernador, quedando entre sus dos compañeros; serio, desembarazado y con noble entonación dirigió a Vaqueril una felicitación decorosa, y pronunciada con la soltura que sólo sabe mostrar el que improvisa

seguro de que no ha de atársele la lengua. Le tenía yo mucha ley, y me habría seducido completamente su alocución si no hubiera yo notado, en el arqueo del brazo derecho y en la manera de tirar del puño de la camisa, ciertos indicios de vanidad mal contenida.

La presencia del Coronel Cabezudo me desconcertó y aturdió de pronto, pues teníamos pendiente cierta cuentecilla, y desde mi llegada a la capital sólo le había visto de lejos. Sentáronse todos, y repuesto yo de aquella impresión primera, pude notar el cambio prodigioso obrando en el Coronel por la cultura de la ciudad.

La barbería había tomado en ello parte muy principal y notoria; pues recortados los cabellos y domada un tanto su rebelde elasticidad a influjo de pegajosa pomada, asentados y mejor dirigidos los ásperos bigotes, y bien rapada la barba, el aspecto de Don Mateo se había modificado, adquiriendo su semblante cierta benignidad de fiera amansada. Las prendas de vestir, aunque de acuerdo con la moda, le caían malísimamente; pues le faltaba eso que se llama *saber llevar* un traje. Parecía que la levita evitaba, alejándose, el contacto de aquel corpachón; la corbata caía relajada sobre el pecho, y el cuello de la camisa permitía a la pletórica garganta más holgura de la que demandaba el buen parecer.

Paseaba Don Mateo los taimados ojos por todas las filas de concurrentes, y al fin llegó a detenerlos sobre mí. Noté su sorpresa y su enojo en el breve instante que soporté su mirada, y apartando la mía, quedé inquieto y nervioso mientras permanecí en el salón.

Las copas que preceden al almuerzo comenzaron a circular. Los asistentes se limitaban a alzar la suya, dirigiéndola a Vaqueril, y a inclinar la cabeza antes de apurar el contenido; cada cual reservaba su brindis para la hora oportuna, temiendo gastar en salvas la pólvora apercibida para el combate. El *cognac* fue ganando terreno en los cerebros, que era ganarle también en la confianza y la expansión; de suerte que a la una del día era aquella sala indescriptible, por lo mismo que era inentendible.

La atmósfera estaba opacada por el humo de cien cigarros y encendida por la traspiración de doscientos cuerpos humanos; los cuchicheos habían subido de punto, en términos de no faltar quien diese de gritos para hacerse oír. Panchito, que entraba con frecuencia atragantándose con un carnero de almendra, extraído de las *cuelgas* recibidas, desesperado porque su padre no le oía, se colgaba de la levita de éste dando chillidos agudos y penetrantes. Vaqueril hablaba de proyectos administrativos con los diputados y el Tesore-

ro, pero con calor y entusiasmo; dos empleados federales le elogiaban a pocos pasos, alzando la voz para ser oídos; un juez y dos catedráticos discutían un punto de Derecho de grande importancia actual, y la gente menuda platicaba en diversos grupos, no ya sentados y con compostura, sino aun tomándose la libertad de volver la espalda al Gobernador.

En este momento vi que el redactor de "El Orden Constitucional," periódico oficial del Gobierno, miró su reloj y apuntó algo en una cuartilla de papel. Supongo que tomaba nota, pues al día siguente, en su *Revista del Banquete,* decía: "A la una, la más franca y cordial expasión reinaba entre aquella escogida concurrencia."

V

LOS BRINDIS

Ya estaban todas las orejas coloradas y todas las pupilas húmedas, cuando los concurrentes se trasladaron al corredor occidental, trasformado en comedor para dar cabida a larga mesa de sesenta cubiertos. Entre uno y otro pilar de la galería se habían colocado hojosas ramas para refrescar el sitio, y muchas guirnaldas y coronas de flores adornaban pared y techo.

Sentóse Vaqueril en una cabecera de la mesa, y en este momento apareció en la escena la Gobernadora, prendida y ataviada con lujo, negro más que nunca el cabello, y con leve sonrisa en los labios, que si todos acogieron como afable, a mí me pareció de altivez. Un murmullo de admiración se levantó de todas partes, y durante algunos momentos no pudo

verse quién la saludaba ni quién no, según fue el remolino apretado y movible que formaron los comensales.

—¿Nos honra usted con su presencia?

—¡Celebro mucho!....

—¿Las niñas buenas?

—¿La salud....?

—Juanita le manda recados.

—Mi señora me encargó....

—¡Cuánto me complace!....

Tomó asiento la Señora a la derecha del Señor Vaqueril, y en el extremo opuesto, por mandato de Doña Eulalia, se colocaron un magistrado y el Coronel Cabezudo. A Miguel le tocó la derecha de la Gobernadora.

Hago gracia al lector de los pormenores de la mesa, que bien pudiera referir menudamente, según están frescos en mi memoria. Vaqueril hablaba con el Secretario del Despacho, que estaba a su izquierda, y con dos o tres personas más, que se hallaban próximas a él; el Secretario no hablaba con nadie más que con el Gobernalor; Cabezudo y su compañero se entendían solos, y los demás conversaban con el vecino, menos el señor de Sequedal, que, sobre todo, procuraba engullir aprisa. La Gobernadora mimaba a Miguel con pláticas relativas a sus últimos versos; pero debo declarar que el joven, si bien recibía con

agrado los elogios, contestaba a Doña Eulalia con decoroso respeto y finura.

Vaciáronse varias botellas de lo más fino que pagaba alcabala, con la única fórmula de alzar el vaso invitando a beber ya a Vaqueril, ya a Miguel, ya a la misma Gobernadora; y cuando, plato tras plato, llegó a su vez a los postres, un taponazo ruidoso anunció que el *champagne* reclamaba la voz de los oradores y la lira de los poetas. Más de un cuerpo sintió súbito escalofrío.

El *champagne* perdió, en las copas, su espuma en medio del silencio. Nadie se atrevía, aunque la mayor parte reventaba por hablar. El Contador hizo una mueca de inteligencia al Juez del Registro Civil; pero éste movió la cabeza haciendo una señal negativa. El Magistrado de la cabecera fingía distracción amasando bolitas de pan; el Jefe de Hacienda pretextaba animada conversación con el Oficial Mayor del Gobierno, y Miguel afectaba indiferencia. Sólo el redactor del periódico oficial avanzaba la cabeza cuanto podía, ansioso de ser designado por algún imprudente para comenzar.

El Secretario dió término a aquel momento embarazoso, poniéndose en pie, copa en mano. Habló largo y cansadamente; su brindis me pareció un informe sobre la tranquilidad pública, rendido a fin de mes por un jefe polí-

tico. Terminó "deseando mil felicidades al ilustre ciudadano que llevaba las riendas del Gobierno y a su apreciable familia." Y se sentó aturdido por el unánime aplauso de los presentes.

En el grupo de espectadores a que yo pertenecía, había tal cual afilada lengua que comentaban los brindis; sin embargo, yo echaba de menos la autorizada y magistral voz de Pepe Rojo, que habría recogido allí material para hablar quince días sin interrupción.

—Tiene la palabra el Señor Carriles, gritó alguno.

Y en seguida se levantó de su asiento éste, miembro del Congreso, pequeñito y atildado, de voz aguda y vibrante, con la cual recitó una cuartilla de papel, hablando de Licurgo y Demóstenes, de Catón y Marco Aurelio, deteniéndose alguna vez para engañar mejor al auditorio. Carriles estaba reputado por hombre de talento, y aquel día ganó mucho más en la opinión de las gentes.

A continuación el General Baraja ofreció la última gota de sangre por el ilustre patricio que presidía la mesa; el redactor atrapó una ocasión, y como Carriles, habló de memoria, pues no habiendo en la capital un solo taquígrafo, no me explico de otra manera el hecho de publicarse al siguiente día en el periódico oficial los brindis de los dos.

Con excepción de Miguelito, que habló con naturalidad y nobleza, todos los demás reñían con una de estas cualidades o con ambas juntamente. Don Simplicio Sequedal recordó a su auditorio el parentesco que le ligaba con Vaqueril, y brindó "por su hermano;" un catedrático comparó a éste con Cincinato porque tenía un molino en arrendamiento; otro sacó del bolsillo un pliego de papel, y leyó durante diez minutos una letanía de elogios a Vaqueril y esposa; y llegada su vez al Coronel Cabezudo, no supo hacer más que copiar a su compañero Baraja, y ofreció como él "la última gota de sangre por el Gobernador y su apreciable familia." Cuando le vi sentarse sin haber echado un *¡canasto!*, di gracias al cielo; tenía yo frías las puntas de los dedos.

Los brindis continuaron mientras se tomaba el café, empapados en coñac y otros espirituosos. Doña Eulalia estaba tan afectuosa y expansiva con Miguel, que éste, trastornado también por el licor, perdía su anterior gravedad respetuosa y hablaba con ella con familiaridad y confianza; dato importantísimo, que no podía pasar inadvertido para el catedrático de la comparación de Cincinato. Notarlo, y ponerse de pie, fue todo uno:

—Señor Gobernador, dijo: tenéis entre vuestras elevadas ideas de gobierno una que es superior a todas y que modestamente calláis;

pero vuestros amigos la sorprenden y la revelan a los demás para que la aplaudan; esa idea es la de levantar a la juventud. La juventud es la esperanza de la Patria; los jóvenes son los hombres del porvenir y los que han de sucedernos en las tareas del gobierno. Vos sois el maestro que les enseña la gran ciencia y sabéis sacar discípulos aventajados. Ahí está ese joven, como ejemplo. Ya se levanta a grande altura; pero él, con vuestra enseñanza, llegará a la cúspide de la verdadera grandeza. Por vos, que sois el maestro, y por ese noble y distinguido discípulo!....

Y apuró su copa.

Doña Eulalia inició el aplauso; es, pues, inútil agregar que fue el más ruidoso, el más prolongado y el más entusiasta de todos.

La franca y cordial expansión de que después habló el periódico oficial, fue tomando creces durante la tarde. Mientras los empleados y amigos de segunda clase se sentaban a la mesa, refrendados los platillos, los que acababan de abandonarla volvían al salón en parte, y en parte se acercaban a las demás habitaciones no cerradas para los amigos, en donde las niñas y Sixto Liborio, hijo, permanecieron recatados.

Sólo puedo dar razón de que había ruido y algazara y brindis por todas partes, predominando siempre las protestas de adhesión a

Cincinato y de alto respeto y cariño a su familia. Eran las seis de la tarde y aquello habría seguido adelante con gran contentamiento de todos, si no fuera porque a las nueve de la noche había de comenzar el baile con que Vaqueril obsequiaba a sus amigos, y era preciso ir a casa para que la familia se alistara, y dejar a la del Señor Gobernador algunas horas de descanso.

Salía yo uno de los últimos, cuando Miguel me tocó el hombro y me detuvo en el portal. Había estado largo rato entre Candelarita y Concha, quienes probablemente le obligaron a brindar más, pues su *expansión* estaba un tanto subida de punto. Sin embargo, bajó la voz para hacerme esta pregunta:

—¿Dígame, Juanillo, conoce usted a la Cabezudita?

—¿La Cabezudita?, repetí yo asombrado.

—Sí, hombre, la hija del Coronel; una *pedreña.*

No pude mentir.

—La conozco, contesté con voz ahogada.

—Bien. Pues va usted a hacerme un favor. No falte usted al baile; a las nueve en punto; le necesito mucho.

—Vendré.

—Pero, hombre, continuó sacándome por un brazo a la calle y echando a andar, ¿conoce usted criatura más linda que esa? Ayer

que salí en la *comisión de convite* la vi en casa de su papá y me quedé de una pieza delante de ella. ¡Qué ojos, Juan!, ¡qué boca!, ¡qué hermoso color!, ¡qué cuerpo y qué garbo sobre todo! ¡Todas estas tísicas juntas no valen lo que un brazo de esa muchacha! Y dígame usted, ¿no es tonta? Yo no lo creo, porque eso se conoce a las tres palabras. Me pareció tímida, pero me pareció también lo más lindo que conozco.

Sofocado, irritado y nervioso, acompañé a Miguel hasta la puerta de su casa, y me dirigí a la mía, maldiciendo mi estrella.

VI

EL BAILE

Los más contrapuestos sentimientos se juntaban dentro de mí, manteniéndome desasosegado y lleno de turbación, cuando a las nueve de la noche franqueé los umbrales de la casa del Gobernador, y seguí la callejuela de ramas que conducía del portal al salón de baile. La tímida cortedad me recordaba que aquel era mi estreno en la sociedad culta, y me inspiraba el temor de incurrir, a cada paso, en torpezas *pedreñas;* los saltos del corazón me decían que después de muchos meses iba a ver de cerca a la dulce niña que era, para mí, el único afecto íntimo que tenía sobre la tierra; y cuando esta idea predominaba en mi espíritu con mayor imperio, veníame a la memoria el caluroso elogio que de Remedios me había hecho aquel joven tan apuesto, tan in-

teligente y tan bien reputado, superior a mí en todo, si no era en querer a Remedios, en lo cual no podía yo tener rival ninguno.

Penetré, a costa de mil esfuerzos, en el grupo de *gente que no baila* apiñado en la puerta, y levantado sobre las puntas de los pies, recorrí, con la vista, el salón no lleno aún. Tenía sobrado *quórum* el Congreso, cosa que en las sesiones no solía ser frecuente; había tribunal pleno, y no faltaba uno solo de los empleados federales. Una parvada de cuervos me hizo adivinar el sitio que ocupaba la Gobernadora con sus hijas, y en el lado opuesto noté que don Sixto Liborio agasajaba a dos niñas que en el sencillo traje daban muestras de humilde condición. De pronto creí que era esto una virtud.

Liborito recorría el salón de uno a otro extremo, luciendo un trajecillo estrenado aquel día, y como queriendo demostrar a los concurrentes que estaba en su casa, que era día de su santo y que podía entrar y salir por todas partes; José María procuraba imitarle, y Panchito, solicitado por señoras y caballeros, recogía de aquí y de allí una caricia, un elogio, un mimo cualquiera, que no pocas veces pagaba con su desdén de niño malcriado.

El grupo de la puerta se movió estrujándome fuertemente, y una voz imperiosa dijo a mis espaldas:

—Con permiso de ustedes, que pasan las señoras.

Al dejar mis acompañantes el paso libre, me estrecharon contra la puerta, obligándome a quedar inmóvil y como incrustado en ella. Llegaban tres damas apoyadas en el brazo de otros tantos miembros de la comisión encargada de recibir a los invitados. Pasó rozándome la primera, mujer de un pariente de Vaqueril; después su hija, que, con gesto de asco, procuró evitar mi contacto, y por último la tercera, alta, morena, radiante de hermosura, sol de belleza deslumbradora, que heló la sangre en mis venas y la encendió súbitamente en mi corazón, dejándome mudo y tembloroso. Era Remedios, la Cabezudita de que hablaba Miguel, mi reina, mi paloma pedreña, mi todo. Miróme al pasar, deteniendo sobre los míos sus grandes y apasionados ojos; turbóse como yo, y en el leve movimiento de sus encendidos labios adiviné que quiso saludarme.

Arrastrado por irresistible instinto, atraído por aquella hermosura, que me inspiraba un amor como no he conocido otro ni en el mundo ni en las novelas, olvidé la timidez montaraz que me dominaba y di un paso para seguir a Remedios; pero una mano brusca y pesada como un guantelete cayó sobre mi hombro y me repuso en mi sitio de un empujón.

—Hágase a un lado, me dijo Don Mateo Cabezudo, clavándome sus ojos irritados, como de tigre hambriento.

Y al quedar yo otra vez en mi primera posición, oí las risas sofocadas de mis vecinos, que se burlaban de mí. Disimulando el bochorno, me levanté sobre las puntas de los pies, y seguí con la vista a la pedreña. Vi entonces que el caballero que la acompañaba era Miguel, y por primera vez sentí el aguijón más doloroso clavado en mi corazón y desgarrarle: los celos.

¡Qué hermoso me pareció Miguel entonces y qué gallardo!; ¡qué fácilmente flexibles sus miembros!, y en sus movimientos ¡qué airoso y desembarazado! ¡Con qué maneras tan finas la acomodó en escogido sitio, entregando a Concha, que salió a recibirlos, el abrigo de la joven, que él mismo la ayudara a desprenderse de los hombros! ¡Qué frases tan bonitas la diría! ¡Qué talento demostraría en su conversación! ¿No sería natural que despertara vivas simpatías en el tierno corazón de aquella niña, sólo acostumbrada a las rudas expresiones de mi lengua? ¿No llegaría a verle como el hombre más hermoso y el mejor de cuantos había conocido? ¿No llegaría, por último....?

¡No llegaría a nada! La luz de luna de sus ojos, que me buscaban en el grupo de la

puerta, hirió los míos. ¡Bendita seas! Empujé sin miramiento a los que me interceptaban el paso y entré resueltamente, pisando la alfombra que me parecía tener encima una capa gruesa y estorbosa de lana cardada.

No sé qué habría hecho una vez dentro del salón, si Miguel no saliera a encontrarme cuando se retiraba, dejando acomodada a Remedios. Me estrechó la mano fuertemente y, apartándome a un extremo, me dijo:

—Estuve alerta en el zaguán para introducirla yo. Tuve que fingirme distraído para que mis compañeros de comisión dieran el brazo a esa señorona y su hija; pero parece que ellas lo notaron, porque me han puesto una cara de demonios. No me importa. Tengo un mal síntoma, Juanillo; estoy muy tonto cuando hablo con la Cabezudita, y parece que la lengua se me pega en los dientes. Al sentarse allí, se la enredó el fleco del abrigo en un botón de mi levita, y me dijo: "Dispense usted," y yo, con esta inexplicable torpeza, la contesté: "Mil gracias." Por eso no me quedé platicando con ella; me avergoncé mucho.

El más grave síntoma que presentaba el joven abogado, era aquella verbosidad en que todo se revolvía, como en los enamorados sometidos a una impresión viva se revuelven sentimientos e ideas a primera vista inconexas.

—Vea usted con cuánta frecuencia dirige para acá la vista, continuó; pero creo que es a usted a quien mira; ¿usted la ha tratado? ¡Mire, mire qué ojos! El Coronel es su papá, ¿verdad? ¿Que no? ¡Ah! es su tío. Me alegro porque ese hombre me es antipático. ¿No es usted su pariente? Le aseguro que jamás me había impresionado una mujer tan profundamente como esta criatura, ni mucho menos. Pero hay razón para ello. Otros buscan la alcurnia, la familia, la posición; eso es indigno y vergonzoso; yo busco algo que llene, que satisfaga las altas aspiraciones de mi alma; algo ideal y superior a todas estas mezquindades que nos rodean y nos ensucian constantemente con su saliva. Una mujer pura, dulce y amorosa para entregarla mi corazón enteramente, hacerla dueña absoluta de mi alma y compartir con ella las dichas de la vida que ahora me sonríe. Todos me dicen que soy hombre de porvenir, que puedo alcanzar grande altura en las letras, en el foro y en la política; todas las esperanzas se conjuran para halagarme y tengo fe en mis fuerzas. Pero ¿qué son las glorias ni los triunfos si no hay una mujer querida a quien ofrecerlos? El hogar es la recompensa de la honradez y el trabajo; el hogar en que nos espera una mujer cariñosa y tierna, y en que quizá se mece suavemente una cuna blanca, es un

remedo de la gloria de los justos. Yo he de conquistar eso, Juan; a eso aspiro, y por eso, al ver a esta niña en cuyos ojos se lee la pureza del alma y que reúne, además, tanta hermosura, me he sentido subyugado y atraído de una manera irresistible.

Templábase el encono que el amor de Miguel encendía en mi alma, con la honradez y nobleza de sus ideas, que generosamente admiraba yo y aplaudía en mi interior. Al oírle hablar así, sentí yo juntamente la necesidad de aborrecerle y la obligación de estimarle más que antes.

¡Qué contrariedades las mías! Mis ilusiones venían por tierra; mi tranquilidad desaparecía; mi conformidad con la situación y estado en que vivía se cambiaban súbitamente en una ambición que me espoleaba con agudos aguijones; y soñaba yo engrandecerme, distinguirme, ser superior a todos y en todo, principalmente a Miguel. ¡Y Miguel había sido, hasta entonces, mi esperanza para lo porvenir!

—Le rogué a usted que no dejara de venir, prosiguió el joven, por esto: por hablar con usted de ella, informarme de sus antecedentes, de su familia, para que me diga usted que es tan buena como lo revelan sus ojos. Quiero hablar de ella con un amigo como usted, que me quiere sinceramente y que, además, la conoce....

—¿Miguelito?, dijo a nuestras espaldas una voz de mujer.

—Perdone usted, dijo Miguel a una señora obesa y emperejilada que respiraba con dificultad; no vi cuando ustedes se sentaron aquí y estábamos dándoles la espalda.

Las niñas que acompañaban a la matrona saludaron a Miguel melosamente, y se balancearon en los asientos.

—Dígame usted, dijo la mamá: ¿quién es esa muchacha que se sigue de la Carriles?

—Es la sobrina del coronel Cabezudo.

—¡Ah! ¿Esa es la Cabezudita?

—Justamente.

—¿Esa?, dijeron las niñas estirando el pescuezo hasta adelgazarle.

—Pues no me parece tan bonita como me habían dicho, añadió la señora.

—¡Psh!, hizo la hija mayor.

—Es regular, cuando mucho, observó la menor.

—Eso es una herejía, dijo Miguel picado. ¿Pues no son hermosísimos esos ojos? ¿Y esa boca es fea? ¿Y ese cuerpo?

La orquesta, colocada en la pieza inmediata, anunció una polka, y Miguel abandonó a las damas para ir en busca de Candelarita, la cual le había bonitamente comprometido a bailar con ella todas las piezas de ese género.

Todo los pisaverdes se movieron a la vez, y tres se dirigieron a Remedios para invitarla. El primero en llegar fue el agraciado, mientras los otros, haciendo una curva rápida, trataron de disimular su intento y fueron a invitar a otras jóvenes, que aceptaron aunque con gesto de orgullo ofendido.

Momento después, las parejas recorrían el salón en rápido vuelo, con excepción de algunas que giraban torpemente sobre su eje sin salir de un lugar, y tales eran la de Vaqueril y una de las jóvenes de aspecto humilde con quienes antes platicaba; la de Sequedal y una hija escuálida del Secretario, y la de Don Mateo, que sólo sabía bailar el zapateado de la *tierra,* y que en aquel momento tenía en un potro a la pobre Conchita.

El adusto Secretario se dejaba guiar por Doña Eulalia, la cual, por vía de broma y travesura, se empeñaba en perseguir a Miguel, obligando a su galán a sacar fuerzas de flaqueza para competir, en agilidad, con el joven diputado.

Los galancetes estaban en su elemento, demostrando cuánto tenía cultivada la ligereza de los pies. Volar haciendo rápidos círculos en la alfombra; sofocarse, detenerse después, dando el brazo a la señora y abriendo la boca para tragar mucho aire; pasarse el pañuelo por la frente sudorosa, y decir a la compa-

ñera: "Baila usted divinamente," para que conteste: "Gracias a usted que me lleva;" tal era allí la suprema aspiración de los que no tenían motivo para aspirar a más.

La rapidez de la polka contentaba mi deseo, pues mediante ella, Remedios pasaba junto a mí con frecuencia, dirigiéndome siempre una de aquellas dulces miradas que me enloquecían.

Así curaba el mal que me hacía verla en brazos del tonto que bailaba con ella.

—¡Qué delicioso debe de ser llevarla así! ¡Y luego que parece una pluma! Si yo pudiera, si el coronel no hiciera una de las suyas, la diría mil cosas que tengo aquí dentro, al compás de la música y apretando su mano y estrechando su cintura. Ya me lo dice con los ojos; pero eso no me basta; quiero que me diga con su vocecita de paloma que siempre soy su única esperanza de felicidad, que me quiere lo mismo que en San Martín, y que no ha de olvidarme jamás. Todos estos mequetrefes pueden bailar con ella, y ella aceptará aunque sea con repugnancia; sólo yo no puedo tocarla, ni hablarla y hasta para mirarla debo andar con cuidado.

Esto pensaba yo, y, como de costumbre, mis propios pensamientos fueron calentándome la sangre y extremando mi deseo, hasta el pun-

to de determinarme a buscar el medio de satisfacerle.

Calló la música, y los galanes condujeron a las señoras a sus sitios respectivos, retirándose los más a los ángulos del salón, puertas y otros puntos desocupados, mientras algunos permanecían frente a las damas agasajándolas y divirtiéndolas con esa frivolidad que es la cualidad más apreciada por la mayor parte del bello sexo, y la más codiciada de los pisaverdes. Miguelito quedó preso entre la familia Vaqueril, que le ató con mil hilos de conversación; y pude notar por las miradas de las señoras, que se hablaba de Remedios.

La matrona sofocada, que tenía hambre de hablar, dijo a una de sus hijas:

—¡Pues vaya con la tal cabezona! Han dado todos en decir que es de una belleza incomparable, y creo que hasta ella lo va tomando por lo serio.

—¿Y viste con qué calor comenzaba a defenderla Labarca?

—Novelerías, asentó la menor; una belleza de pueblo. Mira, mamá, si ni sentarse sabe.

—Tiene el abanico en la mano y no se atreve a abrirlo por temor de romperlo, dijo la mamá, desplegando el suyo con garbo.

—Grande, gorda y colorada; eso es todo.

—Ya lo creo, como que en el pueblo iría por agua a la fuente y lazaría toros.

Me alejé de aquel lugar porque me venían a la lengua y me repicaban en los dientes algunas frases que no debía decir; pero no bien me hube detenido en el ángulo opuesto, cuando oí que un mequetrefe decía a una polla almibarada:

—Yo no soy de ese coro, Pepita; yo prefiero las manos delicadas de la *aristocracia,* perfumadas desde la cuna, a las que todavía traen el olor de los corrales de ganado.

La risa que esta agudeza produjo entre hombres y señoras, les impidió ver el ademán irresistible que hice, a tiempo contenido, de agarrar aquel charlatán por el cuello. Iba a cambiar de sitio otra vez; pero al ver que enfrente de mí una señora flaca y de plegado rostro, miraba a Remedios con un ojo, al través de los lentes cerrados, hablando al mismo tiempo con alguna otra y sonriendo con aire de burla, llegada al colmo mi irritación, traté de huir y pasé a la pieza contigua, opuesta a la que los músicos ocupaban.

Era ésta una amplia habitación, que aderezada para el caso convenientemente, mostraba desde luego ser la destinada para el ambigú y gaudeamus de la media noche. Dividíala una mesa larga y angosta, sobre cuyos manteles veíanse ya colocados, con simetría, multitud de platillos con todo género de gollerías; botellas de diversas formas, colores

y marcas, y de trecho a trecho altos floreros con grandes ramilletes.

Ya andaban por allí las comisiones destapando botellas y apercibiendo copas para obsequiar a las damas; y tal cual viejo goloso se paseaba a lo largo de la mesa, con malicia y recelo, calculando la estrategia más conveniente para el merodeo disimulado.

Hice poco caso de estas menudencias, y procuré buscar un sitio desde donde pudiera mirar a Remedios y ofrecerme a sus ojos.

Continuó el baile animándose cada vez más. La atmósfera impregnada del aroma de flores, pañuelos y cabezas, fue haciéndose pesada y sofocante; las conversaciones sonaban en alta voz, y las risas eran repetidas y francas; muchos eran ya los que entraban en el comedor improvisado y salían de él llevando botellas y copas; cada cual se comportaba como si estuviese en su casa propia; las mamás estaban sordas, los papás ciegos y sus hijas resueltas; en una palabra, la *expansión* del periódico oficial había traspasado por todos los vientos las fronteras del encogimiento atildado que impone la sociedad culta.

Allí el que no estaba embriagado por el licor, sentía la enajenación del contento; y el viejo que no se sentía agobiado por el sueño, estaba ahito de pastelillos y dulces, que tanto da. En aquella estancia, mientras más loco

que todos, me bañaba yo en la luz de los divinos ojos de Remedios, oí cien brindis de cajón, ponderando la amistad y despreciando el dinero; cien en que se protestaba adhesión y se derramaba la sangre del orador como quien derrama un vaso de agua sin mojar a nadie; cien de admiración a la sabiduría de Vaqueril, al talento de Miguel y al pulso político del Secretario del Despacho. Las palabras: *fraternidad, confraternidad, leatad, sinceridad, libertad* y otras mil de igual terminación, amontonadas en cada boca, disputaban sobre cuál había de salir la primera, y más de una vez oí decir como una gran cosa, aquella frasecilla, tabla de salvación en naufragios oratorios, de que "el silencio es muy elocuente" y "usted sabe cuánto quiero decirle."

Vaqueril dijo al fin el suyo: aquel que escribió tres días antes Miguelito y que no llegó el alto magistrado a tomar bien de memoria. ¡Cómo le aplaudimos!

Pasaba de media noche, cuando las señoras, invitadas por los galantes caballeros, invadieron el comedor y rodearon la mesa, no con más orden y silencio del que hasta allí mantuvieran, pues atentos los papás y mamás a las carnes, fiambres y a las menudencias esparcidas por cuanto eran manteles, dejaban ancho espacio para el desenvolvimiento de la confianza y la cordialidad de las niñas.

Vaquerril conservaba la afectada sonrisa en los labios y la mirada perversa en los ojos, pues había limitado el vino a lo que podía consentir el decoro de su alta magistratura. Las niñas humildes a quienes antes atendía, le miraban desde lejos, quejosas de su inconstancia, pues las había repentinamente abandonado. Miguelito servía a Doña Eulalia e hijas, dirigiendo a Remedios miradas furtivas, en tanto que la Gobernadora, de mal talante y con grosera insistencia, no quitaba los ojos de la hermosa pedreña.

Cuando las parejas volvieron al salón y Remedios se alejó de mí, el afán de bailar con ella me tenía desesperado en términos que me sentía capaz de invitarla en los bigotes mismos de Don Mateo. ¡Y cómo no, si la había visto en brazos de Carriles, del redactor, y aun en los de Miguel, a quien sorprendí alguna vez hablándole al oído?

Miguel se me puso delante y me dijo:

—¡Ya bailé con ella, Juan! Lo hace como ninguna de éstas. Le hablé, pero ¡lo creerá usted, hombre!, he tenido miedo, he temblado y creo que le dije puras simplezas. Ya platicaremos. Voy a bailar con Candelaria esta pieza. ¡Me carga esa fea!

De la puerta regresó para decirme estas palabras que me helaron la sangre:

—Don Mateo ha rogado al Gobernador ha-

ce un momento, que le despida a usted, y le arrancó el compromiso de que lo hará muy pronto. Mañana veremos qué se puede hacer.

De un solo golpe vinieron a mi imaginación todos los males que este alevoso ataque me causaría, y al pensar que tendría que huir de la ciudad por falta de un miserable sueldo, que no vería ya a Remedios y que humillado y abatido debería renunciar a levantarme a más alta esfera, sentí que flaqueaban mis fuerzas y me apoyé en la pared. En mi exaltada imaginación me pareció ver a Remedios que fiajaba en mí sus ojos llenos de ternura y de lágrimas, y brotaron las mías, quemándome el rostro como plomo derretido.

Una voz dulcificada trabajosamente y que me pareció maullido de gato, interrumpió mis imaginaciones, que eran cada vez más amargas.

—¿Quiñones?

Levanté la cara, disimulando mi pena, y quedé asombrado al ver delante de mí al señor Gobernador, que me miraba con interés.

—¿Por qué está usted tan solo, hombre? ¿No le gusta bailar?

—Señor..., tartamudeé tímidamente.

—¡Vamos! Y creo que ni una copita ha tomado usted. Venga por aquí, hombre; venga por aquí, que hoy no consiento que nadie esté triste.

Y caminando de asombro en asombro, seguí al Señor Vaqueril, el cual, en llegando a la mesa, llenó una copa de cualquier licor y me la puso en la mano. Yo bebí y quedé esperando que Don Sixto me manifestara, con más o menos claridad, que no debía volver a la oficina; pero lejos de eso, comenzó por preguntarme qué tal me iba de trabajo, y si Miguel me recargaba de quehacer. Contesté lo que era del caso, manifestándome agradecido de sus bondades; y llena la mente de las más intrincadas confusiones, me turbaba más y más, mientras Don Sixto extendía por mayor espacio la amable conversación.

¿Qué me parecía el baile? No era gran cosa, a su entender; a mí podría parecerme muy bueno, porque era el primero a que asistía en la capital.

¿Hacía mucho que había llegado a ella?...

Y así fue resbalando, resbalando, hasta esta pregunta que ya me dió en qué pensar, porque él estaba enterado de mi procedencia.

—¿De dónde es usted?

—Señor, de San Martín de la Piedra.

—¡Hombre! Es usted paisano de Cabezudo.

—Sí, señor.

—Yo estuve en San Martín una vez; pero hace ya muchos años. Todavía Cabezudo no sonaba por allá, y usted sería una criatura. Y a propósito, hombre: usted ha de conocer a

esta muchacha que tiene como hija; esta que llaman la Cabezudita.

Cortóseme en aquel momento la respiración, sentí un baño de agua hirviendo, y quise decir que no, dominado por la indignación más viva; pero tuve un rayo de luz que me iluminó la mente, y dominando el primer movimiento, contesté que sí, y me dispuse a entrar en batalla.

Don Sixto siguió resbalando, resbalando, y yo allanando el camino, por más que la vergüenza estuviera quemándome el rostro. Cuando me sentía débil para aquella lucha, traía a la memoria las palabras de Miguel, y pensaba en la suerte que cabría a Remedios, abandonada por mí entre aquella gente, y como el gigante de la fábula, cobraba fuerzas al tocar el lodo en que tenía puestos los pies.

Según Vaqueril, la Cabezudita era una muchacha que le inspiraba gran simpatía; desearía ser presentado a ella de una manera amistosa y familiar, no como lo había hecho Cabezudo; desearía también que un amigo de ella la hiciera entender que él la estimaba mucho, por sus cualidades y por ser sobrina o más bien hija de un amigo tan bueno como el Coronel. En una palabra, él quería que Remedios le tuviese por uno de sus buenos amigos, y aun le contase entre los de confianza.

Procuré yo que no extendiera a más la suya el Gobernador, y le aseguré que Remedios tenía un carácter agradable y sencillo, y que no podría menos que acoger con gratitud aquellos sentimientos. Don Sixto cayó en la red, y de repente me preguntó:

—¿Y por qué no baila usted con ella, hombre? ¡Teniendo una paisanita tan linda se está usted aquí lleno de timidez!

Me expliqué. Don Mateo había tenido graves cuestiones con un tío mío sobre límites de tierras; yo había sido auxiliar de mi tío en sus trabajos, y como éste ganara al fin el pleito con costas, el Coronel me había declarado un odio mortal.

No necesité más. Cuando la orquesta anunció la pieza siguiente, el Coronel, en medio de un grupo capitaneado por el diputado Roquete (merecedor de alguna tinta que en él gastaré), oía brindis inacababIes con la boca abierta, puesto en el colmo de la estupefacción por el relato de hazañas que se le atribuían en la guerra y la política, de que así era autor como de la *Suma teológica.*

Maldígame el cielo si sé, ni supe qué pieza fue la única que bailé aquella noche. Temblaba aprisionada en la mía la mano húmeda y helada de Remedios; su cintura se apoyaba en mi brazo, en el cual no pesaba la mitad de lo que yo quisiera, y al inclinarme

para hablarle al oído palabras cortadas por las vivas emociones de mi corazón, sentí más de una vez, estremeciéndome de gozo, que rozaba mis mejillas su aliento agitado y ardiente. Debo de haber tropezado mil veces con las otras parejas; debo de haber desgarrado algunas faldas y causado muchas desazones a los demás. Yo no lo sé, ni entonces quise saberlo, ni ahora me importa recordarlo. ¡Cómo han de haberse burlado de mí los tontos que tan bien sabían bailar!

Primero el natural temor de ser sorprendida por el Coronel, embargaba a Remedios; después, dejándose arrastrar por los sentimientos que mis palabras despertaban en su corazón, quedó atenta a mi voz; y llevada su viva imaginación por los campos que juntos habíamos recorrido en otro tiempo, al solo conjuro de mis enamoradas expresiones, la niña, con acento de tierno e íntimo cariño, murmuró muy bajito:

—¡Quisiera volverme a San Martín!

¡Cuánta elocuencia en tan breve frase! Sí; yo esperaría a las diez de la mañana en la esquina del portal para verla salir de misa y decirla adiós al pasar junto a mí. Por la tarde montaría yo a caballo para recorrer la calle repetidas veces y verla sentada a la ventana; y después de la merienda iría a buscarla a la serenata en la plaza, donde de segu-

ro la encontraría y quizá platicaríamos un momento.... !

¡Vaya si perdimos el tiempo en asuntos como éste! Hube de notarlo al fin, y puse remedio hablándole de la manera de comunicarnos. ¿Quién se acordaba de celos en aquel instante? Y si me acordara, ¿podía atreverme a lastimar su delicado amor, siquiera diciéndole que había quien la encontrara hermosa?

La dulce y antigua confianza se restableció; abandonóse en mis brazos sin coquetería ni artificio, y aunque sobria siempre en palabras, aun en los momentos en que su noble corazón se encendía y agitaba, díjome tanto en cada frase y tanto me hizo adivinar, que no acertara a explicarlo la lengua más expresiva y elocuente.

Ella iba a misa a la iglesia del Refugio todos los domingos a las siete de la mañana. Salía pocas veces; pero de allí adelante trataría de que Don Mateo la llevara a las serenatas los jueves; iría con frecuencia a casa de una familia conocida, calle de las Peras, y saldría al balcón con las niñas, por si yo pasaba; pues no convenía que pasara yo por su propia casa.

¡Qué breve fue aquella pieza! Cuando terminó, la familia del Secretario tomaba sus abrigos, y no hubo poder humano que la de-

tuviera, ni mamá que no se creyera obligada a marcharse también. Cundió la voz de retirarse y hubo allí grandísima confusión de sombreros, abrigos, paraguas y bastones.

Temiendo una interpelación de Vaqueril, gané en tanto la puerta, sin poder explicarme si sentía yo el corazón ensanchado por la alegría u oprimido por el recuerdo de aquel breve momento de placer.

VII

LECCIONES ORALES

A contar de aquella noche, no hubo semana en que yo no viera alguna vez a Remedios, ya en la serenata, ya al salir de misa, ya, en fin, en la calle de las Peras. Ignoro cómo se las compuso Vaqueril para excusarse con Cabezudo por no cumplir la palabra empeñada; pero mientras tanto, Miguel me dió a entender que su influencia había prevalecido en el ánimo del Gobernador, y que no sería *yo* despedido de mi empleo. Fingí creerlo y le di las gracias.

Mi situación, sin embargo, estaba llena de dificultades, que a cada momento me ponían en verdaderos apuros. Procuraba yo, a toda costa, no estar solo con Vaqueril, temiendo no me hablara de la Cabezudita y tratara de avanzar más en sus confidencias conmigo; y

para conseguirlo me servía a maravilla la afición que me tomó Miguel, quien no se hartaba de hablarme de Remedios y de contarme cuanto pensaba y soñaba, cuanto intentaba y hacía.

Recuerdo que en los primeros días de Agosto, como Miguel tardara un poco en llegar a la oficina, adelantándosele Don Sixto Liborio, hubo de encontrarme solo; y después de entregarme algunas cartas dándome explicaciones u órdenes sobre ellas, que no acostumbraba comunicarme nunca, tomó, como pretexto, a Don Mateo para llegar a esta pregunta:

—Hombre, ¿y su sobrina? Hace tiempo que no la veo.

—Tampoco yo, contesté.

—Vaya con usted hombre, ¡siendo su paisano!

—Ya en otra ocasión indiqué a usted, señor, que el Coronel no me quiere.

—Es verdad. Y por supuesto que Cabezudo, con su carácter feroz, da una vida de perros a esa pobre niña.

—No, señor; respondí ingenuamente. La quiere como a las niñas de sus ojos y la mima como una madre.

—¡Sí!, exclamó admirado Vaqueril, y aun quizá picado. Pero me dicen que es muy miserable; de suerte que la sobrina no tendrá nada de lo que desea.

—Lo contrario, señor, dije, ya con malicia e intención; en mi pueblo todo el mundo sabía que Remedios tenía, no sólo lo que deseaba, sino mucho más. Don Mateo es muy parco; pero, tratándose de su sobrina, es pródigo.

—Sin embargo, replicó el Gobernador, algo amostazado, yo compadezco siempre a esa niña tan hermosa y que revela buenas inclinaciones, cuando considero la educación que debe de haber recibido. En manos de Cabezudo, de seguro que aprendió mil defectos y ninguna virtud.

Cuando iba a contrariar por tercera vez el empeño de Don Sixto de encontrar un lado vulnerable a Remedios, Miguel entró en la oficina y detuvo en mis labios la palabra.

Desazonado a mi vez, me retiré a una mesa, mientras en la otra comenzó el acuerdo; pero tal fue éste, que quiero, en sustancia, referirle, para que quede asentado por escritura y pase a la memoria de la gente.

Comenzó por algunas cartas de poca importancia, que no dieron lugar ni motivo a razones dignas de referirse; pero tocó su vez a alguna de más cuenta, cuyos conceptos no escuché, pero que fue causa de que Miguel dijera:

—Creo que esto no se concederá.

—Sí, hombre; tenemos que concederle a

este pobre ese empleo en que, al fin y al cabo, no nos perjudica.

—Pero, señor, replicó el joven, ¿no es este mismo el Pasquín que estuvo de Juez en Santa Teresa?

—Cabalmente.

—Pues este Pasquín se quedó en aquel juzgado con tres depósitos, y ponía a los reos en libertad por tanto más cuanto.

—Pero, hombre, usted siempre con su manía de buscar inmaculados. Convénzase de que eso no es posible; no, señor; ni siquiera conveniente.

—¡Acaso no hay gente honrada en el Estado!, exclamó Miguel con enérgica expresión.

—Pues no hay remedio, dijo Vaqueril en tono de punto final.

—Si usted quisiera....

—Vamos, hombre, añadió el Gobernador bajando la voz; Pasquín está casado con una sobrina de Pérez Gavilán, y yo no he podido negar a éste el servicio. ¡Ya sabe usted lo que es Pérez Gavilán!

—¡Siempre ese caballero!, murmuró Miguel.

—Deje usted de odios, Miguelito; no sea usted niño.

Y pasaron a otra cosa. Quise dedicarme a poner en orden un legajo, y aun andaba en

las preliminares de mi tarea, cuando el joven exclamó:

—¡No puede darse mayor descaro! Ese distrito no da un centavo al Fisco, y este bribón ni siquiera lo disimula. No tolere usted más semejante conducta, o el ejemplo cundirá.

—Convenido que es un bribón; pero ya yo lo sabía desde que le nombré recaudador. Hombre, le digo a usted más: para eso le nombré.

Y miró con aire de vanidad a Miguel.

—¡Pero es posible, señor!

—Sí, hijo; para que se entretenga y no nos moleste. Es un hombre que mueve el distrito con un dedo, y a no ser por ese empleo, se mete con Baraja cuando el plan de Ventaquemada, y la cosa se pone seria.

Armóse una discusión acalorada, en medio de la cual Miguel tomó la palabra con brío; y con inspiración digna de la tribuna popular, lanzó los más terribles cargos contra aquel sistema escandaloso. Se había puesto en pie, y con el rostro encendido y los ojos chispeantes, hablaba con la elocuencia propia de los oradores de buena fe en causa honrada. Cuando terminó su discurso, Don Sixto Liborio le miraba con expresión de lástima y plegando maliciosamente los labios.

—Mire usted, Miguelito, le dijo; haga usted lo que he dispuesto, y modere sus tendencias

si quiere llegar a ser algo. Ya se lo he dicho muchas veces. Ustedes, los jóvenes, salen del colegio muy satisfechos de sus teorías y se creen capaces de gobernar el mundo; pero en la práctica se estrella todo eso.... se estrella todo eso. Aquí es necesario hacer lo que conviene y nada más; aquí no venga con las leyes, porque no se puede gobernar con las leyes, sino que muchas veces es preciso hacer otra cosa; sí, señor, hacer otra cosa, ¿me entiende? Bueno, pues ahí tiene usted a Baraja, que siempre ha sido mi enemigo y hombre malo; pues yo no quería darle la Jefatura; pero Don Vicente, el Secretario, me llamó la atención y me aconsejó que le diera la Jefatura, y se la di; porque Don Vicente es muy práctico en esto. Trajimos a Gavilán al Congreso poco después, y con esas dos medidas muy oportunas, ya ve usted cómo esto parece una balsa de aceite.

Miguel había apoyado la frente en la mano, vuelto a su asiento, y oía en silencio la cansada disertación de Vaqueril.

—Vamos, continuó éste, ¿y qué sacaríamos con quitar a este recaudador? Nada: que entrarían al Erario algunos fondos de poca importancia, y tendríamos un enemigo que vale un distrito entero. Esto será muy legal, pero no es político, y la política es lo primero. ¿Me entiende?, la política es lo primero. Por

eso dice Don Vicente que ustedes los jóvenes traen aquí sus teorías; pero que las teorías se estrellan en la práctica; que después de que reciben su título, necesitan la segunda enseñanza, que es la del mundo. Usted es todavía muy niño y muy bisoño. Yo no soy hombre de letras; pero tengo mucho mundo y soy práctico...., soy práctico. Déjese de arrebatos de colegio, hombre, y siga mis consejos; porque al fin yo he visto ya muchas cosas y usted sólo las ha leído, que es diferente, porque hay cosas que nadie las escribe. Usted es muchacho de porvenir, pero es preciso que aprenda y que escarmiente en cabeza ajena. Conque no hay remedio: contéstele de conformidad.

Y pasaron á otra cosa.

Miguel tenía las orejas como dos tomates, y hablaba lo menos que podía, breve y secamente. Hizo alguna nueva observación, pero sin insistir, y con mal modo; y Vaqueril, después de algunas palabras que no oí bien, añadió como razón suprema:

—Es empeño de Eulalia.

El joven levantó la cabeza y miró al Gobernador, como si no pudiendo refrenar la lengua fuese á decir algo; pero Vaqueril le salió al encuentro con su acostumbrado punto final.

—No hay remedio.

Cuando el acuerdo concluyó, Don Sixto cre-

yó conveniente añadir algunas explicaciones al exaltado joven.

—No está usted bien enterado de la política, le dijo; y por eso no comprende mis actos. Ya yo sé que es mejor el orden, la moralidad, la ley, que dar pasos como estos; pero es preciso atender a las circunstancias y obrar según lo quieran los tiempos.

Bajó un poco la voz y continuó:

—Voy a hacerle a usted confianza que debo hacerle, porque es usted buen amigo mío y está identificado con los intereses de la *administración*. Por supuesto que son de la mayor reserva.

Miguel abrió los ojos cuanto pudo y miró fijamente a Vaqueril.

—La cosa anda mal por *allá arriba*, prosiguió éste misteriosamente.

—¡Que anda mal!

—Bastante mal. Desde hace un mes estoy recibiendo cartas como estas que me llegaron por el último correo. No he dado a usted conocimiento del asunto, porque sus escrúpulos no se prestan para estas cosas esencialmente políticas. Pero me empeño en que sea usted hombre ya; quiero formarle, y es preciso que vaya usted conociendo el mundo...., conociendo el mundo.

Mientras esto decía, registraba un revuelto montón de papeles sacados de la bolsa, de

entre los cuales separó al fin dos o tres que Miguel leyó para sí, murmurando de vez en cuando:

—¡Qué atrocidad....! ¡Parece increíble!

—Ya ve usted, pues, que el asunto es grave. Necesitamos, por lo mismo, tener esto arreglado; quitar estorbos, cualesquiera que sean; contentar a los enemigos y tenerlos interesados en la suerte del Gobierno.

—Es verdad, murmuró Miguel como penitente humillado. Pero supongo que usted habrá rechazado y combatirá estas ideas.

—¿Está usted loco, hombre?, exclamó Vaqueril casi enojado ¿Le parece a usted prudente meterse uno a quijotear a estas horas? Cinco Estados de acuerdo, ¡y qué Estados! Luego, todo lo que surge después; por eso Don Vicente me ha dicho que hay que manifestarles simpatías, pero sin adquirir compromiso, y esto es muy bien pensado; es muy bien pensado. Así lo hemos hecho; y no crea usted que aquí haya nada de inconveniente por tratarse de *los de arriba*. Hombre, si esto ya es la manifestación de la voluntad de la República. En fin, piense sobre esto y ya hablaremos; porque yo quiero que usted tome parte en todo lo del Gobierno para levantarle, ¿me entiende?, para formarle a usted, hombre.

Hablaron algo más, guardóse sus cartas;

y un cuarto de hora después, el Gobernador pasó al despacho oficial, dejándonos solos a Miguel y a mí.

El joven arrojó las cartas sobre la mesa en que yo escribía, y paseándose a lo largo de la oficina, murmuraba entre dientes palabras que yo no podía entender. Detúvose después frente a mí, y con voz colérica me dijo:

—Juan, yo no sirvo para esto. Yo no entiendo cómo por intereses de partidos, ¡qué partido!, por intereses personales, pueden sacrificarse la justicia y la conveniencia pública. Entonces esto no es gobierno, puesto que no tiene por objeto gobernar, sino andar en los enredos que quieren llamar política, para halagar a todo el mundo y no tener descontentos a tres o cuatro pillos. Si el cargo de juez tiene por objeto hacer justicia, yo no me explico que pueda conferirse con más mira que con la de que haga justicia. Si el catedrático está pagado para enseñar, no consiento en que pueda nombrársele sino con el fin de que enseñe. Pero aquí se nombra un juez para que su familia tenga de qué vivir; un catedrático para que Baraja no se pronuncie; un jefe político para que vaya a cambiar aires, y un recaudador para que se haga rico. No sirvo, no puedo yo servir para esto.

Retiróse Miguel a su mesa, y mientras él permanecía pensativo y cabizbajo, emprendí

mi tarea de contestar las cartas según lo mandaban las notas.

El diputado volvió a acercarse a mi mesa media hora después, y más que preguntándome, hablando consigo mismo, dijo pausadamente:

—¿Y qué participio querrá Don Sixto que yo tome en ese asunto?

Otra vez recorrió la estancia de extremo á extremo y se sentó después, quedando pensativo. Comprendí que sus cavilaciones tomaban rumbo nuevo.

Entró el Gobernador a las doce, firmó las cartas y me dijo:

—Quiñones: hágame favor de ir a mi casa y decir a mi esposa que me voy a comer con Cabezudo, que ha venido a invitarme.

El corazón me dió un salto y sentí que toda la sangre acudía a mis pies; pero procuré serenarme y salí acompañado de Miguel, que se retiraba a su casa.

El joven había pensado mucho y por rumbos antes no explorados sin duda, puesto que en el corto espacio que fuimos juntos me dijo:

—Pensando bien, comprende uno las dificultades que encierra en nuestro país la ciencia de gobernar. No podemos condenar por la sola inspiración de la honradez, por las teorías, sin exponernos a ser injustos. Es co-

sa de volverse loco. Si el Gobierno necesita, como base absolutamente indispensable, el mantenimiento de la paz; si la paz sólo se logra y sostiene contentando a tres o cuatro revoltosos...., pues la verdad que esto es menos malo que andar metidos en una bola eterna.

Le miré la cara, y me pareció que el malhumor desaparecía de su semblante franco y simpático, aunque en aquel momento me lo pareció menos.

Encontré en su mirada un no sé qué vulgar.

VIII

LA GOBERNADORA

Puesto en presencia de la Gobernadora por oficios de una criada que salió a recibirme, dije a la señora lo que Vaqueril me había encargado; y aunque al hacerlo tratara de manifestar la mayor naturalidad y desembarazada cortesía, no dejó de estorbarme el expedito uso de la lengua uno como rubor que me asaltó súbitamente al trasmitir aquel recado, el cual, por proceder de una invitación del Coronel y por venir a la Gobernadora, era para mí dos veces humillante.

Doña Eulalia no miraba en pequeñeces para dejar correr por sus naturales corrientes su irritable carácter; y así fue que a medida que yo hablaba, a ella se le iba un color y otro le venía, contrayéndose nerviosamente sus tré-

malos labios, allá por los límites de las adobadas mejillas.

—Muy bien, me dijo al cabo, con una sonrisa de cólera (que sí las hay). Por supuesto que Roquete se fue también con el Gobernador a casa de Cabezudo.

—No sé, señora.

—Sí, sí; ya comprendo de qué se trata. Roquete no puede faltar allí. Éntre usted, pase a sentarse.... Éntre usted, le digo, y déjese de excusas.

Y me cogió por el brazo, mientras gritaba:

—¡Candela!, ven acá, que aquí está Quiñones.

—¡Voy!, contestó la hija desde su alcoba.

—Siéntese usted, continuó la Gobernadora, mientras yo, estupefacto, no sabía dónde poner el sombrero. ¿Usted sabe quién es Roquete? Pues Roquete es un desgraciado que cuando mi esposo andaba en sus negocios de comercio antes de ser gobernador, tenía una barbería de mala muerte en el barrio de Cochinitos, y sólo los domingos se ponía una chaquetita de dril. Le hizo no sé qué trampa a Don Vicente Torvado, quien después influyó en mi marido para que fuera algo en el Gobierno, con el fin de cobrarse de los sueldos la suma que Roquete le debía. Vaqueril le nombró oficial de policía sólo por el tiempo necesario para que Don Vicente se cobrara;

pero cuando esto quedó concluído, ya este bribón se había colado muy bien en el ánimo de Vaqueril por sus buenos servicios, y fue electo diputado a la Legislatura. Ahí tiene usted a Roquete, ni más ni menos.

Perfectamente: ahí tenía yo a Roquete, sin punto ni coma de más ni de menos. Ya me sabía yo todo eso, y aun lo misterioso de sus servicios, todavía no bien definidos por la opinión pública, no obstante que la tal es muy ducha y fina para esto de aclarar misterios. Pero todo aquello no me sacaba de mi estupefacción, sino antes bien me empujaba por ella adentro, al verme tratado con tal confianza por la Gobernadora, como visita muy usada y frecuente.

—¡Candela!, volvió a gritar.

—¡Voy, mamá!, contestó la voz de Candelarita.

—Pues no le quepa duda que Roquete acompañó a Vaqueril, dijo la Gobernadora. Y dígame usted: ¿este Cabezudo es muy animal? A mí me parece que sí; pero usted, que es su paisano, debe de saberlo mejor.

—Pues, señora...., murmuré yo sin saber qué decir, y enrojecido el semblante, porque iba ya comprendiendo algo.

—Claro, hijo, claro, hable usted, y sin rodeos.

—Me parece algo tonto; pero....

—Pero lo es mucho, ¿verdad? Así me lo he figurado siempre; y como a mí me parece mejor tratar con fieras que con asnos, no es este coronel de mi devoción. No, no me puede entrar. Sin embargo, vea usted, su sobrina me parece otra cosa; es niña que me simpatiza y que encuentro hermosa.

De tal modo trató Doña Eulalia de mostrar naturalidad al decir esto, que comprendí inmediatamente que sabía mi inclinación a Remedios o quizá mis relaciones con ella. Algo más se me aclaró entonces la vista.

—¿Y Miguel?, preguntó con intención dolosa muy manifiesta.

—Se retiró a su casa, respondí.

Sonrió maliciosamente la Gobernadora y dijo:

—Es natural.

Candelarita entró en la sala, y yo me puse en pie y salí a su encuentro para saludarla, aunque todas aquellas cortesías me ponían colorado y tembloroso, como que no estaba acostumbrado a salas con alfombras ni a familias de gobernadores.

—Se queda usted a comer con nosotras, me dijo Doña Eulalia.

Y cuando iba yo a urdir alguna excusa torpemente, según lo imprevisto de mi situación, la Gobernadora me cerró la boca con estas palabras:

—Se queda usted.

No necesitaría más el hombre menos avisado para comprender que todo aquel embolismo venía de trastienda obscura y sospechosa; y yo, echado a fuerza por tal camino, hube de resolverme a usar de la más fina y refinada malicia que pudiese alcanzar un ingenio poco ejercitado en el oficio.

No tardó en asomar por allí Conchita, y a poco rato Panchito, quien se me quedaba mirando con impertinente atención, que tuve desde luego por preliminar de confianzas cargantes y fastidiosas. Sixtito y José María se habían quedado a comer en casa de un catedrático que los quería mucho, por talentosos y aplicados.

La copita anunciadora de la sopa y la sopa misma, me supieron a rejalgar, según estaba de cortado y afligido. Recuerdo haber volcado algún trasto con el codo, amén de otras torpezas por el estilo.

Durante la comida, cargó la conversación sobre el baile, aunque quisiera yo que más bien cargara sobre mis huesos, porque me temía que llegara adonde, por fin, hubo de llegar: a Remedios. Pero continuó aquí lo extraordinario, que no lo fue poco para mí oír a Candelaria poner por las nubes la belleza de la pedreña, admirar su natural garbo y majestuoso porte, y decir no sé cuantas co-

sas más, que daban al traste con mis propósitos de mantenerme malicioso y desconfiado. Concha me miraba con timidez y como a hurtadillas, sin despegar los labios, si no era para consentir en lo que su hermana decía, apoyándose en su opinión.

Cuando nos levantamos de la mesa, sentí un mareo que me dió a entender que Doña Eulalia me había menudeado las copitas de vino más de lo que mi sensatez era capaz de resistir. Y en efecto, recuerdo que elogié con algún calor a Remedios, y que tuve la debilidad de dar a entender que era antigua conocida y amiga mía; esto con tono un poco inflado y vanidoso.

Concha estaba seria y se retiró a su cuarto; pero, en cambio, la Gobernadora y Candelaria demostraban grandísimo contento:

—Vamos, Quiñones, me dijo la primera con acento de amable confianza, confiéseme usted una cosa.

—¿Cuál, señora?

—Pero me lo confiesa usted.

—Diré la verdad.

—¿Palabra de honor?, añadió Candelaria.

—Palabra de honor.

—Usted está enamorado de la Cabezudita.

Ya sabía que esta sería la pregunta, y estaba yo deseando que me la hiciera; pero al oírla, tuve un momento de lucidez para com-

prender que aquella confesión era tan indiscreta como necia. Lo negué; hubo protestas, exigencias, risas y regaños; pero seguí negando y nadie me movió de allí.

—Está bien, dijo al fin la Gobernadora; pero por más que usted lo niegue, yo estoy segura y nadie me lo quita de la cabeza. Y puesto que esto ha de serle indiferente, va usted a hacerme el favor de ir en este momento a casa de Cabezudo.

—¡Yo!, exclamé espantado.

—Ya sé que no le quiere, hombre; pero va usted en nombre mío y esto le halagará.

—Pero, señora....

—Nada, me dijo con voz imperiosa y poniendo cara de Gobernadora; vaya usted y dígale de mi parte que mañana le esperamos a comer.

No pude replicar y me despedí de ambas señoras, quienes me recomendaron que las visitara con frecuencia, pues querían contarme entre sus amigos, etc., etc.

En el zaguán de la casa del Coronel me detuve. El corazón me saltaba hasta cortarme el aliento, y tomé la precaución de formular el recado y repetirle tres veces para estar expedito en el momento supremo. Hice un esfuerzo de voluntad, y entrando por el patio, subí la escalera, que me sofocó mucho. Un criado me condujo hasta la puerta de la sala,

y sin la precaución del anuncio, que poco se usa por allá, entré a tiempo que Roquete decía al coronel:

—El asalto de San Martín es el hecho más brillante de usted.

Remedios saltó del sillón en que estaba sentada, y fijó en los míos sus espantados ojos; Vaqueril, que hablaba con ella en voz baja y acercándosele demasiado, levantó la cabeza; otro tanto hicieron el Coronel y Roquete, que platicaban a buena distancia de la pareja sobre las campañas de Cabezudo.

—¿Qué busca usted aquí?, me gritó éste con voz de trueno ¡A qué viene usted!

Y echando chispas por los ojos, avanzó hacia la puerta, en donde yo había quedado como una estatua, de rígido y frío.

No sé como expuse la invitación de Doña Eulalia; no sé qué me contestó el Coronel, aunque recuerdo que se inclinó delante de mí, toscamente, tres o cuatro veces. Saludé y di dos pasos atrás, ocultándome del Coronel, y desde el corredor dirigí una mirada a Remedios, que debe de haber brillado con fulgores infernales, si es que asomó a mis ojos algo de lo que sentía en el corazón.

IX

TONTERÍAS

Vagué por las calles de la ciudad al acaso y sin advertencia de lo que hacía, en tanto que en mi mente se sucedían en confusión y con rapidez extraordinaria los pensamientos más extraños y las más tristes imaginaciones. Sin darme cuenta de ello, un nudo me apretaba la garganta, y sentía yo necesidad de llorar, de gritar o de cometer un desatino cualquiera con el primer transeúnte que encontrara al paso; respiraba yo con toda la fuerza de mis pulmones; andaba a prisa y agitaba los brazos más de lo natural; medidas todas a que se acude por instinto cuando se quiere reprimir una pasión próxima a desahogarse en lágrimas o de otro modo cualquiera.

No sé a qué hora di con mi cuerpo en el vacilante y movible catre, mudo testigo de

mis ensueños y esperanzas; pero sé decir que allí, envuelta la cabeza en la almohada, tanto pensé y tan confusamente en una hora, que pude darme cuenta de lo que pasa en la descompuesta imaginación de un loco.

¿Qué había pasado? Nada en verdad. El viejo aquel estaba sentado junto a Remedios y hablaba con ella. ¿Cómo estaban sentados? Pues estaba la niña en el sofá y él en un sillón, bastante cerca. Vaqueril, inclinada la cabeza, sonreía de un modo que él quería mostrar dulce; ella se puso en pie al parecer asustada. Ya sabía yo que había de asustarse al verme en su casa; nada tenía eso de particular. Pues esto no era cosa para mucho. Sin embargo, yo había sentido un movimiento interior de repugnancia, de aversión y desamor, y le seguía sintiendo con igual o mayor fuerza. Remedios no era ya la misma para mí, ni podía serlo nunca; el polvo de la calle, entrando por los balcones, había opacado sus relucientes cabellos y obscurecido la limpidez de su frente. ¡Qué me importaba que no tuviera ella la culpa!

No puedo explicarme, porque el lenguaje es obra vulgar que no tiene medio para decir sino lo que todos sienten, y habría yo menester sobre doscientas palabras que no existen en diccionario ninguno; pero si me es dado acudir al lenguaje de la poesía, encanallado ya

entre los copleros, diré que Remedios era para mí un ángel a quien habían arrancado las alas para convertirle en mujer. Yo no había aprendido el amor en novelas románticas, sino en los ojos de Remedios y en la delicada sencillez de mi corazón; y aquel amor tenía los propios caracteres de la tierra en que naciera, único elemento de poesía en que mi imaginación inculta podía buscar el adorno y embellecimiento del ser amado. Llvaba yo en el corazón todo el fuego de la tierra caliente, y mi dulce niña me parecía una azucena del campo, de esas blancas y púdicas flores que abren su broche al perderse el último rayo del sol en las cumbres de las montañas de Oriente, y le cierran el alba, como temerosas de ser sorprendidas por el astro del día. Me parecía otras veces una exhalación de verano, meteoro pasajero que huye por no deslumbrar, dejando una huella luminosa y efímera; y mirando el cielo de la noche salpicado de estrellas, buscaba yo, como su propia imagen, la más pequeñita, la menos brillante, la que parecía querer ocultarse detrás de las otras para no dejarse ver del mundo.

De repente todo esto se desvanece, y Remedios se presenta a mis ojos como simple mujer, merced a un vejete loco que se encarga de demostrarme que he sido poeta sin saberlo, y sobre poeta, soñador rematado. Como si va-

gando embebecido por los bosques vírgenes de mi tierra, escuchando el rumor de los arroyos y el canto de los pájaros, aspirando el aroma de las flores silvestres y gozando de la sombra de los cedros y las caobas, súbitamente se tornasen aquellas poéticas soledades, calle de populosa ciudad, cruzada de coches de alquiler, vendedores de periódicos y carros de mercancías; como si un ramillete de azucenas se trocase en mis manos en billete de lotería; así fue para mi alma aquella repentina transformación, no debida a Remedios, sino a mí mismo; pero que no era por esto menos dolorosa sin duda.

Ya avanzada la noche, abrí mi baúl y saqué de él una cajita en que mi madre solía guardar sus pobres alhajas y que entonces encerraba las mías; aseguré la puerta de mi cuarto, puse la luz a la cabecera, me eché en el catre y revisé mi tesoro, como debe de ver el suyo el tenedor de billetes de un banco que acaba de quebrar.

Una flor seca. ¡Parece que conserva aún el aroma del primer día! Paseando a orillas del arroyo de San Martín cogióla Remedios y la prendió en los cabellos de mi madre: yo la tomé después y la guardé cuidadosamente. Todavía entonces ignoraba o sólo adivinaba la joven cuánto la quería yo. Después una hoja de un libro de oraciones: es la que yo arran-

qué del de Remedios aquel día que la vi llorar en la iglesia del pueblo. Cuando más tarde le dije que yo la había guardado, tomándola, después de la misa, en su propia casa, adonde fui con un pretexto, se rió y me llamó tonto. Por más que ella lo niegue, estoy seguro de que esta fue la hoja en que cayeron sus lágrimas.

¡Una cinta roja! Se le cayó de la cabeza un día que estaba en cabello después del baño. Ya nos entendíamos; me exigió que se la volviera, pero yo no accedí y la guardé; mas como pusiera semblante de verdadero desagrado, tomóla aún mayor el mío y devolví la cinta sin decir palabra. La niña me miró con ojos de aflicción y cariño, y me dijo con voz dulce, bajando los ojos: "Quédate con ella."

Algunas cartas. Bien pocas son y las sé de memoria, hasta con una que otra falta de ortografía en que incurrió la esmerada pluma que pintó cuidadosamente esos finos perfiles.

Después un pañuelo. Es el mío, el que me sirvió aquella noche horrenda y hermosa a la vez, en que la saqué de San Bonifacio, para vendar la herida que recibió en el brazo izquierdo. Me acuerdo muy bien del arroyo en que nos detuvimos, de su desmayo, y aunque trato de evitarlo, me acuerdo también de su hombro desnudo, redondo y turgente. ¡Ah, si entonces nos hubiera atravesado a los dos la

misma bala! ¡Estas manchas negruzcas son de su sangre, de aquella sangre que yo habría enjugado de rodillas con mis labios....!

Lo último del tesoro es un cuadrito de raso bordado de oro y pendiente de un cordón de seda. ¡Es un escapulario....! Dos tenía mi madre sobre el pecho al rendir el alma a Dios. Uno se fue con ella como prenda de la que ya tenía por hija y por consuelo único mío; el otro es este que yo guardé como recuerdo de mi madre y de Remedios que le había enviado los dos, como la medicina postrera y para preservación del alma....!

Cerré los ojos inundados en lágrimas, dejé caer la cabeza en la almohada, oprimiendo con mis labios el escapulario, y algo pasó en mi cerebro que no ha pasado jamás. No sé cuánto tiempo pasó; no sé tampoco....

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la gran ciencia de que he ofrecido tratar? Perdone el lector que así me detenga en bagatelas que no pueden interesarle. ¡Está visto que no puedo hablar de Remedios sin desbarrar lastimosamente!

X

LA MUTUALISTA

El aborrecimiento que cobré a Vaqueril desde aquel día, sólo puede compararse al que gradualmente me fue inspirando Miguel, si no en naturaleza, sí en intensidad. No acierto a explicarme por qué la honradez del amor de éste a la pedreña, su pureza y su fogosidad, me causaba tan vivo encono como la afición torpe y grosera del elevado funcionario; y aunque a pesar de todo, Miguel no me parecía repugnante, algo bueno habría dado por anonadarle y destruirle.

¿Por qué no huí de aquella ciudad para siempre? Porque a despecho de mi desengaño no podía dejar de querer a Remedios como un loco, aun cuando no fuese para mí lo que antes era; porque necesitaba yo verla y vivir cerca de ella, no obstante que esto me hiciera daño

y que mis sentimientos hubiesen cambiado súbitamente de rumbo y naturaleza.

Las hablillas comenzaron a llegar a mis oídos, ora con la sospecha de que el Gobernador visitaba al Coronel con más frecuencia de la que mandaba la cortesía; ora con la relación de alguna plática indiscreta de Miguel, que demostraba su inclinación decidida a Remedios; ya diciendo que Roquete tendía hábiles lazos; ya pintando escenas entre Vaqueril y Doña Eulalia, por celos graves de ésta, no enteramente infundados.

Si no llegué a oír esto con indiferencia, pude a lo menos llegar a sufrirlo con valor, y aunque conservando en mi alma aquel amor inextinguible y vehemente, la dulce, la ideal Remedios fue apareciendo a mis ojos como la más hermosa de las mujeres, y nada más. Y sin embargo, tenía yo la certidumbre de su inocencia; que a no ser así, mi corazón, siempre honrado, no la habría amado un minuto más.

La oficina era, para mí, un potro de tormento; pero no quería abandonarla, ni quizá podía; porque allí buscaba yo las pruebas de la inocencia de Remedios, que un día había yo de presentar a la sociedad que la calumniaba y que ya daba muestras de tomar, aparentando despreciarla, el desquite de su hermosura.

Vaqueril no perdía ocasión de decirme al-

go muy afectuoso para la joven, con la esperanza de que yo se lo trasmitiera al pie de la letra; Miguel, ignorando las pretensiones de su superior, me contaba cómo el Coronel le admitió en su casa por excelente amigo, cómo Remedios le aceptó de igual manera, tratándole cada día con más confianza, y cómo la había ido dando a entender poco a poco y tímidamente el amor que sentía por ella. Remedios guardaba silencio al oír sus indirectas manifestaciones, bajos los ojos y la frente algo encendida, por donde podía, según Miguel, inferirse que aquello no iba mal.

En el periódico oficial y acompañado de la correspondiente gacetilla encomiástica, Miguel publicó varias poesías dedicadas a *Marina,* que algunos traducían por *Candela;* pero que él mismo revelaba ser Remedios.

Por supuesto que los propagadores de los chismes y enredos tanto se cuidaban de no decirlos al gran sol Don Sixto Liborio, como a aquel joven que era la mejor esperanza para lo futuro, estrella de primera magnitud, hombre de porvenir y también de presente, con el cual nadie quería estar en mal predicamento.

Otros rumores comenzaron a circular por entonces, que dieron pasto a las imaginaciones inquietas, esperanzas a los descontentos y amenidad a las tertulias. Frente al poder

supremo de la Nación se levantaba un gran partido, que por medio de zapa nocturna y cautelosa iba minando, minando, y tejía una trama habilísima por lo invisible y enredada, todo lo cual habría de dar por resultado el abatimiento repentino del partido personalista reinante; y todo por puras maniobras políticas, sin derramarse una gota de sangre, ni alterar, sino por breves días, el orden constitucional que nos regía felizmente.

Bien pronto supe yo a qué atenerme, y dominado por los diabólicos sentimientos que sin yo advertirlo me invadían, guardaba mi secreto como un tesoro, y enfrenaba la lengua, que en alguna ocasión quiso dejarse llevar por la vanidad y dar a entender que estaba al cabo de todo.

En efecto, tratándose un día en consejo entre Vaqueril y Miguel sobre la pretensión de Pérez Gavilán, de que un sobrino suyo fuese nombrado algo para lo cual era notoriamente inútil, argumentó Miguel diciendo que el tal era ebrio consuetudinario. Vaqueril le enseñó una carta que dijo proceder de un Estado importante y añadió cuando el joven la hubo leído:

—Tenemos que seguir la corriente; ya se lo he dicho a usted; ya se lo he dicho a usted.... Esto no tiene remedio, y es preciso ganarse a los pocos que puedan alterar las cosas

y traernos dificultades. Ya he hablado mucho con Don Vicente sobre este negocio, y Don Vicente es hombre muy entendido en la materia; como que ha sido Secretario de cinco gobiernos seguidos.

Y como Miguel replicara hablando algo de deberes y de gratitud, Vaqueril le hizo callar con un largo sermón, dicho con la voz lenta de costumbre y las pesadas repeticiones con que pretendía dar más autoridad a su sabiduría práctica.

—No, hombre, deje usted sus teorías de colegio. La paz pública, la conveniencia pública, la tranquilidad pública, el orden constitucional antes que nada. Ya se hace necesario un cambio; ya se hace necesario. El pueblo se cansa, ¿me entiende usted? y mejor es darle gusto que obstinarse en mantener el mismo orden de cosas; y como este movimiento es general y lo más importante de la Nación, los mejores Estados, los mejores cuerpos del ejército están comprometidos, es una temeridad ponerse contra la corriente general, sí, señor, es una temeridad. Por esto es que dice Don Vicente....

Y cuando salimos de la oficina, Miguel me dijo:

—Pensándolo bien, puede ser que el Gobernador tenga razón....

De esta suerte fueron pasando los días, sin que en su transcurso ocurriese cosa digna de especial mención; puesto que no la merecen las fiestas cívicas del día de la patria, el 16 de Septiembre. De ese día sólo consta en mis apuntes que se inauguró la *Sociedad patriótica mutualista de obreros liberales*, imaginada, organizada y presidida por el Licenciado José I. Pérez Gavilán, que, aunque no era ni obrero ni patriota, se interesaba mucho por las *clases trabajadoras.*

Singularmente me llamó la atención que se me invitara para entrar en la sociedad, y como de pronto me resistiera, el mismo Gavilán me llamó a su casa y me convenció de la utilidad de la institución, destruyendo mis escrúpulos con el incontestable argumento de que si entonces no era yo obrero lo podía ser más tarde.

Con toda pompa y regocijo se instaló la sociedad, contando, desde luego, con unos cien miembros que quince días después eran en realidad sólo treinta; pero que en los registros pasaban de trescientos. Se fundó un periódico que era órgano de la *patriótica mutualista,* con el nombre de *El Taller Libre;* y las niñas del colegio "Hidalgo" bordaron el estandarte, que era de raso verde con hilo de plata. El mote decía: *Libertad y Trabajo.*

¡Vaya con la dichosa sociedad, y cómo me

entusiasmó! Era la primera en que yo me metía, y soy de disculpar si la tuve por importantísima y trascendental, al extremo de ir creyendo poco a poco que Gavilán era hombre útil y desinteresado como ninguno. Pero mi satisfacción no tuvo límites cuando fui nombrado segundo secretario, por ausencia del que desempeñaba este oficio.

No tenía la *mutualista* más activo agente que yo, pues por todas partes ensalzaba sus propósitos y enaltecía su objeto, logrando llevar a su seno algunos individuos tan abonados y tan obreros como Clemente y Julián. Pero en vano traté de seducir a Pepe, el cual se contentó con explotar aquel filón con su afilada lengua, dirigiéndonos cada discurso que nos ponía colorados y mohinos.

—Jóvenes, nos decía: somos aves de corral, y no es bien que asistamos a juntas que congrega una ave de rapiña.

Yo tenía sin duda en la frente la estrella de la mañana, pues todo el que me conocía me trataba no sólo con aprecio, sino hasta con mimo. Primero Don Sixto Liborio, después Doña Eulalia y Candela, y ahora el señor Diputado Pérez Gavilán, que me quería como a las niñas de sus ojos, lamentaba que tan humilde empleo desempeñara quien tan grandes aptitudes tenía, y se proponía interponer su influencia para alzarme a una altura digna

de mis alientos y cualidades. Él me hizo secretario de la mutualista; debí a su empeño el ser miembro de varias comisiones importantes; a su pluma un párrafo de gacetilla honroso que en mi favor publicó *El Taller Libre,* y a sus continuos elogios el que Julián y Clemente comenzaran a verme como un hombre superior. Pero mi asombro, a la vez que mi gratitud, se colmaron un día que me dijo:

—Me intereso tanto por usted, que, aun a riesgo de parecer indiscreto, quiero decirle que ha tenido usted el mejor ojo del mundo al fijarse en la Cabezudita para hacerla más tarde su esposa. ¡Vamos, muchacho, no se ruborice usted! Ya sé que Cabezudo no le quiere, porque le considera muy abajo; pero no se apure: tengo entre manos una gran *combinación* y si da buen resultado, como lo creo, usted subirá tanto que Cabezudo será poco. No crea usted esos chismes que andan por ahí. La muchacha es una perla y debe usted estar tranquilo. Ya hablaremos, ya hablaremos. Guarde silencio y espere, que yo le respondo. Ya hablaremos. Le tengo a usted cariño desde la bolita de San Martín, pues sé lo que pasó allá con todos sus pormenores. Mi combinación es segura, y después de realizada, usted subirá y se casará con esa muchacha que tanto le quiere. Mientras tanto, no la abandone, hijo; es-

críbala, si no puede hablar con ella; ya hace mucho tiempo que se contenta usted con sólo verla de lejos, y de algunos días a esta parte hasta eso le escasea.

¡Aquel hombre sagaz lo sabía todo! ¡Conque no todos creían las hablillas! ¡Qué alivio sintió mi alma y cuánta gratitud y afecto hacia Gavilán! Había una *combinación,* que, realizándose, me elevaría y me colocaría arriba de Don Mateo.... ¡No necesitaba yo más para ser partidario de esa combinación y del grande hombre que la traía entre manos!

XI

CONFIDENCIAS

Parece que los aires de Octubre no son del todo saludables en aquella ciudad, porque nadie dejaba de estar en la ocasión a que aludo, nervioso y agitado. La Gobernadora más inquieta y singular que nunca, mostraba, lo mismo que Candelarita, una exacerbación de sus achaques de nervios que la ponía intratable. Llamábame a su casa más a menudo de lo que yo podía llevar en paciencia, muchas veces para nada y algunas para instarme con escaso disimulo a que estrechara mis relaciones con Remedios, sin hacer caso del Coronel. Su primogénita gastaba un humor de los demonios, y apoyando las instancias de la Gobernadora, solía hacer despreciativos gestos al hablar de la *famosa* hermosura de San Martín. Conchita no hacía más que asomar, y luego que oía

el nombre de Remedios, volvía las espaldas y se metía en su cuarto.

Miguel demostraba una profunda preocupación, y en sus conversaciones conmigo mezclaba en confusión extraña a Remedios con los Estados del *interior,* y los intereses públicos que había aprendido a traer siempre en la boca, con la declaración franca que pensaba hacer a Don Mateo de su amor a la pedreña. Resueltamente opinaba como Vaqueril en el asunto aquel de política trascendental, y así lo manifestó al Gobernador en uno de tantos días de aquellos en que hablaban durante largas horas, enseñando el uno y aprendiendo el otro los principios de la gran ciencia.

Vaqueril estaba igualmente preocupado, y no pudiera ser de otro modo, puesto que el tiempo se venía con gran prisa, y graves acontecimientos tenían que suceder, que perturbarían, aunque fuese por breve espacio, la sosegada corriente de su mansa gobernación. Toda la elocuencia de Don Vicente Torvado había sido insuficiente para calmarle y poner tranquilidad en su espíritu: Vaqueril era hombre de pacífica condición, y si entraba en la danza era porque las circunstancias le necesitaban a elegir entre los dos extremos. En su aturdimiento, que en él reemplazaba a lo que puede llamarse preocupación, hablaba mucho

con Torvado para aprender, con Miguel para enseñar y con Roquete para divertir su atención de tan graves asuntos, y enderezarla a otros que, aturdiéndole menos, le interesaban más.

Pero lo más singular es que aquella agitación nerviosa se propagaba en todas direcciones, y hubo al fin de cundir entre los miembros de la *patriótica mutualista,* de lo cual dieron muestra en diversas sesiones, tomando la palabra hombres que siempre debieron dejarla quieta, no ya para proponer la concesión de un auxilio a un compañero enfermo, ni para disculpar al ausente, sino para elogiar calurosamente a Pérez Gavilán, sin qué ni para qué, lastimando la modestia del sencillo abogado. ¿Qué no quería? Pues a despecho de todas sus protestas no hubo remedio, y tuvo que aceptar una medalla que la sociedad le decretó y la declaración de ser benemérito de la *clase obrera.* Yo estaba arrebatado de entusiasmo, y mis compañeros Clemente y Julián, pasmados de admiración, abrieron la boca cuando al concluir la sesión en que todo aquello fue aprobado, Gavilán me dijo, dándome un estrecho abrazo:

La mitad de estos honores le corresponden a usted, que es el mejor auxiliar de esta nobilísima institución.

Al despedirse de mí, me habló bajito:

—Venga a casa mañana en la noche. Tenemos que hablar.

El recuerdo de aquella noche me avergüenza; pero a fuer de historiador imparcial y pecador contrito, he de apurar el recuerdo y he de escribir lo que quisiera más bien olvidar. Gavilán se encerró conmigo en su escritorio, y dándome una prueba irrevocable de confianza ilimitada y paternal cariño, me reveló importantísimos secretos de política, con el solo fin de hacerme un favor y ponerme sobre aviso.

Vaqueril tenía la convicción de que Remedios era una lugareña vulgar y fácil, pues aunque él ninguna prueba hubiera recogido de tal juicio, ni la conducta de la joven lo hiciera sospechar, Roquete lo aseguraba con datos clarísimos. Naturalmente, Roquete mentía para adular la torpeza de Vaqueril. No; no había que creer una sílaba de tales calumnias. Pero Don Sixto lo creía y tenía para sí que con alejar a Don Mateo y quedando sola Remedios, todas las dificultades serían destruídas de un solo golpe. Estaba, pues, Vaqueril determinado a valerse de cualquier medio para alejar a Cabezudo, y había discurrido uno que consistía en enviarle con una comisión importante, que se inventaría, a la Capital de la República o a cualquiera parte en que pudiera dilatar un mes o dos; todo sin que el Coronel lo comprendiera, para que dan-

do al asunto calidad de urgencia, no tuviese tiempo de llevarse a Remedios. Pero había una dificultad para poner por obra el proyecto, y era que, según una ley del Estado, no podía concederse a los Diputados, durante el período de sesiones, licencia para ausentarse de la capital; y tal era el empeño de Vaqueril en el asunto, que por iniciativa suya, se discutiría en la sesión próxima la derogación de esa ley.

Gavilán sabía todo esto, porque Roquete mismo le había dicho la mitad, y la otra él la adivinaba.

—Resumiendo, concluía el abogado, Don Mateo saldrá de aquí violentamente; su sobrina quedará sola, acompañada de criadas fáciles de ganar, y Vaqueril, inducido y engañado por Roquete, será capaz de cualquier desatino, que por moderado que sea, bastará para echar en el fango la honra de esa pobre niña.

¿Cómo había yo de contener mi indignación, mi despecho y mi rabia en aquel momento? ¿Cómo guardar reservas al hombre que acababa de demostrarme tan clara y ampliamente el cariño que me profesaba?

Pues sí, era verdad: quería yo, adoraba yo a Remedios, aunque aquel hombre infame se empeñara en mancharla, siquiera sólo fuera con sus impuros pensamientos. Yo velaría por ella, y antes mataría a todos los Vaqueriles y

gobernadores del mundo que consentir en que tocara su sombra.

—No, muchacho, me interrumpió Gavilán con su acento golpeado y breve: no habrá necesidad de recursos supremos si andamos listos y mi combinación se realiza pronto. Pero necesito saber cosas que importan para ponerlo en planta y.... Verá usted, es obra de una semana; en una semana todo queda concluído; y usted mucho más alto que ese tonto de Cabezudo. Todo depende de un dato que no puedo conseguir. ¡Hombre! ¡Qué diantre! Me ocurre que quizá usted lo sepa, y ando como un loco buscando este dato por todas partes.

—¿Cuál es?, pregunté con ansiedad.

—Usted sabe que hay preparativos para una revolución, que aunque parece pacífica, puede llegar fácilmente a las vías de hecho.

—Sí, señor, lo sé.

—Sabe usted también que el Gobernador ha recibido cartas de los jefes del movimiento, y también otras de los que forman el gobierno actual.

—Sí, sí; también.

—Que hay gobernadores, generales y cuerpos del ejército comprometidos....

—Sí, sí, todo.

—Bien. ¿Qué partido abraza el gobierno?

—El de la revolución.

—¡Mangnífico!, gritó Gavilán dando un sal-

to en su asiento. ¿Ha visto usted las cartas?

—No; pero he oído hablar de ellas al Gobernador y a Miguel Labarca. Un día....

Y hablé media hora sin parar, examinando los más obscuros rincones de mi memoria para no dejar de decir ni aún lo insignificante. Mi propia relación me embriagaba; las pasiones exaltadas me enloquecían, y mi lengua repicaba sin consentir puntos ni comas. Sentía yo un extraño deleite en hacer aquella delación, y para saborearla bien, la prolongaba con minuciosidades inútiles y aun quizá con exageraciones falsas.

Cuando concluí, Pérez Gavilán me dió un abrazo y me dijo:

—Muy bien, muchacho, muy bien; quedo enterado de cuanto necesitaba saber para poner en práctica mi combinación, y antes de quince días la verá todo el mundo. Por ahora mucha discreción y mucha reserva. Dentro de poco tiempo, estará usted mucho más alto que Cabezudo, y le envidiará; y esa niña será de usted como ambos merecen. Pero vaya usted a buscarla, véala, háblele, o por lo menos, escríbale unos renglones. Ahí está Pepa que le ayudará.

Salí de la casa de Gavilán, todavía embriagado por vehementes pasiones.

—¡Pepa!, pensé.

Y corrí a la casa de Remedios.

XII

UN LANCE

Para aquella ciudad, la hora era avanzada, aunque faltara más de una para llegar a la media noche. Estaba el tiempo lluvioso y destemplado, como suele en el mes de Octubre, y si la obscuridad no era tan densa que cegara, impedía, sí, la distinción de los objetos, esfumados sobre un fondo casi negro. El viento frío y húmedo azotó mi ardiente cabeza cuando salí de la casa del diputado; mis pasos resonaban en la calle desierta con los ecos lúgubres de la soledad, y tan abstraído caminaba yo, en el confuso enredo de mis pensamientos y mis pasiones irritadas, que el centinela del cuartel inmediato tuvo que gritar tres veces para que yo contestara el *¡quién vive!*

Pocos minutos necesité para entrar en la

calle donde vivía Remedios, y a la cual me había dirigido más encomendado a la casualidad que a ninguna cuerda reflexión, puesto que no era fácil que a tales horas topara con la criada de confianza de la joven. Oía yo a mis espaldas el ruido de pasos que me seguían; pero como fuera a distancia que no permitía distinguir nada, quise dejar el paso al importuno para estar enteramente solo; además de que pudiera ser Don Mateo que volvía a su casa o alguna persona conocida de quien debiera ocultarme.

Detúveme antes de llegar frente a la casa del Coronel, y parándome en el umbral de una puerta cerrada, me oculté cuanto pude en su obscuro cuadro. El transeunte, al entrar en la calle, pasó a la acera opuesta, y retardando el paso poco a poco, siguió adelante hasta pasar frente a mi escondite. Me estremecí de pies a cabeza al notar la gallardía de aquella sombra, su paso ágil, naturalmente desembarazado, y su elegante ademán; porque en todo ello reconocí a Miguel.

—Pasará sin detenerse; va a otra parte... no hay duda. ¡Cómo ha de detenerse!

Y mi alma estaba pendiente de aquella sombra que, al alejarse lentamente de mí, iba acercándose a la puerta del Coronel; pero por la cuenta no había de llegar nunca a ella, pues los pasos se hacían cada vez más cortos

y lentos. Al fin la sombra pasó más allá; respiré y aún iba a salir de mi escondite, cuando, deteniéndose el transeúnte y después de quedar un momento inmóvil, volvió con atentados pasos a la puerta. Debió de llamar a ella muy suavemente, puesto que nada oí si no fuè el ligero ruido de los goznes que giraron; apareció una sombra más visible, que tuve por mujer, dadas su forma y lo blanco de su vestido; pero no llegué a cegarme en términos de desconocer, por los desgarbados contornos, que era una criada.

Pasó un minuto, que fue para mí de inexplicables congojas; la sombra blanca desapareció, y la primera, desandando aún algunos pasos, echóse a la mitad de la calle y arrojó alguna cosa al primer balcón, que movió los cristales produciendo un ruido suave. Creí que sería un ramillete.

Incapaz ya de contenerme, di un paso adelante; mirando fijamente las puertas del balcón, que se abrieron sin ruido, dejando ver un hilo de luz. El amante, al verme, alejóse por la calle adelante, con lentitud que demostraba su deseo de ver el éxito del reclamo. Con rápido movimiento asomó en el balcón parte de un cuerpo a la altura de la barandilla y como ocultándose tras ella; quizá recogió el ramillete, desapareció y en seguida apagóse el hilo de luz.

¡Pero yo la conocí sin verla! Toda la sangre afluyó a mi cabeza, zumbáronme los oidos, sentí cosas que no es posible explicar, y como aquella noche fatal todo conspiraba a arrastrarme a las más viles acciones, salté a la mitad de la calle, tomé del suelo una piedra, y con tal tino la lancé, que un vidrio se hizo pedazos, saltando hasta la calle con ruidoso estrépito. Rompiendo el silencio de la noche, aquel ruido se dilató por la calle solitaria, como blasfemia en templo vacío; mientras yo, frente al balcón, permanecía en pie, inmóvil, como desafiando a alguien que debiera alzarse delante de mí, amenazándome con la muerte.

Pero el ataque fue por la espalda. Volvíme violentamente y no pude reprimir una exclamación de gozo infernal, que se escapó de mis labios al ver a Miguel o adivinarle en medio de la obscuridad. Detuve en el aire el brazo que iba a descargar con fuerza sobre mi cabeza, y sujetándole con mis dedos de acero por los hombros, le arrojé violentamente hacia atrás, con tan irresistible energía, que el joven perdió el equilibrio y dió consigo en tierra cerca de la pared.

Allí le habría matado, ahogándole entre mis brazos, si el joven no fuera tan ágil y no se pusiera en pie rápidamente. Evitó después con ligeros movimientos mis ataques, que llevaban la ruda torpeza del toro embravecido,

y cuando yo con más furia me eché sobre él, sonó una detonación y me deslumbró un fogonazo.

Algunos agentes de la inútil policía nocturna comenzaron a aproximarse con temor al lugar de la riña, y la menguada luz de sus linternas sirvió, ya que no para alumbrar la calle, para ahuyentar las tinieblas de mi cólera. Miguel no me había reconocido sin duda, puesto que no tenía sospecha alguna de que yo frecuentara la calle. Debía yo evitar la luz de las linternas, y así fue como al acercarse los que las llevaban, retrocedí, dejando el campo al joven, el cual, seguro de la inmunidad que le aseguraba su posición social y política, esperó sin cuidado. Yo seguí retrocediendo, y a cada segundo comprendía más y más el peligro en que me hallaba; apresuré mi retirada, gané la esquina, y cuando los agentes de policía reconocieron a Miguel y quisieron darme alcance, era tiempo en que ni con galgos lo lograran.

Al día siguiente ¿quién no sabía lo ocurrido?, ¿quién no lo exornaba con alguna invención peregrina, para ensayo de la imaginación propia y mayor regalo del oyente? Quién dijo que el desconocido rival de Miguel había recibido la bala en el hombro; quién que había disparado cinco tiros sobre el diputado;

uno aseguraba que los había oído, y tal hubo que juró haber presenciado todo el lance.

Riquísimo hueso aquel para roído en corros, tertulias y todo género de reuniones, y sabroso manjar para una sociedad que, falta de cultura y de medios de distraerse agradablemente, aburrida de la monotonía de su rutinaria vida, se apacentaba en el escándalo con satisfacción y deleite.

Vaqueril tuvo el descaro de regañar paternalmente a Miguel, dirigiéndole miradas de lástima y aun creo que de burla. Más que celoso al saber la inclinación del joven, me pareció satisfecho del escándalo que amenguaba la reputación de Remedios y llamaba la atención pública hacia su protegido; pero como sobre todo le dominaba la manía de enseñar y de proponerse por modelo de buen pensar y juicioso proceder, no desperdició aquella soberbia ocasión, y enderezó a Miguel uno de sus más sustanciosos discursos, y como el joven revelara sus nobles sentimientos al tratarse de la pedreña, Vaqueril terminó la plática diciendo:

—En todo ha de ser usted el mismo; siempre quijote, siempre quijote. Yo no digo que deba usted vivir encerrado, no señor; al fin es usted hombre y eso basta; pero a su edad no es natural ni conveniente pensar en cosas formales, ¿me entiende? Es decir, por ejemplo:

rompieron un vidrio del balcón; bueno; ¿y a usted qué le importa? ¡Hombre! Sólo que se quiera usted casar con esa muchacha!

Soltó Vaqueril una risotada franca y sincera y continuó:

—Es hermosa y alabo el gusto; pero una muchacha de pueblo, ordinaria y con educación de Cabezudo, está bueno que le guste a uno, ¿me entiende?; pero ¡hombre! sería un disparate que usted la quisiera de veras.

¿Por qué al oír esto arrojé el tintero al suelo poniéndome pálido y tembloroso? ¿Por qué cuando Vaqueril me preguntó qué me sucedía, no pude contestar y estuve a punto de caer? ¿Por qué, si aborrecía yo a Remedios, sentía yo tanta ira y tanta rabia?

XIII

GAVILÁN

No señor; aquella situación era insoportable, y urgía salir de ella a la mayor brevedad posible. Remedios... ¡psh! debía yo olvidarla, enteramente, alejarme de ella, portarme de tal modo, que entendiera, con claridad, que me inspiraba un profundo desprecio; no, ni eso siquiera; porque para despreciar es preciso acordarse de algo, y yo no había de acordarme de nada, de nada absolutamente. ¡Querría irme de aquella ciudad maldita! ¿Y sería esto muy difícil? No por cierto. En cualquiera parte encontraría un pedazo de pan ganado con mi trabajo, y en cualquiera sufriría menos. Pero si me iba, Miguel y Don Sixto quedarían dueños del campo, no encontrarían las dificultades que yo podía oponer, y aunque ella fuese una mujer indigna de ocupar el lugar

que tenía en mi alma, yo no podía consentir ¡eso nunca! en que fuera juguete del uno o legítima posesión del otro, que aún persistía en sus honrados sentimientos. ¡No, mil veces no! Remedios me pertenecía, como al marido la mujer despreciada, de quien sin embargo tiene celos aquél, aun cuando llegue a aborrecerla. Me quedaría yo, sí que me quedaría, no para reconquistar un amor arrastrado por el lodo, sino para impedir que otro gozara la dicha que yo había perdido.

Echado por este camino, mis pensamientos debían ir subiendo sin esfuerzo ni fatiga, empujados por mis encendidas pasiones.

Resueltamente me quedaría, y no así como quiera, sino en actitud hostil, trabajando sin descanso para hacer todo el mal posible a aquellos de quienes los recibía a puñados. Mientras tanto, ¿cuál era mi posición?: ¿cómo debía comportarme con mis jefes?; ¿qué diría a Doña Eulalia cuando me dirigiese sus impertinentes preguntas?

Tanto me devané los sesos por resolver estas cuestiones, que hube de llegar a felicísima conclusión: consultar a Pérez Gavilán; a aquel hombre que de un modo tan desinteresado y generoso se interesaba en cuanto me concernía y me aconsejaba como el mejor amigo.

En verdad que no tenía parcial más adicto el famoso agitador del pueblo; pero dígase

si no era grandemente simpático aquel hombre moreno, de buenas proporciones, ojos vivos, faz afilada y movible, boca maliciosa y lampiña, locuaz y ágil, listo siempre lo mismo para saltar por un balcón que para urdir un enredo o inventar un subterfugio.

No me detuve en pensarlo: la idea era tan buena y oportuna que sobraba la reflexión.

Todo lo sabía, por supuesto; sabía que yo había descalabrado a Miguel, que éste me disparó su pistola, que luego me puse en cobro, temiendo ser reconocido. El cómo y el por qué le faltaban, y yo lo dije sin alarde, modestia ni vergüenza:

—Miguel no sospecha nada, me dijo el abogado sonriendo; nadie lo sospechará tampoco, a no ser la Gobernadora, que es mucho más perspicaz y lista que Vaqueril. ¿La ha visto usted? Pues véala, para que se declare sobre el asunto; pero con cuidado. Si no hay solidez en sus sospechas, cállese; en caso contrario, cuénteselo todo de pe a pa; vale más así, y mire que puede ser una buena ayuda. Doña Eulalia está enamorada de Miguel.

—¡De Miguel!, exclamé espantado.

—Sí, señor; pero con amor de suegra. Si Miguel no se casa con Candelaria, a la Gobernadora le va a dar algún mal grave. Candelaria quiere simplemente casarse con Miguel.

De aquí se infiere que la Gobernadora se interesa en que usted prospere en sus amoríos con esa muchacha, a fin de chasquear al novio y atraerle hacia su hija. En cuanto a lo que Vaqueril pueda intentar, francamente, a Doña Eulalia le importa poco; una infidelidad más o menos, no es cosa que la preocupe; pero sí quisiera verle descalabrado por castigo y para burlarse de él.

Rodando por aquí la conversación, iba yo descubriendo charcas que antes o me eran desconocidas o sólo presentía vagamente mi desconfianza; y en medio de las punzantes frases de Gavilán, me parecía ver a Remedios pasar de charca en charca empujada por manos torpes y rudas. Fue exaltándose mi rencor, avivando mi imaginación los colores del cuadro, y derramándose en mis venas la hiel que solía envenenarme y enloquecerme.

—Estoy resuelto a huir de aquí, dije a Gavilán con voz trémula. Yo no puedo vivir aquí si no es haciendo todo el mal que pueda a Vaqueril, a Miguel, a Doña Eulalia, a sus hijas, a todos. Necesito salir de esta ciudad, del Estado, irme muy lejos y no oír nunca el nombre de ninguno de ellos.

Tal vehemencia había en mi voz y tan amarga desesperación en mis palabras, que Gavilán se cortó de pronto; pero su perplejidad fue, como todos sus gestos, un relámpago; y con

modo a la vez burlón y afectuoso me llamó chiquillo, quijote y tonto, concluyendo por afirmar que yo leía sin duda una novela cada noche. Pero mi imaginación era caballo desbocado que me llevaba de precipicio en precipicio, y por primera vez me resistí a la persuasiva palabra del abogado. Me iría y mucho que me iría, sin perder tiempo ni pensarlo más; y contra tal determinación no valían nada ni la defensa que Gavilán hacía de Remedios calurosamente, ni los deseos de venganza que alentaba en mi corazón, bastante inclinado a buscarla y deleitarse con ella, ni las promesas vagas de un mejoramiento próximo en la posición que ocupaba.

El astuto intrigante parecía haber agotado los recursos de su fecundo ingenio, y buscaba con visible afán, la manera de persuadirme de que debía permanecer en mi puesto; caviloso y agitado, procuraba encontrarme el flaco para vencer mi obstinación, y hería o halagaba unas veces mi vanidad, otras mis celos, y algunas también mi encono.

Tomó al fin una resolución suprema y, encarándose conmigo de repente, me dijo con su voz golpeada y rápida:

—No sea usted loco, muchacho. Sabe usted que tenemos entre manos una gran combinación que ha de dar el más completo resultado antes de dos meses, y sabe también que pa-

ra entonces las cosas cambiarán de tal modo, que Vaqueril se meterá en su molino y Miguel quedará reducido a cero. Bien conoce usted que yo le quiero de veras y estimo sus cualidades, y bajo la nueva administración, que ha de formarse de la manera más conforme con los intereses públicos, los hombres honrados serán los que se levanten y figuren. Pues bien: si esa muchacha prefiere a Miguel, es porque Miguel aparece en una posición elevada, con influjo en el Gobierno, querido por el Gobernador y distinguido por él. Váyase usted, y Vaqueril echará por el lodo a esa joven, o Miguel se casará con ella, atrayéndose más cada día su admiración y su cariño, dejará usted el triunfo a los que le hacen daño, para que primero se aprovechen de su cobardía y después se rían de usted y se glorien de haber alcanzado en pocos días lo que usted no logró en años enteros. Pero quédese, y las cosas cambian por completo: Vaqueril dentro de dos meses (durante los cuales usted no dejará de cuidar de la Cabezudita) estará en el molino, con una causa pendiente en el Congreso; Miguel se retirará a su casa tan insignificante y nulo como cuando salió de ella, y usted, Juan.... ¡vamos! yo le respondo de que será diputado y secretario del Gobernador, con tantas distinciones como goza ahora ese abogadito de tres al cuarto.

Abrí desmesuradamente los ojos, y no dando crédito a mis oídos, exclamé:

—¡Yo diputado!

Gavilán comprendió que estaba yo mal herido y continuó:

—Sí, hombre, usted. ¿Pues le parece que no tiene tamaños para serlo? Don Mateo será lo que usted quiera; yo no haré respecto a él sino lo que a usted se le antoje. Le haremos general si usted quiere con tal que....

—No, señor; que no sea diputado, ni coronel, ni nada.

—Corriente; pues que se vaya a San Martín.

—No, señor, que se quede aquí, dije exaltándome cada vez más. Quiero que vea que yo también puedo encumbrarme, y que lo vea ella....

—Se quedará, se quedará. Le repito que Cabezudo estará donde y como usted quiera que esté.

—¿Y seré secretario de usted?

—Lo será, sí señor; no como Miguel, sino disfrutando de consideraciones sin límites, como se hace entre amigos verdaderos. En una palabra: tomará usted una parte importante en la nueva administración.

—¿Y eso será pronto?

—Muy pronto. Ayúdeme usted en todo lo que pueda. Tiene usted en este asunto un pa-

pel importante; pero en primer lugar es indispensable que no haga usted locuras. El que se filia en un partido político es hombre que no se pertenece como antes, y debe ceder siempre a lo que exigen los intereses del partido mismo. Nos conviene que Miguel no descubra a su rival; nos interesa que siga enamorado de esa muchacha. No me pregunte por qué. En política no se pregunta el por qué de las determinaciones del jefe. Yo me encargo de cuidar de la Cabezudita durante unos días; mientras tanto, puede usted escribirle si quiere; pero no vaya de noche a su calle.

Aunque la Cabezudita no me importaba ya un comino, no sé por qué me disgustó aquella orden; sentía yo deseo de volver a encontrarme con Miguel en medio de la obscuridad, para hacerle algún daño de más trascendencia.

Cuando salí de la casa de Pérez Gavilán, después de revelarle cuanto pasaba en mi oficina y él quiso saber, trataba yo de estar tranquilo, pues así me parecía que debía ser, supuesto que ya no quería a Remedios. Pero mis pensamientos no podían encaminarse a otro asunto.

¡Diputado! ¡Secretario! Tendría yo un caballo mejor que el de Miguel y un traje más elegante, y los domingos por la tarde pasaría por la calle de Remedios, sin verla, sin

demostrar interés, ni enojo, ni nada; completa distracción, como si no la conociera.... ¡Demonio! ¡ya metido en la política desde aquel momento! ¡Y en el corazón de la política y tomando parte activa y principal! ¡Si ella hubiera sabido que ya tenía yo importancia!

¡Siempre ella por término de todas mis imaginaciones! Sin embargo, estaba yo seguro de que no la quería ya, y aun de que la aborrecía cordialmente....

XIV

UNA COMISIÓN IMPORTANTE

No sé cómo pude, durante más de una semana, cumplir la orden de mi jefe de no pasar por la calle del Insurgente (la de Remedios), o ya que la cumplí, cómo no me enfermé por el esfuerzo que para ello tenía que hacer desde la caída de la tarde hasta que lograba conciliar el sueño a hora bien avanzada.

—Tenga usted confianza en mí, solía decirme Don José I. Pérez Gavilán.

Y la firmeza de su palabra y el desenfado del gesto obraban en mi espíritu un efecto maravilloso, aunque no duraba más de dos horas.

Mientras tanto los nervios de Doña Eulalia iban encrespándose en términos de no ser sufridos ni por ella ni por ninguno de los

que tenían, por su mala estrella, necesidad u obligación de tratarla. No pasaban dos días sin que no tuviese algo que ordenarme, según el recado que yo recibía de pasar a su casa; pero una vez sentado frente a ella y Candelaria, me decía cualquier cosa de Miguel y terminaba por despedirme sin comunicarme orden ninguna.

Una tarde me mandó llamar, y comprendí que algo grave había sucedido, pues en el zaguán tropecé con Roquete, que salía con las orejas coloradas y el semblante descompuesto.

No bien me presenté en la sala, cuando la Gobernadora, que mucho procuró serenarse, me dijo con voz trémula aún y que salía a borbotones intermitentes de su boca:

—Todos son lo mismo, señor Quiñones, todos son Roquetes; y si usted no toma una actitud digna en esta ocasión, será el más *roquete* de todos. ¡Ya usted me entiende!

¡Y vaya si entendía aquel singular, pero expresivo lenguaje!

—Pero yo....—murmuré con turbación.

—Sí, señor, usted. Pues qué, ¿ignora usted que el Congreso, que los diputados todos han dado una ley para que ese salvaje de Cabezudo se vaya de aquí y deje a su sobrina? ¿Pues no sabe que Cabezudo se va mañana no sé adónde con una comisión, y que todo eso se hace con el fin de dejar sola a la sobrina? Se

necesita ser Cabezudo para tragar ese hueso, lo mismo que para ignorar que el que le rompió la cabeza a Miguel la otra noche, fue Corrales, el oficial de policía que acompaña al Gobernador en sus aventuras. Todo el mundo lo sabe, menos Cabezudo, y quizá usted, que debiera saberlo antes que nadie.

—¡Yo, señora!, exclamé. exaltándome a mi pesar, con las palabras de la Gobernadora.

—Usted, que está enamorado de esa muchacha.

—Yo no estoy enamorado de nadie.

—Sí, señor, no me venga usted con embustes, que son inútiles conmigo.

—Repito que no la quiero....

—¡Quiñones!, gritó Doña Eulalia con enojo; o se engaña usted por miedo, o es usted el *roquete* más desvergonzado de todos!

Estas palabras fueron un latigazo que me cruzó la cara. Acudió a ella toda mi sangre, se me obscureció la vista, y a no ser mujer quien tal agravio me hacía, le habría dado la respuesta a puño cerrado.

Retrocedí dos pasos, dirigiéndome a la puerta, sin poder articular palabra; pero la Gobernadora, que a la cuenta se proponía sacar ventajas de mí, me agarró por un brazo y echando a reír, me empujó violentamente hacia el sofá, obligándome a sentarme.

—No se enoje, muchacho, me dijo; le ha-

blo así porque hay confianza entre nosotros y de propósito para picarle un poco. ¿Por qué me quiere engañar? Vamos, sea usted razonable y tenga confianza en mí, que verdaderamente le estimo.

Mucho trabajo costó a la Gobernadora decir esto con tono dulcete y afectado, como boticario que trata de envolver en jarabe el amargor de una medicina. Y tras estas frases vinieron otras y otras más, y después de una respuesta mía, nueva réplica suya; y se exaltó de nuevo, se le agitaron los nervios, se le secó la garganta, y al cabo de algunos minutos me volvió a llamar *roquete,* y en poco estuvo no me sacara los ojos en uno u otro de los rápidos movimientos de sus brazos.

Oí pasos en el corredor y me tuve por salvado de aquel conflicto; pero andaba yo aquel día con mala fortuna, pues vi entrar en la sala, precedido de Candelarita, ni más ni menos que al señor Coronel Cabezudo.

Al verme, se apagó en sus labios la cortesana sonrisa con que venía obsequiando a la primogénita de Vaqueril, e incapaz de ocultar sus impresiones, manifestó sorpresa y disgusto tan claramente como si lo hubiera dicho. Hasta creí ver que los poblados bigotes se echaban hacia las orejas, con el movimiento especial que hacían cuando el Coronel lan-

zaba su interjección favorita, que yo, afeitando el vocablo, trasformo en *¡canasto!*

Después de cuatro o cinco cortesías, exageradas y repetidas que dirigió a la señora, miróme de soslayo y tomó asiento sin saludarme, en tanto que yo, perplejo y turbado, no sabía que hacer; pero la Gobernadora me hizo una señal y, obedeciéndola, me senté.

Doña Eulalia procuró de nuevo dulcificar el anguloso semblante y suavizar el gesto, domando la rebeldía de los nervios excitados; mientras Don Mateo, armado otra vez de su sonrisa, que él debía de tener en grande estima para aquellos casos, trataba de darme la espalda cuanto la posición de las señoras lo permitía. Y comenzó a hablar con más dificultad que nunca, puesto que había de evitar la muletilla del *¡canasto!,* sin la cual casi no podía mover la lengua.

Iba allí con dos objetos: el primero, recibir las últimas órdenes del señor Gobernador, pues al día siguiente se ponía en camino para San Martín, adonde iba a desempeñar una comisión muy secreta y muy difícil; pero que él cumpliría a satisfacción del Gobierno o se echaría en una barranca de cabeza; porque ¡can....! él era muy amigo del señor Vaquеril y no *de boca,* sino de veras. En segundo lugar, iba para saludar a la señora y las niñas y recibir también sus órdenes, porque él

las estimaba mucho y les quería servir en todo lo que pudiera. Ya por ahí andaban algunos diciendo que el Gobierno por aquí y el Gobierno por allá; pero todos eran no más envidiosos y descontentos, porque la *administración* no los ocupaba.

Acongojado y con fatiga terminó Don Mateo el discurso que tenía de antemano listo para aquella ocasión, logrando, mediante un cuidado exquisito, si no evitar su interjección predilecta, a lo menos cortarla a la mitad, acudiendo a sujetar la lengua con toda la energía de que podía echar mano.

Pocas veces, si alguna, pudo la Gobernadora calmar su enojo y exaltación, como aquella, puesto que cuando el Coronel concluyó, la risa le retozaba en la boca y animaba singularmente sus ojos. Burlándose con Don Mateo, hubo de descender a la familiaridad que las burlas requieren, lo cual complacía por extremo al buen hombre, que no podía menos de imaginar que aquella confianza, tras tal comisión, le ponía sobre los cuernos mismos de la luna. Candelaria se mordía los labios, y hasta yo tuve gana de reír, y a punto estuve de hacerlo en más de una ocasión, oyendo las pullas de la Gobernadora y las sandeces del otro.

¡Caramba!, peligrosilla debía de ser la tal comisión, cuando se recurría a un coronel tan famoso para desempeñarla. ¿Y no le daba mie-

do? De seguro que habría necesidad de disfrazarse algunas noches, o de poner emboscadas, o de sorprender a conspiradores reunidos y armados. No, señor; era preciso que el Coronel se cuidara mucho. Se decía que *las cosas* iban poniéndose mal; circulaban rumores de revolución, y los rencores estaban despertando. ¡Mucho cuidado y mucha astucia! Bien que el señor Coronel era astuto y listo, y nada podía temerse por esa parte. Además, su prestigio en el distrito y el temor que infundiría su sola presencia, bastaría para amedrentar a todos los pedreños.

Don Mateo sonreía con natural complacencia, mirando a la Gobernadora compasivamente, y sin comprender la burla, contestaba con monosílabas, como hombre a quien la modestia impide dar la respuesta que quisiera. Continuó por allí la conversación, y Don Mateo siendo blanco de las pullas de Doña Eulalia y motivo de diversión para Candelarita y yo; y cuando la maleante señora hubo agotado la materia por aquella parte, resbaló bonitamente hasta tratar de cómo quedaba Remedios.

Movióse el grueso Coronel en su asiento y me volvió las espaldas casi completamente, y lleno de embarazo, inquieto y mal humorado, conteniendo a duras penas los ternos que a la boca se le venían como por natural corrien-

te, dijo que Remedios se quedaba en su casa, sola con sus criadas, lo cual nada tenía de nuevo para ella.

No quería más Doña Eulalia para entrar en el asunto con su crueldad de costumbre; y lastimando adrede los sentimientos del Coronel y los míos, dijo a Don Mateo que aquello era una imprudencia, supuesto que la muchacha era hermosa y muchos había que se morían por ella. Y la terrible señora se extendió con extraordinaria locuacidad sobre aquel tema, sin lástima de mí ni del Coronel, que se movía en su asiento como toro maniatado; hasta que al fin, como demostración de la verdad y buena fe de sus consejos, Doña Eulalia recordó al Coronel el suceso del vidrio roto y el tiro disparado a la puerta de su casa.

—¡Canasto!, gritó Cabezudo sin poder refrenar la lengua; eso no fue más que una casualidad, o el despecho de algún tonto a quien he de arrancar las orejas!

La Gobernadora y su hija me miraron sorprendidas por la novedad de la idea, seguras de que la alusión era para mí. En tanto Don Mateo, despeñado por la cólera que súbitamente le invadió, habló cuanto quiso y terminó diciendo:

—Tengo ya arreglado ese asunto, y mi sobrina quedará pronto libre de majaderos; a

mi regreso se casará: es negocio concluído a mi satisfacción y a su gusto.

—¡Se casará!, exclamaron las señoras.

—¿Con quién?

—Con una persona muy estimable y reputada: con Miguelito.

La venganza de Don Mateo no pudo ser más completa. La Gobernadora palideció hasta ponerse cadavérica; le temblaban los labios y no podía mantener quietos los ojos. Candelaria comenzó por demudarse y concluyó por meterse en su cuarto, pues dió en saltarle un brazo, síntoma precursor del ataque de nervios que solía padecer en las ocasiones graves.

La llegada del Señor Vaqueril vino a sacarme de aquella horrible y peligrosa situación. ¡Cuando me vi en la calle, creí haber salido del infierno!

XV

EL DISCIPULO

En efecto, el Congreso unánime había derogado la embarazosa ley, retorciendo los motivos que habían servido para dictarla, y pasados algunos días, con todo encarecimiento rogó el Gobierno a los representantes del Estado, le permitiesen emplear los servicios del Coronel Cabezudo en una grave e importante comisión, que a nadie sino a él podía confiarse. Como pretexto para la sociedad, fue nombrado Don Mateo para trasladarse a San Martín y dirimir una contienda entre dos pueblos que se disputaban las aguas de un arroyo; negocio viejo y archivado, como todos los administrativos que caían en la papelera de Don Vicente; como pretexto para el Coronel, Vaqueril, en instrucciones privadas, le manifestó que dos exjefes políticos llamados So-

ria y Coderas, tramaban por allá algo como una revuelta, la cual sólo podía ser sofocada al nacer, por un hombre de prestigio en el distrito y de valor reconocido.

Desde entonces yo no me di momento de reposo, agitado como estaba mi espíritu por los sentimientos más vivos y por las preocupaciones más violentas; fuera de que había de estar en todas partes cada día, trabajando, alistando o simplemente oyendo. En la oficina por la mañana, en donde las cartas menudeaban más y más, conforme el tiempo avanzaba; por la tarde en casa de Gavilán para imponerle de cuanto sabía de nuevo; a las siete de la noche en la Mutualista, que había acordado tener sesiones diarias; y a las once, infringiendo las órdenes de Gavilán, en la calle del Insurgente.

Y no era yo el único que llevaba aquella vida agitada e inquieta. Vaqueril se apretaba las manos en la oficina y movía la cabeza frecuentemente de uno a otro lado, como muda lamentación de su alma tímida, al verse en la necesidad de elegir algún camino, cosa que no había hecho jamás. Por fortuna tenía a su lado a Don Vicente Torvado, ducho en la gran ciencia de ganar siempre, que en mi tierra se llama política; y tanto lo era, que según decía Vaqueril había servido de secretario a cinco gobernadores consecutivos, que

subían al poder y bajaban rompiéndose unos a otros la cabeza.

—Es indispensable ponernos de acuerdo con Pérez Gavilán, decía Torvado un día a Vaqueril.

—¡No, Don Vicente!, exclamó éste; no nos metamos con ese hombre enredador y chismoso.

—Pues es indispensable, repitió el secretario.

Se acomodó los anteojos y tomó un expediente, que fingió leer. Yo hice que escribía y desde mi mesa lanzaba furtivas miradas a la secretaría del Gobierno.

Vaquerìl recorrió dos veces la estancia, apretándose las manos, y de nuevo se acercó a Don Vicente.

—Vea usted, dijo, Gavilán es capaz de engañarnos a usted y a mí, y de vendernos y de traicionarnos....

—¿Engañarme a mí?, preguntó Torvado sonriendo con modo despreciativo.

—¿Y cómo hemos de ponernos de acuerdo, si lo que quiere es ser gobernador?

—Que vaya al Congreso general.

—¡Pero Don Vicente!, ¿hemos de mandar a la capital de la República esa víbora para que allá nos trabaje en contra?

—Pues hagámosle tesorero, que con eso se conformará.

—¡Imposible! Pondrá mil dificultades en cada caso; no podremos caminar; se servirá de los fondos para ganarse medio Estado.

—Pues es indispensable, concluyó el adusto secretario, tomando otra vez su expediente.

De esta manera vencía siempre a Vaqueril, y en aquella ocasión lo consiguió enteramente.

No debían, por la cuenta, ser muy favorables a la revolución las últimas noticias recibidas, bien que en tiempos tales las buenas y las malas se suceden cada hora, poniendo en confusión a los hombres más despejados y listos.

—Para todo evento, decía después Torvado, es preciso cubrirse las espaldas, señor Gobernador; este Pérez Gavilán es el único capaz de comprender desde ahora que nos inclinamos en favor del movimiento, y de sacar partido de un fracaso. Es indispensable tenerle con nosotros.

Vaqueril convino en que Torvado pulsase el ánimo de Gavilán; pero no por esto dejó de mover la cabeza ni de demostrar en el semblante su profunda preocupación, o en una palabra, su miedo. En vano el secretario se esforzó en convencerle de que aquello no era más que una sabia precaución, puesto que nada había que temer: Vaqueril continuó con su cara compungida y revelando el desasosiego que le consumía.

No cambia con más rapidez la decoración de la escena en drama patibulario, que aquella vez el gesto de Don Sixto Liborio al ver entrar en la Secretaría a Corrales. Contestó apenas el saludo Don Vicente, y tomó de nuevo su legajo, como para no ver cosas desagradables.

Pasaron el Gobernador y el oficial de policía a mi oficina, y guiando el primero hacia un rincón, preguntó con vivo interés:

—¿La viste?

Corrales movió la cabeza para dar a entender que estaba yo presente, y pude en seguida traducir una escena de gestos y ademanes que significaban:

—No importa.

—Y mucho.

—Pues pasemos a la pieza inmediata.

¿Y qué se me daba a mí de cometer una acción baja sobre las muchas a que me habían empujado? Me levanté, cerré la puerta de la Secretaría para que Torvado no me viese, y de puntillas me acerqué a la puerta por donde Vaqueril y Corrales acababan de desaparecer.

—Esta noche, decía el segundo a media voz, no espera ninguna visita.

—Muy bueno; entonces iremos a eso de las nueve.

—Corriente; es la hora convenida.

—¿Y Miguel?

—He hecho que le llegue alguna noticia de esto para que deje de locuras.

No quise oír más. Volví a mi mesa trémulo, ahogándome con algo que me cerraba la garganta, y me dejé caer en la silla, presa de dolores horribles que me despedazaban el corazón. ¡Remedios, al poner los pies en el fango, imperaba más que nunca en mi alma enamorada y loca!

Pero pasaron los primeros minutos en que siempre era yo sencillo y débil, y reponiéndome con menos dificultad que otras veces, cobré pronto energía y valor para sufrir aquél rudo golpe; fueron encendiéndose mis mejillas, y cuando Vaqueril y Corrales pasaron junto a la mesa que yo ocupaba, la indignación y el rencor habían reemplazado al dolor y la debilidad.

Al llegar Miguel, nada pudo revelar a sus ojos el infierno que yo encerraba en mi pecho. Noté que traía el semblante singularmente descompuesto por un mal humor que no trataba de ocultar; y quise saborear el placer de lastimarle.

—¿Qué hay de nuevo por el mundo, Juanito?, me preguntó, como lo hacía casi siempre al entrar.

—Algo muy bueno, contesté; pero que puede ser nuevo para todos menos para usted.

—¿Sí? ¿Y qué es ello?

—Se trata de un matrimonio concertado desde hace unos diez o quince días entre un joven diputado y la sobrina de un Coronel.

—¿Y usted ha creído esa simpleza?, preguntó Miguel con tono áspero.

—Perdone usted, repliqué; nada tiene de inverosímil, puesto que usted mismo me ha declarado muchas veces que quiere a esa joven y aun que iba a formalizar sus pretensiones dirigiéndose a Don Mateo.

—Es verdad; pero en pocos días puede aprenderse mucho. Mire usted: en dos meses he cambiado mis teorías de colegio por las prácticas de la vida pública, y ahora me asombro de haber rechazado estas prácticas alguna vez. Pues de la misma manera voy aprendiendo las prácticas de la vida común, y sustituyendo con ellas las teorías románticas que de niño aprendí en las novelas.

En boca de Pepe Rojo estas palabras me habrían hecho reír; pero en la de Miguel helaron mis venas y provocaron mi indignación.

—¿Qué quiere usted decir?, pregunté con un tono que, mal mi grado, llevaba algo de agresivo.

—Juanito, repuso el joven, me parece que usted tiene aprecio a esa muchacha por paisanaje o amistad; pero yo debo decirle a usted, para que también aprenda a tener juicio, que

al fin y al cabo una muchacha de pueblo, educada por Don Mateo y moralizada por él, sólo puede aceptarse como mujer hermosa, pero no como buena; y a mí no me basta la belleza para amar; pero ¡qué diantre! la hermosura no debe despreciarse porque esté desprovista de adornos morales, y no despreciaré ciertamente esto que se me viene a las manos.

Noté, a pesar de la turbación que la ira me producía, que en las palabras de Miguel había más despecho que verdad, y quise herirle en lo más vivo.

—Quizá tenga usted razón, dije; y puede usted estar seguro de que no me lastiman sus nuevos juicios respecto a esa muchacha. Esta noche va a visitarla el Gobernador, por cita que de ella ha recibido.....

—¡Qué dice usted!, exclamó Miguel, poniéndose pálido de coraje.

—Lo he oído hace un instante.

—¡Pues miente quien lo ha dicho!

—No creí, dije con sorna, que la noticia le hiciera a usted tanta impresión.

—Ciertamente, repuso el joven reprimiendo su enojo; me impresiona vivamente, porque aunque ya sabía yo, por Pérez Gavilán, lo que pasa, y algo me dijo ayer Carriles, no he creído que Remedios haya descendido hasta ese punto.

¡Pérez Gavilán se lo había dicho! Un rayo

de luz, fugaz como el que penetra por una rendija al brillar un relámpago, iluminó mi mente; pero la obscuridad reinó otra vez en seguida. Miguel, sofocado y descompuesto, continuó:

—Aunque yo creyera a esa muchacha enteramente indigna de un amor honrado, me bastaría, para interesarme en su conducta, haber puesto en ella los ojos y haber revelado a su tío mi inclinación. ¡Mañana dirán, si yo no lo impido, que la que yo pretendía para esposa es la querida del Gobernador! Y aunque la juzgara enteramente buena, bastarían las pretensiones de Vaqueril para que yo desistiera de amarla honradamente. En verdad, creo calumnioso cuanto se dice, aun lo que usted acaba de oír; pero eso me importa poco, puesto que creo posible que se convierta en realidad. Para mí no hay más que un camino por donde salir airoso y evitarme las burlas: hacer mía la presa antes que Vaqueril adelante en su conquista. No quiero más romanticismo ni más necedades; la muchacha me quiere, y aunque sea con escándalo y ruido, mostraré que no me dejo burlar.

—¿Y el compromiso que ha contraído usted con su tío?, exclamé fuera de mí.

—No me importa.

—Abusará usted pues, del cariño que ha lle-

gado a conquistar y de la confianza que le dispensa.

—¿Y qué?

—¡Que eso no es honrado!

—¡Y a usted qué el importa!

No sé qué respuesta, inspirada por la rabia, llegó hasta mis labios contraídos y trémulos: pero venció en mí el deseo de tomar alguna venganza cierta y terrible de todos los ultrajes que había recibido mi corazón, y pude dominar la ira, sobreponiéndome a mis naturales inclinaciones.

—Me apena por usted, dije hipócritamente cuando pude hablar, porque además, en cierto modo falta usted a lo que debe al Señor Vaqueril.

—¿Lo que le debo?, repuso Miguel bajando la voz; pero siempre con enérgico entono. ¿Y qué le debo?

¡Al fin Vaqueril había conseguido que su discípulo aprendiera algo, y que se dejara para los discursos y las odas de las teorías del colegio!

XVI

EL ÁNGEL

La copa estaba llena hasta los bordes, y sólo faltaba, para derramarla, una gota más de amargo veneno. Yo llegué con mi corazón honrado y puro a aquella ciudad, lleno de esperanzas, ajeno de envidias, exento de ambiciones, como no fueran las nobles que estimulan y alientan para adquirir por medio del trabajo la felicidad que no saben conseguir ni la falaz fortuna ni la aventurera audacia; pero todo conspiraba a malear mis sentimientos, y si, gracias al cielo, mi corazón no llegó a corromperse irremediablemente, llegó, sí, a enfermarse, y heridas recibió de que aún conserva las rugosas cicatrices. ¡Quizá por esto parece como que encuentro disculpas en mi conciencia!

¡Calumnias todo lo que de Remedios se de-

cía! Miguel podía creerlo, puesto que no tenía las pruebas de su engaño, como yo; pero cuando su primera falta consistía en amar a Miguel o fingirlo, ¿qué duda podía yo alimentar como esperanza?

Faltaba una gota y aquella misma tarde cayó en el vaso. Llevóme mi mala fortuna a la calle del Insurgente, que tenía poder de atraerme como abismo, y llevóme en momentos en que mi cabeza ardía hecha un horno a influjos de las noticias de la mañana, mil veces repasadas en la mente con los colores que sabía darles mi vivaz imaginación. Pienso que estuve entonces a punto de perder el juicio, si ya no es que se rompió pasajeramente el concierto de mi razón; ello es que al verme frente a la casa de Remedios, la puerta de par en par, tranquila y callada en lo interior, y allá en el fondo del patio la escalera sola y como invitándome a subir por ella, sin preguntarme el objeto ni tener cuenta con lo que hacía, entré, subí y avancé por un corredor adelante.

Una criada me detuvo, preguntándome a quién buscaba.

—A la niña, contesté.

—Está acostada, me dijo.

—Dígale usted que Juan Quiñones desea hablarle un momento.

—No puedo avisarle, repuso la criada; me ha dicho que la deje descansar.

—Esperaré a que se levante; pasaré a la sala.

La criada no se movió.

—No se puede, me dijo.

—Pues esperaré aquí, repuse impaciente y colérico.

La mujer se puso inquieta y miró hacia la puerta de la sala como temerosa.

—Señor, dijo bajando la voz, tengo orden de no dejar entrar a usted.

—¡Orden!, exclamé retrocediendo; ¿orden de quién?

La mujer se turbó, y después de dirigir otra mirada a la puerta, contestó:

—De la niña....

Seguí retrocediendo.... llegué a tomar la escalera y me puse en la calle.

El resto de la tarde y las primeras horas de aquella noche son un borrón negro en el libro de mi memoria; y no pudiera ser de otro modo, puesto que tengo para mí que anduve durante tales horas fuera de toda razón y ajeno a racional discurso. Puedo apenas recordar que recorrí calle tras calle, la mayor parte de las de la ciudad; que fuí a mi cuarto un instante; que tropecé con algún conocido a quien no hice caso cuando trató de detenerme, y en fin, que estuve en movimiento ince-

sante, sin objeto ni propósito, hasta las doce de la noche, hora en que me encontré frente a la casa de Remedios.

Me parece al escribir estas líneas, como que siento aún el viento de aquella noche de Noviembre, azotándome el rostro abrasado por la fiebre, y llevando a mis ojos el polvo sucio de la desierta calle. Zumbaba en las rejas de las ventanas con triste rumor cada bocanada de aire que pasaba como estrechándose y encogiéndose entre los muros de los edificios; y a lo lejos se oían, ya los golpes de alguna muestra suspendida sobre la puerta de un establecimiento, ya el ladrido monótono y tenaz de un perro, ya las pisadas de uno que otro agente de policía que de tarde en tarde se movían perezosamente de su sitio. La luna en menguante derramaba sobre la ciudad una luz descolorida y enferma, en los cortos intervalos que la descubrían las densas y encadenadas nubes, que arrastradas del viento, cruzaban el cielo con rapidez fantástica.

Apoyadas en la pared las espaldas, miraba yo fijamente un rayo de luz que se escapaba por las entornadas puertas del balcón de Remedios, y así permanecí algunos minutos, pensando o dejando quizá vagar mi imaginación al impulso de sus poderosas alas. Al fin di un paso adelante, y la pisada resonó en el suelo lúgubremente, sobresaltándome de un

modo extraño y produciéndome nervioso escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. ¿Tenía yo miedo? ¡Miedo aquella noche! ¡Miedo cuando estaba mirando como última demostración de la vergüenza de mi ángel, el balcón aún abierto y aún no muerta la luz de su cuarto a hora tan avanzada! Sin embargo, no sé por qué el ruido de mis pasos me infundía uno como terror, y para llevarme a la ventana que estaba bajo el balcón, anduve atentada y cautelosamente. Subí por la reja, y haciendo un peligroso y rápido movimiento logré alcanzar la barandilla, por donde, gracias a mis fuerzas ejercitadas en los árboles más altos de los bosques de San Martín, pude en breve trepar al balcón. Al poner en él los pies, una ráfaga violenta de aire polvoso y frío llevóme el sombrero de la cabeza a la calle, derramando sobre mi frente el cabello desordenado. La respiración agitada y ansiosa me sofocaba, quizá por la fuerza gastada en la ascensión; pero más probablemente por los innumerables temores que asaltaban a mi corazón, tal vez fundidos con algo de esperanza vaga, débil e inconsciente!....

Empujé una hoja de la puerta, que cedió sin ruido, y entré, cerrándola tras mí. ¿Por qué me detuve a dos pasos del balcón, sintiendo emoción tan nueva y temor tan singular e insólito? ¿Por qué mi entereza y mis

rencores flaquearon cobardemente ante un lecho, un sencillo tocador y algunos muebles que decoraban el cuarto? Aquel lecho parecía el nido que una paloma blanca forma con sus propias plumas; las tersas almohadas mostraban en leve hundimiento el sitio en que solía más a menudo descansar la cabeza de la niña; las caladas colgaduras, pendientes del techo, caían en anchas ondas como celosas de velar la pudorosa desnudez, y las sábanas, recogidas por la cabecera, parecían esperar con impaciencia el tibio cuerpo que acariciaban y envolvían en sus delgados pliegues. El dulce olor que yo sentía y me embriagaba poco a poco, no era el perfume de tocador derramado adrede sobre la alfombra para embriagar el sentido: era la fragancia que brota del cáliz de una flor abierta, pero de una flor desconocida, superior a las azucenas de mis campos y con más suave aroma que los bosques verdes de mi niñez, que juntan en el arroyo las de todas las cortezas, hojas y florecillas que cubren a los frondosos árboles.

A deshora, formando desapacible contraste, vi dentro de un marco pegado a la pared, una cara descompuesta, de ojos extraviados y torvos, el pelo a la frente, contraídos los labios, fea y temerosa. Eché atrás el cuerpo con instintiva repugnancia, y al moverse también la imagen, reconocí que era la mía, re-

tratada en el espejo del tocador. Llevéme la mano a la frente para apartar el cabello, y sentí el deseo, la necesidad de serenarme, de estar hermoso, de no sé qué más: creo que de ser bueno mientras permaneciera en aquella alcoba.

De tal suerte me dominó este temor extraño, este respetuoso sentimiento, que ni me di cuenta de él, ni pretendí tampoco sofocarle. Quizá habría llegado a intentarlo y aun a conseguirlo si para ello tuviera tiempo; pero aún no vencido mi estupor, la puerta de la sala se abrió, y Remedios apareció en el dintel mientras yo, por un movimiento instintivo, retrocedí como en fuga. Lanzó ella un grito ahogado, y echándose atrás cerró la puerta con violento golpe; pero sin duda me había reconocido, pues muy en breve vi detrás de los vidrios sus ojos azorados que me miraban con asombro de hito en hito. Así permanecimos un instante; ella temerosa y como resistiéndose a creer lo que veía; yo trémulo, quizá avergonzado, sin atreverme a hacer el menor movimiento.

Al fin la puerta volvió a abrirse, y la joven asomó la linda cabeza sin soltar la hoja que con ambas manos detenía:

—¿Juan?.... murmuró en voz baja y temblorosa.

—Yo soy, respondí mirando la alfombra.

—¿Tú?.... pero ¿qué haces aquí?

No encontré qué constestar, y Remedios, avanzando un paso y presentándose a mis ojos con toda su gallardía, me preguntó con más viveza:

—¿Por dónde entraste?

—Por ahí, contesté débilmente, señalando, con ligero movimiento, el balcón.

La niña retrocedió de nuevo, como si esta vez tuviera miedo de mí, y agarrando la hoja abierta.

—Pero ¿a qué has venido?, me dijo con desconfianza.

Su actitud, su semblante y su acento, demostrándome claramente el temor que le inspiraba mi presencia, me lastimaron el corazón. ¡Era la vez primera que Remedios me tenía miedo!

Atrevíme a dar un paso, y con voz cariñosa le dije:

—No te asustes; vengo a buscarte, porque necesito verte y hablar contigo, aunque sólo sean unas cuantas palabras. ¿Por qué desconfías de mí?

La joven no contestó; entró en la alcoba con franco y natural paso; pero al llegar a un silloncito colocado junto al tocador, se dejó caer en él, oprimiéndose el pecho con las manos. La tranquilidad que le infundieron

mis palabras habían destruído la nerviosa y falsa energía que la sostenía en pie.

—¿Estás mala?, pregunté, sintiéndome dominado por el dulce sentimiento que siempre me embargaba en su presencia. ¿Quieres que me vaya?....

—No es nada, respondió la joven procurando sonreír. Es que me has asustado.... ¡Esto no está bueno, Juan!

Bajé los ojos al oír tan sencillo reproche, y no encontrando reparación más adecuada.

—Me iré, le dije.

—Pero ¿por dónde? Te verán salir por allí.... ¿Te verían subir, Juan?

—Nadie; te juro que nadie.

—Pues dime en dos palabras lo que quieres decirme, y vete en seguida; pero que no te vean, ¡por el amor de Dios!

—No me verán.

—Pero ¿estabas loco cuando subiste?

—Creo que sí, contesté.

Y sentí que una nubecilla parda, pero ligera, obscureció mi mente.

—¿Por qué me dices eso? Sólo algún motivo muy grave pudo haberte traído de este modo. Podías escribirme, sabes que ahora mi tío no está aquí. Ha de ser muy grave lo que te hace cometer esta falta....

—Sí, es muy grave, afirmé, a tiempo que una nube más espesa asombraba mi espíritu.

Tan grave, que no se puede escribir y que me ha trastornado las ideas. ¡Hoy he padecido mucho, mucho!

Mi voz tenía ya resonancias sombrías. Remedios inclinó la cabeza y murmuró:

—Así lo he creído, y esto es lo que más me ha hecho llorar.

—¡Tú has llorado!, exclamé entre irritado y confuso.

—Mucho, Juan, contestó la niña.

Y al levantar ella la cabeza, vi que brillaban sus ojos, humedecidos por las lágrimas, y que tenía los párpados hinchados y enrojecidos.

—¿Crees que olvido a los que he amado?, continuó con acento de dulce reproche. Pues no lo creas. Esta mañana fui a misa con Pepa, que te quiere mucho, y pensando cuánto habrías de llorar hoy, la mayor parte de mis oraciones fueron para pedirle a Dios que te diera valor y conformidad. No he querido distraerme ni un momento durante el día, para no estar tranquila mientras tú padecías con tantos y tan tristes recuerdos. En la noche sí me remordió la conciencia no pensar más que en ti, y llamé a Pepa y nos pusimos a rezar; por eso no me había acostado todavía; pero esta vez sí hice lo que debía, pues hemos rezado dos horas por ella y sólo por ella.

—¡Por ella!, repetí maquinalmente.

—Nada más, dijo Remedios; siempre será para mí el más triste día del año este catorce de Noviembre!....

Sentí que los muebles giraron en mi derredor, que flaquearon mis rodillas, y apoyándome en el respaldo de un sillón para no caer, bajé la cabeza abatida a una por la vergüenza y el dolor.

—¡Mi madre!, murmuré.

Y como si al conjuro de aquel nombre, todos mis sentimientos mezquinos cedieran el lugar a los más nobles y puros, y se abrieran las fuentes de mis ojos, corrieron en abundancia mis lágrimas y ensanchóse mi corazón como en mejores tiempos. Todos los sentimientos, todas las ideas, todos los reproches de mi conciencia despertaron juntos para agobiarme y herirme, en confusión tal, que fui presa de pronto del mayor aturdimiento. ¡Mientras yo, enfangándome en el lodo de pasiones ruines, ideaba ruines proyectos, olvidaba el aniversario de la muerte de mi madre! ¡Y Remedios rezaba por ella, mientras yo asaltaba como ladrón el santuario de su pureza virginal!.... ¡De aquel ángel había yo desconfiado! No era más limpia y pura, ¡miserable de mí!, la blanca nube, que después de un día lluvioso se levanta al nacer el sol en la falda de los montes.

Quizá olvidé el sitio en que me encontraba y aun la presencia de Remedios, aturdido por tantas ideas que llenaban mi mente, y tantos dolores que laceraban mi corazón. Volví a la vida real con nervioso estremecimiento al sentir la mano de la joven que me tocó el hombro, y oír su voz suave y afectuosa que decía muy cerca de mí:

—Hice mal en decirte esas cosas que renuevan tus pesares, ¿verdad? Perdóname... ¡Soy tan tonta!

Alcé la cabeza y miré breve instante los ojos de la pedreña, abrillantados por las lágrimas; tomé entre las mías su mano; y tibia, y ahogada la voz en mi garganta, sin poder contestar a aquellas dulces palabras, puse silenciosamente mis labios en sus rosados dedos, sobre los cuales cayeron dos gotas ardientes de mis ojos. Sin susto ni precipitación retiró la joven su mano; pero yo no la solté, y como obedeciendo a un pensamiento que me dominaba.

—¿Me quieres todavía?, le pregunté.

—¡Que si te quiero!, exclamó Remedios.

Y reveló su acento y mostró su semblante tan ingenuo asombro, que me avergoncé de haberle hecho tal pregunta.

—Lo sé, dije con arrebato; lo sé muy bien, ¡como que eres tan buena!

—El bueno eres tú, Juan. ¡Si supieras....!

En días pasados me contaron que ibas a casarte con una hija del Gobernador que se llama Concha.

—¡Yo! Y creíste....

—¡Cómo había de creerlo, si sé que eres tan bueno y que me quieres tanto!

—¡Mucho!, exclamé avergonzado y vencido por completo. ¡Eres mejor que los ángeles!

El viento empujó las vidrieras del balcón y ambos nos sobrecogimos.

—¿Qué tenías que decirme?, me preguntó con inquietud.

—No sé...., respondí acongojado; no recuerdo.

—¡Tenías tanto interés!

—Pues no recuerdo... Te lo diré después. ¿Me perdonas?

—¡Tonto!, pero no vuelvas a hacerlo.

—¿Me lo perdonas todo?

—¿Cómo no si te quiero?

—¡Bendita seas! ¡Adiós!

—Adiós....

Soltó su mano, apagué la luz, y al descolgarme por el balcón oí sobre mi cabeza la voz de la niña que decía asustada:

—¡Ten cuidado!

XVII

UN CONOCIDO VIEJO

Desde aquella noche quedé tan cierto de la inocencia de Remedios, que no me hicieran vacilar un punto si me presentaran mil pruebas en contrario más claras que la luz; y creí que tanto se había facilitado mi percepción política, que sudarían en vano para engañarme todos los Gavilanes del mundo. Mi juicio moral fue más limpio, puesto que al ausentarse la obscura noche en que había vivido, lo primero que se presentó a mis ojos fueron mis propias manchas; pero dominando en mi voluntad la necesidad de salvar a Remedios de los peligros en que su decoro se encontraba, las manchas me parecieron menos obscuras, y aun pretendía aquietar mi conciencia, justificando con sofismas mi conducta.

Fuéme forzoso entrar en el movimiento ac-

tivo de todas las intrigas y de todas las tramas, y procuré obtener por industria las noticias que antes debía sólo a la casualidad. Visité a la Gobernadora y adulé a Candelarita; escuché las conversaciones de Vaqueril y Torvado, y fui afectuoso con Roquete; asistí a la casa de Pérez Gavilán y me ofrecí a ayudarle en el despacho de su correspondencia que era ya bien abundante; averigüé chismes, inquirí noticias, propagué cuentos, y en una palabra, me metí en la política.

De todo esto, entre noticias, pláticas, gestos y suposiciones, vine a deducir que la situación era la siguiente: Había hablado Don Vicente con Pérez Gavilán, y éste manifestó que siempre sería amigo leal del gobierno de Vaqueril; pero mientras tanto, la *Sociedad patriótica mutualista de obreros liberales* se convertía en verdadero *club* demagógico, en donde ya no se hablaba sino de la tiranía del Gobierno, de su rapacidad, de su torpeza, y *El Taller Libre* publicaba las actas con comentarios que dictaba el Presidente, amén de los párrafos de gacetilla en que se hacía una constante burla de los hombres públicos de Vaqueril abajo. Baraja gozaba de una licencia que no había pedido; lo mismo sucedía con tres o cuatro empleados más. Cinco oficiales habían sido dados de baja; tres escribientes destituídos; un portero encausado y

seis mozos de aseo echados a la calle. Luego la cosa andaba mal.

¡Y tan mal! De once diputados presentes, seis eran gobiernistas testarudos, y cinco eran *gavilanistas* conocidos, contándose en el primer grupo Miguel y en el segundo el mismo Don José I. Pero como entre la mayoría hubiese uno que alguna vez combatió un proyecto del Gobierno, Vaqueril no las tenía todas consigo, y necesitaba llamar a Cabezudo para cualquier conflicto. Por su parte Gavilán necesitaba dos más, y había puesto los ojos, como hombre versado en la materia, nada menos que en el mismo Don Mateo, único, según se decía, que era posible hacer cambiar, por medios que él se sabía; y de aquí su empeño en hacer regresar al Coronel.

Aunque yo no fuera maestro, ni cien codos menos, en la ciencia profundísima y abstrusa de entender y encauzar tales enredos, noté que la política que a mí me importaba no llevaba la mejor vía; pues era claro que si Don Mateo venía a resolver el conflicto en favor de Gavilán, había de quedar en pie, y aún más alto que antes, lo cual daba al través con todos mis proyectos y esperanzas. Esta idea, y la que me lastimaba constantemente de que mis oficios de averiguar en Palacio para informar a Gavilán no eran del todo limpios, me empujaron a casa del jefe revolu-

cionario, al cual clara y resueltamente expuse mis temores por lo primero y mis ascos por lo segundo.

¡Cómo se rió Don José I. cuando me oyó! No señor, Don Mateo le serviría probablemente; pero cuando más se le mandaría otra vez de Jefe Político a San Martín. De todos modos yo sería diputado y secretario de Gavilán, y el me respondía (¡palabra de honor!) de que con mi encumbramiento y su influencia, un mes después del triunfo yo estaría casado con la Cabezudita.

—En cuanto a sus escrúpulos, continuó el diputado, no me llaman la atención en un muchacho que empieza a conocer el mundo, pero le advierto que son una majadería. Cualquiera se reiría de usted si le oyese. Además, yo soy su jefe; está usted comprometido y no se pertenece ya. Tendrá usted una brillante posición, adelantará en su carrera pública y se casará con esa muchacha; esto sobre todo. Pero tales ventajas no se obtienen así no más; son la compensación de los servicios políticos, y así tiene usted la obligación de prestarlos. ¡Hombre! No se acobarde en la mejor ocasión. ¡Escrúpulos con Vaqueril! ¿Pues no sabe usted que está traicionando al Gobierno general, a quien debe el ser lo que tan inmerecidamente es? ¡Quite usted, hombre! En política no hay escrúpulos que valgan y la gran

ciencia es no perder, no caer. Y como terminara su discurso hablándome de Remedios, de sus peligros y de mi casamiento, que podía celebrarse antes de concluir el año, me encendió la sangre y la imaginación, y concluí por contarle cuanto àquel mismo día había oído en mi oficina.

Le renové calurosamente mis protestas de adhesión, y él, estrechándome la mano, otra vez me repitió sus promesas y me llamó su *brazo derecho,* sin el cual le sería imposible llevar a cabo su magna empresa; de suerte que yo quedé convencido de mi verdadera importancia en la revolución y de que no podía menos que cumplirme lo ofrecido al pie de la letra.

De repente me ocurrió una idea horrible, que no pude callar y la expuse sin rodeos:

—¿Y si perdemos?

—¡Si perdemos!, exclamó Pérez Gavilán, sonriendo con presunción. No sucederá; pero en caso de que sucediera, nada tengo que temer ni usted tampoco.

Daremos el golpe, cuando sea seguro; y si las circunstancias lo exigen, lo daremos al contrario.

—No entiendo, repliqué.

—No importa; fíe en mí, que no me he de echar por un voladero. ¡Mucho ojo, mucha oreja, y no deje dé venir.

No; pues si Don Juan Francisco Camacho y Fernández me hubiese visto entonces, no me habría tirado de las orejas por falta de aplicación ni sobra de pereza. Entre los discípulos de Gavilán, pocos, si algunos, pudieran igualarme, según me torné de listo, averiguador y malicioso. Entendí que no me convenía asistir a las sesiones de la *Patriótica mutualista,* ni en la tarde y con la luz a casa de Gavilán, a la cual concurría noche a noche, para escribir cartas y leer las que podía haber a la mano. Y quiso la suerte que una de éstas fuera de cierta letra uniforme y angulosa, que en el acto reconocí con súbito escalofrío, semejante al que produce la vista de una víbora interpuesta en el camino.

Leí de ella a hurtadillas lo que pude, temeroso de ser sorprendido por Pérez Gavilán, y cogiendo de aquí una línea y de allá tres palabras, logré comprender que, envuelta en mil adulaciones y en términos vagos y embozados, se daba al diputado la noticia de que Don Mateo se resolvía a regresar, no por la noticia (que no creía) de que su sobrina corriese peligro con un alto personaje, sino porque el autor de la carta, mañosamente, le había dado informes sobre lo bien que aprovechaba su ausencia cierto joven pedreño calentando los cascos a la sobrina y poniendo

en peligro de desbaratarse el concertado matrimonio con Labarca.

La carta, fechada en San Martín, estaba suscrita por Don Abundio Cañas, sujeto advertidísimo y fecundo para todo aquello que requiriese malicia, desvergüenza y maldad, y de quien todo podía yo temerlo, desde que conocí su perversa índole, durante la bola de San Martín.

Nada pude decir sobre esto a Gavilán, puesto que habría tenido que revelarle mi indiscreción; y me retiré de allí inquieto y caviloso, presintiendo los males que aquel hombre podía hacerme, después del que ya me causaba para hacer regresar al Coronel.

Aquella misma noche escribí una carta a Remedios, después de romper cinco borradores que me parecieron inconvenientes. Mi objeto era ponerla al tanto de algo de lo que ocurría; hacerle comprender, por lo menos, que corría peligros, y que se tramaban planes infames que podían perjudicarla, todo con la mira de impedir que la condujera la inocencia a ser tenida por fácil o despreciable; precaución tanto más necesaria, cuanto que yo sospechaba que había dentro de su propia casa algún criado vendido a los que la amenazaban. Pero no había manera de decir tales cosas, que las expresara sin ofender la inocente sencillez de la niña, y cada palabra del

borrador me parecía el más grosero despropósito. Rompí los cinco uno tras otro, y al fin aprobé el que sólo decía lo mismo de siempre: "te quiero con toda el alma."

No me costó poco trabajo ni escasa paciencia esperar en la calle del Insurgente a Pepa y atraparla un momento para confiarle mi carta; pero al fin lo conseguí a la siguiente noche, y pude saborear el dulce placer de hablar de Remedios con aquella buena mujer que sabía quererme porque amaba entrañablemente a la niña. Roguéle yo que la cuidara asiduamente, y ella a mí que siempre la quisiera; callé mis temores, pero con maña conduje la conversación de tal manera, que Pepa, ajena a mis propósitos, me contó cuanto deseaba yo saber, ya no por desconfianza, sino por curiosidad y para conjurar los peligros.

Según ella, el Gobernador había visitado dos veces a Remedios durante la ausencia de Don Mateo: la primera acompañado de Roquete, para ofrecerle sus servicios puesto que estaba sola; la segunda con Corrales, el catorce del mes; pero Remedios, que había llorado mucho durante todo el día, pretextó una indisposición para no recibirle. Miguel había tratado de verla; pero la joven, sabedora de que se decía que estaba enamorado de ella,

excusaba recibirle, valiéndose de cualquiera invención.

Estas noticias fueron aclarando las leves sombras que quizá quedaran antes en mi espíritu; pero las últimas palabras de Pepa, como explicativas de algo que por inexplicable no quería yo recordar, llenaron mi corazón de un gozo inmenso.

—Todos los ramilletes, me dijo, que usted tira al balcón, los conserva la niña muy bien guardados. Al principio se negaba a recogerlos; pero por fin Andrea, la criada, le dijo que usted los mandaba, y ella se puso muy contenta.

Era aquel un cabo del hilo, que podía conducirme al descubrimiento de la intriga vil de que Remedios y yo éramos víctimas. ¡Fuera pereza y encogimiento! ¡Fuera temores y sospechas! Y cuenta que para desenredar una maraña hecha por Gavilán y Vaqueril, Roquete y Miguel, Doña Eulalia y Candelarita, había yo menester malicia y cautela de muy fina calidad.

XVII

EX

—El tribunal Superior de Justicia, amigo mío, se niega a recibirme el examen profesional de abogado, y en verdad que es cosa extraña, porque importa esto un acto de verdadera justicia. Es el primero que le conozco.

Esto me decía Pepe Rojo, comenzando a tomar la infame sopa que nos preparaba la malhumorada cocinera que nos servía.

—Necesito emigrar, continuó, a un país más civilizado, en donde la libertad haya sido mejor comprendida y practicada, y desde hoy pido a usted sus respetables órdenes.

—¿De veras?, preguntó Clemente.

—¿Tengo cara de burla? Entiendan ustedes que yo he de ser abogado, pese a quien pese, tanto más cuanto que de menos se hacen los hombres ilustres; por ejemplo: mi esti-

mado condiscípulo Miguel. No me riña el señor Don Clemente por esta franca manifestación de mi juicio respecto a su ídolo.

—No, por cierto, replicó el aludido; eso allá con Juanito.

—No señor; Juanito es un muchacho de quien he llegado a formarme mala opinión. Veo que ya no gusta de defender a Miguel, y voy creyendo que no sirve para maldita la cosa. Y luego que ha dado en echarla de taciturno y reservado, que no parece sino que él va a resolver el conflicto Pérez-Vaqueril. Le recomiendo, señor Quiñones, que por correo extraordinario me comunique a la capital de la República, para donde marcharé en breve, el resultado de esta trabajosísima evolución del progreso de los pueblos, no sin decirme la tajada que a usted le quepa.

Se hablaba de Miguel, de sus amoríos y de los de Vaqueril con poco miramiento a Remedios, a quien no podía yo defender, y tenía yo las orejas bien coloradas y ardorosas, cuando Julián entró sofocado diciendo desde la puerta:

—¡Grandes noticias!

—Veamos. ¡Habla, hombre!

Julián se sentó, y entre una y otra cucharada, hablaba, ahogándose algunas veces con el caldo y otras con sus propias atropelladas palabras.

—Don Mateo llegó ya de San Martín, mañana asistirá a la sesión, y como con él tiene mayoría el Gobierno, se presentará acusación contra Pérez Gavilán y su cuñado López y López; serán encausados y llamados los suplentes.

El auditorio quedó un instante perplejo, mientras cada cual preparaba un comentario. Sólo Clemente lanzó una exclamación de alegría.

—¡Soberbio! Pero ¿será verdad?

—Ni duda cabe; todos lo dicen.

—Luego es falso, dijo Pepe.

—No señor; yo subí al Congreso y oí a Don Mateo que decía a Carriles: "¡Esto es una picardía de esos bribones!"

—¡Magnífico! No hay duda.

—Pues hay más que saber.

—¡Más!

—Miguelito, que cada día se da a conocer mejor como caballero intachable, ha sabido lo del Gobernador con la Cabezudita.

—¡Huy! Eso es grave.

—¿Y ya no se casa?

—Se casa dentro de cinco días, vota con el Gobierno y renuncia la Secretaría privada.

—¡Renuncia!, exclamó Clemente abriendo desmesuradamente ojos y boca.

—Por dignidad, concluyó Julián.

A mí se me obscureció la vista, me mordí

los labios; pero pude guardar silencio. Los comentarios tomaron poco a poco calor y extensión entre los dos escribientes, que recíprocamente se aprobaban cuanto decían. Pepe lanzaba de vez en cuando una frase mordaz y oportuna, y yo callaba, dispuesto siempre a dar crédito a las malas noticias.

Los escribientes no sofrenaban ni la imaginación ni la lengua, adelantando siempre cuanta suposición podía enaltecer al Gobierno y al joven diputado, por el cual tenía todo el mundo una predilección tan especial como injustificada. Y cuando ambos se encontraban más acalorados, Pepe, con aquella palabra que tenía virtud de callarlos e imponerse, les dijo:

—Poco a poco, niños; no vayan tan aprisa, que nadie nos urge. Convengo, en nombre de las nobles tendencias del corazón humano, en que ustedes podrían tener razón; pero ustedes no han asistido a los colegios y, por lo mismo, no saben latín, lengua muerta que por algo se estudia, aun cuando no se aprenda, en nuestros institutos literarios. Dos letras hay que, unidas, forman una partícula fatal: la e y la equis. *Ex* debiera ser, en nuestro idioma, partícula inseparable; pero a algún desalmado político le dió la gana de separarla y vino a ser, entre nosotros, ya un sustantivo, ya un adjetivo, que en el mundo de la política tie-

nen significaciones terribles. Como sustantivo, vale tanto como abismo obscuro y sin fondo, del cual no suelen salir los que en él caen, o si salen, es con la cabeza inclinada para siempre; a veces significa purgatorio, y las más infierno. Como adjetivo, expresa lo mismo que despreciable, indigno de estimación y de saludo, y en muchos casos, tanto como muerto. No, señores; el *ex* es un epíteto infamante que nadie acepta; un símbolo de lo pasado que tenemos siempre a la vista para tormento de lo presente, y, por añadidura, es un mote ridículo que provoca la risa y el desprecio de los demás. Estas acepciones de la voz *ex* son muy nuestras. En España, (que aunque muy adelantada en política no nos iguala), suele usarse como honorífica la tal voz, y el que no puede llamarse ministro, se llama ex-ministro, como si dijeramos *gran cosa;* pero entre nosotros, *ser* es la última expresión de lo sublime, y *haber sido* es buenamente una vergüenza. Sentemos como segunda premisa que Miguelito es muchacho de talento y que sabe latín, y concluyamos, ¡así la Lógica nos bendiga! que antes se someterá a las más duras pruebas que consentir en que a su nombre acompañe la infamante partícula.

Ni las risas de mis amigos ni la inquietud que me embargaba impidieron que yo escuchara a Pepe con atención, desentrañando la

verdad que había en sus confusas expresiones. Pero apenas concluyó, agitado y cuidadoso salí de allí y me eché a la calle, ansioso de inquirir noticias sin saber en donde.

La vuelta de Don Mateo me causaba sobresalto y temor, puesto que apresuraba la resolución de todos los asuntos que me interesaban. La caída de Pérez Gavilán no me parecía imposible, y el medio referido por Julián tenía verosimilitud.

Sin pensarlo fui a meterme en la casa del revoltoso abogado, y sin reflexión le referí lo que sabía. Rióse Gavilán de buena gana, y me contestó:

—No sea usted niño, Juanito; Vaqueril no me hará nada: me tiene miedo. No se ausente mucho de la secretaría, porque ahora es usted más importante que nunca. Miguel está arreglando su matrimonio para dentro cinco días.

—Pero si él me ha dicho.... repuse.

—No crea usted lo que le diga, no sea usted niño.

XIX

EL TORO Y EL GATO

Aquella noche no pude dormir. Pepa me dijo, en el breve instante que logré detenerla al entrar en la casa del Coronel, que Remedios estaba llorando y Don Mateo de malísimo humor, y que ella había oído en su boca frases que daban a entender que la reprendía ásperamente, previniéndole, además, que acatara su voluntad sin lágrimas ni objeciones.

¡Si me habría engañado Miguel, fingiendo despreciar a Remedios! No; tal suposición era absurda, considerado el carácter y las ideas del joven. Sin embargo, yo no podía tranquilizarme, puesto que todo lo adverso para mí, me parecía posible y aun probable.

Salí a la calle apenas levantado el sol, y ya los habitantes de la ciudad iban y venían por plazas y aceras, al olorcillo de las noti-

cias que corrían, impulsadas por trasnochadores y madrugadores; pues el correo de la capital había llegado a media noche cargado de periódicos, cartas y paquetes de correspondencia oficial. De la gente que había en las calles, el que no andaba a caza de noticias, corría y se sofocaba con el único fin de darlas. Estaban en los periódicos con letras de molde, bien visibles y puestas allí para enterar a todo el mundo; pero, sin embargo, se referían a media voz y encargando el secreto. ¡Oh!, y había razón para ello, fuera de que las nuevas sin secreto no tienen sabor; y la razón consistía en la gravedad de las tales noticias. Un Estado de mucha consideración había arrojado el guante al Gobierno, desconociendo su autoridad por ilegítima y atentatoria a los derechos del pueblo, y sostenía su dicho con tres mil soldados. En otro, el Gobernador disolvía el Congreso que le era hostil y declaraba el *estado de sitio,* apoyado en un cuerpo del ejército nacional que se rebelaba contra el Gobierno de la República. En otro más, la guardia nacional ponía en fuga al Gobernador, y su jefe tomaba por asalto el palacio de los Poderes. En otro y muchos... Los periódicos declaraban que el Gobierno de la Nación era impotente para sofocar aquel general movimiento.

El *Diario Oficial* y algún otro papel que

se recibía en el Estado, no decían una palabra de todo esto, y vagamente daban la noticia de un desorden ocurrido en tal parte y una gavilla organizada en alguna otra.

Más temprano que solía me presenté en mi oficina, ansioso de oír una palabra, de sorprender un gesto, de ver las caras y adivinar en su expresión la verdad de todo aquello, y quedé entretanto atónito al ver que ya estaban en su puesto Vaqueril, Torvado y Miguel, hablando a media voz, con agitación y viveza. El Gobernador, pálido y ojeroso, demostraba no haber pegado los ojos en toda la noche, y apretándose las manos, murmuraba palabras de lamentación y abatimiento; el Secretario miraba a Miguel por encima de los anteojos, con semblante tranquilo y satisfecho, haciendo, al hablar, graves y reposados ademanes; y el diputado, con calor y entusiasmo, hablaba sin cesar, moviéndose y gesticulando nerviosamente, como quien se deja dominar por vivo contento.

—La revolución pierde, pensé.

Y, fingiendo trabajar en mi mesa, agucé el oído para recoger algunas frases.

—Es muy grave, murmuraba Vaqueril; de todos modos es muy grave, gravísimo.

—El golpe se da a la vez y con extraordinaria uniformidad, dijo Torvado; la cosa es hecha.

—¡Ya lo creo que es hecha!, exclamó Miguel. Secundarán el movimiento los otros; en este instante ya lo hicieron sin duda....

Las voces se confundieron y bajaron el tono; de suerte que yo sólo podía oír la de Vaqueril que decía balbuciente:

—De todos modos es gravísimo. Nos comprometen.... nos ponen en mil dificultades...

—La revolución gana, pensé yo, asombrado de oír a Miguel, que decía:

—Es preciso hacer algo, tomar parte en esto. Sí señor; pero pronto.

Oí alguna vez el nombre de Pérez Gavilán; pero de fijo daban grandísima importancia a lo que se refería al jefe de la oposición, pues tan suavemente hablaron qué nada pude escuchar, aunque puse atentísimo oído.

Alguna frase que Miguel me dijo después, tal orden comunicada al Jefe político, y tal acuerdo al redactor para escribir un artículo que ocupó una plana del periódico sin decir absolutamente nada, me dieron la certidumbre de que, en efecto, la revolución triunfaría.

Yo no sabía sino que tal victoria lo era para Vaqueril, para Miguel y para Don Mateo, y no había menester alcances más avanzados, puesto que mi política no veía más fin que la conquista de la calle del Insurgente. Cada vez con mayor desasosiego y menos cordura,

salí de mi oficina, recorrí calles, platiqué en corrillos, y por aquí y por allá, en tonos altos y bajos, a grandes y chicos oí dar las mismas nuevas que me traían medio loco y sin tino: la revolución triunfará; Miguel se casa.

Arrastrado por la fatalidad que no me daba punto de reposo, sin saber por qué ni para qué, aunque pienso que por cierto instinto que suele conducirnos a malos pasos, me entré en casa de Vaqueril al caer la tarde; y no bien me divisó la Gobernadora, cuando me arrojó encima una lluvia de frases y palabrillas sueltas, preñadas de mala intención y de rabia. Y luego que resonó mi voz, acudió al reclamo Candelarita, que hizo el dúo a su madre con incomparable puntualidad, al compás del sacudimiento histérico que agitaba desde su hombro izquierdo hasta la cadera del mismo lado.

En vano protesté, negué, afirmé y dije cuanto sin orden ni concierto me vino a la boca. No, señor, yo era un títere a quien se quitaba la novia como una mota de la solapa; Miguel se casaría con la Cabezudita, se reiría de mí, y todo el mundo le haría coro con la mejor voluntad.

Loco de rabia y jurando ya sin embozo que no lo consentiría, gané la puerta sin despedirme, a tiempo que Doña Eulalia decía con colérico acento:

—¡Qué mal sientan a veces los pantalones! Imposible que después de esta escena y de tanto oír la misma noticia del matrimonio, repetido con las propias palabras, recordara yo las que Miguel me había dicho, refiriéndose a Remedios, algunos días atrás. No tuve ya la más ligera duda de que el matrimonio se concertaba contra la voluntad de la joven y de que, a su pesar, llegaría a realizarse si antes no lo impedían los acontecimientos políticos o un acto de valor o un despropósito mío.

No bien cerró la noche, me encaminé a casa de Pérez Gavilán, resuelto y determinado a hablarle claro, muy claro sobre todo aquello y a exigirle que me dijese lo que pensaba, lo que haría para conjurar sus peligros y los que a mí me amenazaban.

El diputado estaba inquieto y agitado como nunca; despachando algún correo; y luego que contestó mi saludo, me hizo sentar frente a una mesa, me dictó dos cartas, dió órdenes después al mozo que partía, habló en el corredor con dos o tres que le esperaban, volvió a entrar, me preguntó lo que había oído de nuevo en la secretaría, y ya me disponía yo a entrar en materia con más energía que nunca, cuando oímos en el patio la voz de Don Mateo que preguntaba por Gavilán a un criado.

Me puse en pie, sintiendo un escalofrío que me hizo temblar; el diputado me empujó hacia la pieza contigua, en la cual entré de un salto y al mismo tiempo el membrudo Coronel apareció en el dintel de la puerta.

Parecióme la conversación que en seguida escuché, la lucha singular de un toro con un gato. Don Mateo, que no sabía mentir, ni tampoco lo creía necesario, llamó a las cosas por sus nombres, diciendo que lo que Pérez Gavilán procuraba era buenamente una picardía, una deslealtad, que el Coronel, ¡canasto!, no sólo no apoyaría, sino que conbatiría en el Congreso y aún con las armas en la mano. Cerraba yo los ojos y apretaba los dientes al oír aquellas verdades como puños; pero el listo agitador debía de estar muy acostumbrado a tales lances, cuando no desistía de su intento y ni siquiera se alteraba su voz.

Hablaba el abogado de los intereses públicos, de la paz general obtenida al corto precio de un voto, de los deberes del ciudadano, de la traición de Vaqueril, de las obligaciones del Estado para con el Gobierno general; pero Don Mateo, escudado con su lealtad y protestando que con no hacer nada no faltaba a sus deberes ni traicionaba a nadie, se mantenía firme, arrojando *¡canastos!* por la boca, irritado como ofendido y a punto de amena-

zar a Gavilán con los puños, y de proferir las más duras palabras.

En la trabajosa lucha, el gato se encogía, se extendía, saltaba, clavando en la ternilla del toro sus cortantes uñas, mientras la torpe fiera bufaba rabiosa, buscando inútilmente a su ágil competidor, con toscos movimientos, para hundirle el cuerno.

El astuto abogado abandonó su primer sistema de ataque y embistió por punto más débil. ¿Qué le debía el Coronel a Vaqueril? Sus grados habían sido ganados en los campos de batalla; la Jefatura de San Martín fue debida a la habilidad política de Don Mateo, y el puesto de diputado al voto espontáneo del distrito en que gozaba de tan señalado prestigio. El Coronel no cedió, y dando por cierto cuanto Gavilán decía, se limitó a bramar de nuevo contra la deslealtad de los enemigos del Gobierno. ¿Y cómo pintar, cómo explicar la cólera que le invadió y estalló en su boca con mil ternos cuando Gavilán le dijo que, por el contrario, mucho debía quejarse de la conducta de Vaqueril durante su ausencia, con respecto a su sobrina? ¡No!, ¡canasto y recanasto!, eso no era más que una invención miserable de los enemigos del señor Gobernador, que trataban de levantarle enemigos y mala reputación. En cuanto a su sobrina, era

un ángel incapaz de dar lugar a semejantes abusos, y todos los que dijeran o sospecharan o pensaran cualquier cosa desfavorable a ella, eran esto y lo otro y algo más todavía.

Fue aquel un desbordamiento de palabrotas, una erupción de ternos para taparse los oídos, que en poco estuvo no diera al traste con todos los propósitos de conquista del discretísimo Gavilán; y fue preciso que éste gastara un cuarto de hora bien corrido para lograr que el colérico Coronel, a medio calmar, le oyese, si no en silencio, siquiera limitado a lanzar bufidos al compás de su fatigosa respiración.

—Le cité a usted, oí decir a Gavilán, para algo que le interesa mucho, según dije en mi recado, y vamos a ello.

La voz del abogado sonó tan apagada y confusa, que no pude oír lo que decía, y esto era, sin duda, lo que Gavilán procuraba. Y debía el asunto de ser, en efecto, de mucho interés para el Coronel, cuando lanzó con verdadero asombro estas palabras:

—¡Yo!..... ¿De veras?.... ¡Yo!

Gavilán continuó hablando bajo, y sólo podía yo escuchar las respuestas y exclamaciones del Coronel. Oí como el ruido de un pliego que se desdobla y extiende, y luego la voz, siempre confusa de Gavilán, que leía algo, se-

gún la monotonía que noté y lo corrido de la frase.

—Esta es una honra muy grande, decía Don Mateo, con tan distinto tono del que antes había usado, que me llenó de admiración y me puso en mil perplejidades.

—Muy alta honra, repetía, que yo.... pues yo la debo agradecer y aceptar. Sí señor, la acepto con mucho gusto.

No quiero (ni hay para qué) repetir aquí todas las frases que dijo Don Mateo, y que en verdad yo no me explicaba. Recuerdo que habló algo de los límites que tiene la *amistad política,* de deberes superiores, de que, según los datos que Gavilán le daba, Vaqueril faltaba a sus compromisos con los que le habían elevado; y por último, de los deberes militares, los deberes del soldado que están por cima de cuantas obligaciones pueden existir en el mundo. Siguiéronse después frases que daban a entender conformidad de opiniones entre ambos, conformidad de propósitos y acuerdo en la acción; luego sonaron las sillas, arrastradas sobre el piso al ser retiradas por los interlocutores que se pusieron en pie, y al fin la voz de Pérez Gavilán, entera y melosa dijo:

—Hasta mañana, Señor General.

¡No, no podía ser! Había yo oído mal, sin duda.

La voz del abogado volvió a sonar en seguida:

—Buenas noches, Señor General.

¡General Don Mateo! ¡Todo lo comprendo! ¡Aquel hombre había vendido su opinión y su decantada lealtad por un pliego de papel!

Remedios se alejaba más de mí, y bien lo merecía quien había consentido en ser juguete vil de un ambicioso intrigante.

XX

UNA CELADA

Amaneció otro día, que me sorprendió sobre mi catre, las ropas revueltas y las almohadas por el suelo. Tenía yo los ojos ardorosos, la cabeza mareada, y profundos surcos denunciaban en mis mejillas el insomnio de dos noches y las agitaciones de dos días. Ya no era sólo la esperanza fallida lo que lastimaba mi corazón, sino también la buena fe, burlada tan miserablemente por intrigas de mala ley a quienes servía mi candor sin advertirlo.

Tal proceder autorizaba y justificaba una venganza, cualesquiera que fuesen los medios que para alcanzarla adoptara mi despecho; y yo, resuelto a tomarla, no ocupé en otra cosa el pensamiento, durante aquella noche que me prestó siete largas horas para meditarla bien.

Por un instinto de antipatía, había yo re-

chazado hasta entonces la amistad de la Gobernadora, y evitado que me propusiera un acuerdo para aunar nuestras fuerzas en pro de nuestro común deseo. Pues bien: ahora era preciso buscarle; ahora que mi política, sin dejar de tener el mismo fin, exigía medios contrarios.

Antes el triunfo de Gavilán era mi salvación; pero desde aquella noche mi salvación consistía en la derrota del abogado, que también sería la del nuevo general, que se quedaría, a todo rigor, tan coronel como el primer día. En cuanto a Miguel, derrotado Cabezudo, era indudable que no querría insistir en un matrimonio *impolítico.*

Si va a decir verdad, confieso que la Gobernadora me pareció menos antipática, y aun pensé que sus desapacibles tonos y su carácter feroz tenía una naturalidad que era casi graciosa y agradable. Iba a recibirme con gritos y pullas de punto muy alto; me lastimaría cuanto pudiera; pero yo procuraría permanecer sereno, dejaría pasar el primer chubasco, y después, ya calmado, nos entenderíamos perfectamente. Yo también tenía en parte la culpa, ¡no sabía reportarme ante ella!, ¡no refrenaba mi genio naturalmente impetuoso y altanero! Pero ahora sí que lo haría con tanto modo, que Doña Eulalia iba a

quedar encantada. Eso sí, de la primera andanada no escaparía yo!

En la oficina encontré ya reunidos a los tres hombres del Poder Ejecutivo, que hablaban con más calor y misterio que nunca. La palabra "mañana" llegó repetidas veces a mi oído, y tantas, que hube de parar en ello la atención, procurando adivinar lo que para entonces se aplazaba; y el arrebato imprudente de Miguel, que no consentía media voz, sirvió para enterarme de lo que me importaba: al día siguiente iba a darse el golpe.

¿Qué golpe era este? Desde luego presumí que el que debía aplastar para siempre a Gavilán, y un contento indefinible me llenó el corazón, mientras en mi imaginación siempre viva veía yo rodar al famoso general desde su encumbrado puesto hasta las más profundas barrancas de su hacienda de San Bonifacio. Hice la cuenta de los diputados: con Don Mateo, Gavilán podía reunir seis votos, y aún esto era dudoso; mientras Vaqueril tenía de su parte, por lo menos, siete.

Puesto que mi objeto se reducía a que el Coronel y yo estuviésemos a un nivel, lo mismo me daba encumbrarme que abatir a Don Mateo.

Eché por este camino mis suposiciones, con el atrevimiento de costumbre, y no sé hasta donde llegaran, si no me hubiese interrumpi-

do un criado que, de parte de la Gobernadora, llegó a llamarme con urgencia. Parecía que la señora adivinaba mi propósito de ir a visitarla, y no me hice esperar.

Al llegar a la puerta hice por vigésima vez el ánimo de sufrir impasible el chubasco que ya sentía sobre mi cabeza, y quedé lleno de asombro al ver que la Gobernadora salía a mi encuentro con la sonrisa en los labios y la mano extendida para estrechar la mía. Sonreía también del mismo modo Candelarita, y sólo noté que Concha hizo, al verme, un gestecillo de repugnancia y enojo.

Carriles, aquel diputadejo de cinco cuartas, que había tenido siempre el buen juicio de apoyarse en Doña Eulalia para todas sus pretensiones, me saludó muy afectuosamente, y lo mismo hicieron otros dos amigos de la señora, que en la calle ni siquiera se dignaban mirarme.

El objeto de aquella reunión, en la cual sólo Miguel faltaba, y otro amigo de la Gobernadora que no dilataría en llegar, era la celebración de un recuerdo feliz: el del día en que Candela había vestido de largo por vez primera. Feliz idea y justo motivo de regocijarse, según los presentes; pero que a mí me pareció pretexto para echar una cana al aire, inventada por Doña Eulalia, quien gustaba de

vez en cuando de improvisar alegrías en el comedor.

Hubo que entretener el tiempo con conversaciones en que yo tenía poca parte, mientras los otros dos convidados llegaban. ¿Quién era el segundo? Un antiguo amigo de la casa, que vivía desde años atrás metido en un poblacho distante, y que ahora pretendía venir a establecerse a la capital. La Gobernadora le aseguraba que le conseguiría de su esposo un empleo decente de todo en todo. Y bien lo merecía, porque era hombre de buen talento, vivo y astuto, y sobre todo excelente amigo y honrado a toda prueba. Vamos, que a todos se nos abrió el deseo de conocerle.

Me impacientaba no poder hablar desde luego con Doña Eulalia; pero supimos por ella que Vaqueril comería con Torvado, y consideré que después de la comida tendría yo sobrado tiempo y mejor ocasión para entenderme con ella.

La maligna señora me miraba a menudo, dirigía luego la vista a su hija mayor, y ambas sonreían de un modo especial, que no me dejaba del todo tranquilo. Su semblante y el de Candelaria mostraban cierta frescura y despejo que sólo suele dar la alegría; su conversación era jovial y frecuentemente interrumpida por franca y natural risa. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué se impacien-

taban las señoras tan visiblemente por la tardanza de Miguel y el incógnito convidado?

Haciéndome estas y otras semejantes preguntas, fueron despertando en mi espíritu sospechas y temores tales, que al sonar en el corredor los pasos de Miguel me sobrecogí sin poderlo remediar. Y no bien hubo el joven tomado asiento e informádose del motivo de la fiesta, cuidando de mostrarse más preocupado de lo que realmente estaba con los acontecimientos políticos, cuando Doña Eulalia, mirándome con inexplicable malicia, me dijo:

—Muy cortado veo a Juanito; y la verdad que me llama la atención, pues es vivaracho y exaltado, aun cuando sea para hablar del calor y del frío.

Por supuesto que Carriles y los otros dos convidados encontraron justa y atinada la observación.

—Mosca muerta, dijo Candelaria mirándome de reojo con aire zalamero.

Todos echaron a reír, y yo, que no había menester tanto para aturdirme, no logré concertar una frase medianamente racional.

—Por algo dice usted eso, observó Carriles, bailando en su asiento como títere, y dirigiendo a Candelaria miradas zalameras.

—¿Por algo? No, señor; por mucho, contestó la muchacha.

—¡Oiga!, exclamó uno.

—¿Conque así?, preguntó otro.

Miguel, atento a lo que se decía, me miro con indiferencia, en tanto que yo, presintiendo algo muy desagradable, trataba de conjurar el peligro con forzada sonrisa y palabras sin ilación.

—¡Si ustedes supieran!, apuntó la Gobernadora.

—Señora... dije yo acongojado, ¿se ha propuesto usted darme un mal rato?....

Una risa general acogió mi reproche. No había remedio: hablando la Gobernadora, todos tenían que aplaudir, así me diera a mí una fiebre, y por más que las palabras de Doña Eulalia fueran otras tantas majaderías vedadas por la buena crianza.

—Se pone colorado: ¡mala señal!

—Quiere decir que la conciencia le acusa.

—No, Juanito, no se enoje usted, dijo la señora con implacable impertinencia; por el contrario, envanézcase de haberse reído, ranchero y todo, de todos los pollos almibarados de la culta capital. Además, la muchacha es guapísima y merece la pena.

—¡Qué chasco les ha dado a los tenorios!, exclamó Candela.

Y como los presentes estuvieron de acuerdo, todos los ojos se volvieron a Miguel, que se puso súbitamente pálida, tomando a poco un color encendido. Doña Eulalia compren-

dió que había llegado al punto que buscaba, y con la satisfacción del tigre hambriento que desgarra a su presa, continuó:

—Vaya, hombre no se enfade por esto, que es una bonita aventura. En medio de una revolución en que se peleaba sin cuartel, al saber que la novia estaba amenazada, correr en su auxilio y salvarla de sus enemigos entre las balas, desafiando la muerte, y luego tomarla en los brazos, montar a caballo y correr con ella por campos y bosques, durante una noche y un día.

—¡ Cárambola !

—Eso parece novela !

—Pues es verdad.

—Señora, dije irritado y aturdido a la vez, eso no es cierto.

—Estamos entre amigos de confianza que guardarán el secreto, contestó ella riendo.

Negué con energía y coraje, y ella afirmó con viveza, amenazándome con presentar pruebas irrecusables. Yo sudaba de congoja: me sentía sofocado por la ira y revolviéndome en mi asiento, no me atrevía a mirar a la terrible Gobernadora. En tanto Carriles y sus compañeros habían reparado en el descompuesto semblante de Miguel, y temerosos de incurrir en su desafecto, no sabían qué decir ni qué hacer. Conchita se retiró a su cuarto; Candela reía nerviosamente, amagada ya del

acostumbrado ataque, y Doña Eulalia, lanzando a Miguel miradas furtivas de reojo, no cesaba en sus imprudentes declaraciones.

—¿Qué les parece a ustedes el rancherito?

—Repito, señora, que eso no es cierto.

—Vamos, hombre, ¿y por qué Don Mateo le aborrece, si no es porque usted le enredó a la Cabezudita?

Al sonar este nombre, Carriles bajó la cabeza, huyendo el compromiso, y Miguel hizo un movimiento súbito que sin duda no pudo reprimir. La Gobernadora, atenta a todos los pormenores de la escena y resuelta a llevar adelante su propósito de humillar a Miguel, se encaró con los tímidos, e interrumpiendo la enérgica protesta que yo hacía.

—¿Saben ustedes preguntó, cuántos y cuán distinguidos son los burlados?

Carriles tartamudeó una frase sin sentido, que le habría costado cara si Miguel, rompiendo su silencio, no hubiera hablado.

—Si cree usted que yo soy uno de ellos, dijo con acento de cólera, se equivoca completamente.

—No he dicho tal cosa; pero....

—¡Mamá!, gritó Candelaria espantada y tratando de evitar un disgusto serio.

—No es posible que Miguelito.... logró decir el diputado.

—De mí no se ha burlado nadie, dijo Miguel.

—Sin embargo, replicó la Gobernadora, usted no ha sido indiferente a las gracias de esa niña....

—¡Mamá!

—Bien, dijo Carriles; pero Miguelito no llevó el chasco. ¡Ya me figuro que él, que es un poco calavera, como todos los jóvenes guapos y de talento....!

Y dejó adivinar en un gesto algo que no quiso decir, y que acabó de encenderme la sangre, cegándome por completo.

—¡Eso, eso!, exclamaron los otros tímidos.

—Justamente, afirmó Miguel, encontrando en la calumnia su salvación.

—¿De veras?, preguntó Doña Eulalia con cierta malicia y como satisfecha de que Miguel hallara salida. Pero algo trató usted de poner por obra cuando cierta noche alcanzó un porrazo en la cabeza.

—¡Sí!, exclamó Miguel con rabia y mirándome con terribles ojos; pero alcancé también por mí mismo la prueba de que esa muchacha no es más que una desgraciada, que aun como pasatiempo me mancharía.

Quise echarme sobre él, y cerrar aquella boca de un puñetazo; pero al ponerme rápidamente en pie, Carriles, ágil como una ar-

dilla, se colgó a mi brazo, con el cual le hice en seguida rodar por la alfombra.

Doña Eulalia y Candelarita gritaban; los dos convidados mudos trataban de detenerme, y Miguel, parado frente a mí, me miraba como desafiándome.

—¡Es usted un miserable, sin pudor ni vergüenza!, exclamé:

—¡Salga usted de aquí!, gritó Doña Eulalia; y me señaló la puerta, imitando a las actrices que había visto en el teatro.

Quise contestar algo muy terrible a aquella maldita mujer; pero Carriles y socios me empujaron groseramente hacia el corredor, a tiempo que Miguel sujetaba entre sus brazos a Candelarita, que saltaba como epiléptica.

Salí de allí como si todo el infierno me persiguiera, y al pasar el zaguán, oí una voz melosa, que con tono de alegría me gritó:

—¡Juanito, hijo mío!

Por toda respuesta descargué un cachete que resonó ruidosamente.....

Era el convidado que se esperaba: Don Albundio Cañas.

¡Él era el culpable!

XXI

LA FIEBRE

Sin tino ni conciencia de haberle perdido tan rematadamente, no busqué ya en mi enloquecida imaginación manera de justificar a Remedios ni de desmentir las infames suposiciones que se hacían respecto de su conducta. Una sola idea dominó con absoluto imperio en mi voluntad y mi razón; matar a Miguel. ¿Para qué? No me hice tal pregunta, que puede contestar el asesino de oficio; mas no el que va al crimen empujado por una pasión vehemente. ¿Cómo le mataría? De cualquiera manera, con tal que quedara bien muerto y que fuera cara a cara. Yo no tenía arma ninguna, pero ni siquiera reparé en ello, quizá porque estaba yo convertido en fiera, y las fieras no necesitan más instrumento que sus propias garras.

Voy a esperarle a la puerta de su casa, que al fin tarde o temprano tiene que volver de la del Gobernador; pero me es imposible mantenerme en un lugar diez minutos. Voy por el camino que tiene que llevar para dirigirse a su casa; vuelvo al punto de partida, y cuando creo andar a paso lento, me resulta que recorrí el largo trecho en seis minutos, atropellando a los transeuntes y tropezando con frecuencia. Gasto en idas y venidas más de una hora, y me fatigo en vano, pues no encuentro a Miguel. Me acerco a la casa de Vaqueril, y aunque escucho atentamente, no oigo ningún ruido; la comida concluyó desde hace mucho rato y los convidados deben de haberse marchado ya. En efecto, al ver salir a un criado le pregunto por Miguel: se fue antes que ninguno hace más de media hora.

¡Torpe! Es claro que, estando preocupado con motivo de los acontecimientos que para el siguiente día se preparaban, debe de haberse ido a reunir con Vaqueril y Torvado en la casa de éste. Pues voy allá. Espero media hora, subiendo y bajando por la calle, y nadie asoma. No puedo esperar más; llamo a la puerta, resuelto a enviar un recado al joven para obligarle a salir; pero mi deseo se frustra por segunda vez: el criado dice que el señor Labarca no ha llegado en todo el día.

¡Así pasó aquella tarde lenta y pesada-

mente a medida que me invadía una como horrible fiebre, llena de pesadillas!

Sin duda la fatiga de aquel andar sin término me llevó instintivamente a mi casa después de entrada la noche; pues sin que en ello interviniese mi voluntad, me encaminé allá, y sólo pude notarlo cuando entrando en el patio vi a Pepe que con una vela en la mano examinaba atentamente a un caballejo flaco y de mal aspecto que, sin mover pie ni mano, se dejaba reconocer impasible.

—¿Qué le parece a usted este animal?, me preguntó mi amigo.

—Muy bueno, le contesté, dirigiéndome a mi cuarto.

—Más que de espuelas voy a necesitar de paciencia durante el viaje, dijo Pepe; pero eso no cuesta dinero. ¡Qué diantre!; sobre más triste caballería se lanzó Don Quijote en busca de más peligrosas aventuras. Me voy pasado mañana.

No contesté una palabra, y me eché en el catre a descansar. Algunas horas permanecí inmóvil en la obscuridad, sin atender a la charla que poco después de mi llegada emprendieron Pepe y los escribientes, tal vez hablando del viaje del estudiantón, o de lo que por las calles se decía ya de los graves sucesos que se anunciaban para el día siguiente.

Serían las diez cuando Clemente entró en

mi cuarto apresuradamente, y acercándose a tientas me dijo en voz baja:

—Le busca a usted una mujer.

—¿Una mujer?—pregunté poniéndome en pie de un salto.

—Sí; está esperando en la calle.

Salí precipitadamente, y en el zaguán encontré a Pepa que entre asustada y llorosa me dijo:

—La niña está muy afligida y llena de miedo....

—¿Qué sucede?

—El señor Labarca fue a casa esta tarde.

—¡Miguel!, exclamé lleno de ira.

—Sí, señor; habló mucho con Don Mateo, se acaloraron y disputaron mucho, y cuando Don Miguel salió, el señor habló con la niña y la regañó y echó mil maldiciones. Le dijo lo que nunca le había dicho, y hasta creo que tenía ganas de pegarle.

—¡Pegarle a ella!

—Y todo porque el señor Labarca fue a decirle que ya no se casa con la niña, porque lo quiere a usted, desde San Martín, y Don Mateo dice que ya era asunto arreglado, y que usted es un títere que no sirve para nada.

¡Miguel había encontrado el pretexto que sin duda buscaba para romper el compromiso!

—Don Mateo, continuó Pepa agitada, ha

jurado que va a mandar a la niña con su padre; pero lo que más la aflige es que ha ofrecido matarlo a usted.

—¡A mí!

—Dijo que esta noche misma vendría a buscarlo, a la hora que saliera de no sé qué junta adonde tenía que ir. La niña le manda rogar a usted, por el amor de Dios, que no se quede en su casa esta noche. Que se esconda usted.

—Está bien, respondí maquinalmente.

—Le diré que se tranquilice, que va usted a esconderse.

—Sí, dile lo que quieras.

Pepa se marchó, y yo volví a mi cuarto. En medio de la obscuridad, mi imaginación veía grotescas figuras que luchaban a muerte, abrazándose, retorciéndose, golpeándose hasta saltarse los sesos. Don Mateo, Miguel y yo nos encontrábamos frente a frente, con igual deseo de destruirnos y acabarnos; en los tres semblantes se veía pintado el encono, y las manos crispadas denunciaban la rabia de que estábamos poseídos. De pronto me arrojaba yo sobre uno de ellos y de un golpe le ensangrentaba horriblemente la cara; el otro me asestaba un puñetazo; pero agarrándole yo la garganta, daba con él en tierra, y apretando, apretando con extraordinaria fuerza y sin compasión ninguna, veía con feroz satisfacción

amoratarse, ennegrecerse el rostro de mi víctima. Acudía el primero al ataque, y entonces todos tres nos confundíamos, formando un solo cuerpo hecho un nudo de miembros, primero agitados y convulsos, y después ceñidos y vigorosos, como serpiente que ahoga a su presa. Oía yo las respiraciones sofocadas y angustiosas que se dificultaban por la presión terrible de seis brazos nervudos, vigorizados por la sed de venganza. Algunos quejidos leves se escapaban al más débil de los tres, que iban haciéndose a cada instante menos perceptibles; algún brazo cedía al cansancio o al dolor, o se rendía a la muerte; y sin embargo, yo apuraba el vigor de mis músculos de acero para ahogar sin lástima. Las respiraciones eran ya estertores de moribundo. Los oídos me zumbaban, cegaban mis ojos, mi cerebro se entorpecía....; pero aún sentía yo la vida en el deseo implacable de matar!

XXII

¡ ASESINO !

No hallé en aquel dormir el descanso que habían menester mis extenuados miembros, ni el reposo que necesitaba mi espíritu. Desperté al amanecer en medio de horrible pesadilla, cuyas sombras me parecía ver en los ángulos de mi cuarto aun después de abrir los ojos.

Sentí de pronto un malestar inexplicable sin recordar que durante veinticuatro horas no había tomado alimento ninguno; pero me bastó traer a la memoria los sucesos del día anterior, para que, haciéndome cargo otra vez de mi desesperada situación, dejara de sentir las molestias del cuerpo.

—Hoy, pensé, he de encontrar a Miguel de todas maneras.

Y haciendo un esfuerzo de voluntad, esperé a que el día avanzara.

—Tiene usted una cara de los demonios, me dijo Pepe cuando me vió salir de mi cuarto. Se conoce que es usted partidario del gran Vaqueril y que ya ve usted perdido el pleito. ¿Está usted enfermo?

En seguida me refirió las noticias que Julián había recogido durante la noche, y traído a casa a las seis de la mañana.

Un correo que llegó en la madrugada había sido portador de importantísimas novedades. La Legislatura disuelta del Estado X, había sido apoyada por el Gobierno general con un grueso cuerpo de ejército, y el Gobernador rebelado huía por los distritos. El Gobernador derrocado del Estado Z. iba a ser repuesto en su empleo merced al esfuerzo incontrastable de tres mil bayonetas. El "Diario Oficial" daba la nueva de que la *gavilla* de marras había sido disuelta por una fuercecita federal, lo que, traducido al lenguaje de la verdad, significaba que las tropas *pronunciadas* habían sido derrotadas completamente por las del Gobierno.

—Ya ve usted, concluyó Pepe, que ha tenido razón el señor Vaqueril para mandar echar a vuelo las campanas al amanecer: ¡celebra el triunfo del Gobierno nacional!

No sentí ya indignación ni enojo. ¡Qué me

importaba a mí todo aquello! Remedios enviada a su padre, Remedios deshonrada ante la opinión pública: eso era todo para mí.

No reparé en que Pepe me observaba atentamente, mientras yo me paseaba con inquietud y agitación en el patio. Me resistía a tomar el desayuno, y el estudiante me obligó a beber una taza de leche. Clemente, que había salido a caza de chismes, entró sobresaltado y nos dijo:

—He oído hablar algo a dos diputados gobiernistas. Los repiques no significan nada, pues Gavilán no quiere quedar chasqueado y hoy habrá campaña en el Congreso. ¡Pobre revoltoso!, eso le va a costar caro, porque parece que el Gobierno le lanzará de la Legislatura, en lo que hará muy bien. La ciudad está alarmada, y todo el mundo anda en la calle. No hay motivo para tanto, ¡que demonio!; el Gobierno cuenta con ocho votos seguros contra cinco que tiene Gavilán. Y figúrense ustedes esos ocho diputados dirigidos por Miguelito, que es su jefe.

—¡Ya lo creo!, exclamó Pepe.

—Y a propósito de Miguel, continuó Clemente, ¿qué disgusto tuvo usted con él, Juan?

—¿Yo? Nada.... cualquiera cosa....

—Dicen que fue por la Cabezudita.

—¡Hola!, gritó Pepe, mirándome con interés ¿Cómo está eso?

—Dicen, prosiguió el escribiente, que usted está celoso porque Miguel.... No; que Miguel está furioso porque usted se ha burlado de él. En una palabra, que usted es el único que sabía que esa muchacha era cualquiera cosa.... así....

—¡Calle usted, charlatán, grité fuera de mí y poniéndome en pie.

Pepe me detuvo asustado.

—¿Qué es esto, Juan?, me preguntó en tono de reprensión afectuosa.

—Es, respondí, que Miguel es un miserable calumniador, que toma venganza de esa niña porque ha sido rechazado por ella. Es que los necios como éste se convierten en eco de cuanto oyen decir, sin advertir que con ello manchan la virtud más limpia y la pureza inmaculada.

Trató Pepe de calmarme, y el pobre Clemente se excusó con timidez; pero bastó la breve escena para que el caliente rescoldo del día anterior ardiera con llamas. Todo el mundo estaba ya enterado de lo sucedido en casa del Gobernador. Es decir, que todos juzgaban ya a Remedios como una mujer vulgar y desgraciada, de cuyas faltas había pruebas indudables.... ¿Qué podría yo hacer sino matar a Miguel?

Pepe notaba en mi semblante que algo muy grave pasaba en mi interior, y la escena en-

tre Clemente y yo fue para el astuto estudiante una revelación. Trató de entretenerme en casa; pero al fin, exasperado e impaciente, tomé mi sombrero y salí. Pero Pepe, fingiendo una curiosidad que no tenía, me acompañó so pretexto de inquirir noticias y ver lo que sucedía.

Parecía que era aquel un día de grande regocijo según hormigueaba la gente en la plaza principal y calles próximas. Con frecuencia éramos detenidos por alguna persona que daba o pedía noticias, y Pepe se complacía inventándolas a cual más escandalosa y alarmante, con la muletilla de saberlas de buena tinta. Yo me impacientaba cada vez más y extendía la vista por cuanto podía abarcar buscando a Miguel.

Al fin, cerca ya de las diez, recorriendo el trayecto de la casa del joven a la plaza, y en sitio no distante de mi habitación, encontramos al joven que caminaba con la cabeza inclinada al suelo y muy de prisa. Casi lancé una exclamación de gozo, y a tiempo que Pepe me decía en voz baja: ¡Prudencia, Juan!, detuve a Miguel por un brazo.

—¿Qué quiere usted?, me preguntó con disgusto.

—Hablar dos palabras, respondí.

—No puedo detenerme.

—Pues se detendrá usted.

—Tengo prisa.

—Diga usted que tiene miedo.

—¡Juan!, exclamó, poniéndose lívido.

—¡Sígame usted!, le dije, sin hacer caso de las palabras que Pepe me dirigía.

—Nos veremos después; hoy no puedo.

—Pues le abofetearé en la calle, dije sordamente, estrujándole el brazo.

El joven hizo un movimiento rápido y se desprendió de mis dedos; Pepe me detuvo. Algunos transeúntes se pararon a mirarnos y el joven, con ademán de ira, me señaló el camino.

—Vamos a la casa de usted, me dijo, que está cerca.

Uno de los transeúntes tomó precipitadamente el camino de la plaza, sin duda para ir a dar el aviso a Vaqueril, y yo comprendí que había que apresurarse.

Llegamos a la casa, entramos en el estrecho comedor, y yo, empujando a Pepe hacia fuera, cerré la puerta, encerrándome con Miguel.

—Lo que haya usted de decirme, que sea pronto y en pocas palabras, dijo Miguel con voz dura y altiva.

—Muy pocas, respondí. Quiero matar a usted o quedar muerto en este sitio.

—¡Está usted loco!, exclamó el joven, palideciendo al comprender la resolución que mis palabras mostraban.

—Lo estoy sin duda. Usted ha quitado, con sus acciones y sus palabras, la honra a una mujer que es lo único que tengo para amar la vida. No se excuse usted, porque no hay remedio. Si lleva pistola, ármese y máteme; si no, tome usted una silla, un tenedor: con cualquier cosa se mata a un hombre.

—Yo no puedo asesinar....

—No; este es un duelo como cualquier otro.

—No lo admito.

—Pues yo sí.

El joven se acercó a mí con los brazos cruzados y me dijo secamente:

—Puede usted asesinarme.

Vacilé ante aquella inesperada actitud. Agarré después por un hombro al joven y le hice retroceder hasta un ángulo del cuarto.

—¿Y si le doy a usted una bofetada?, dije ahogándome de cólera.

—Haga usted lo que quiera, me contestó; estoy en su casa, encerrado alevosamente.

—Usted ha querido venir a ella.

—Para hablar con usted, no para ser asesinado.

—¡Y a mí qué me importa!

—Pues hágalo usted.

Me sentí humillado en aquel terreno, y no sé qué desesperación suprema e inconcebible me hizo saltar las lágrimas a los ojos y puso

en mis labios secos y temblorosos esta frase, en tono de doloroso ruego:

—Miguel.... ¡cásese usted con Remedios!

—¡Casarme yo!, exclamó el joven estupefacto.

—Sí; cásese usted, y yo me ausentaré de aquí para siempre; nunca oirá usted mi nombre, ni ella tampoco; será usted feliz, porque ella es buena como los ángeles del cielo. Cásese usted, porque así reparará el mal que le ha hecho, y le devolverá la honra que le ha quitado....

Llamaron fuertemente a la puerta y Miguel quiso dirigirse a ella, pero le detuve.

—Vienen a llamarme, me dijo; se me necesita mucho en el Congreso.

—Dígame usted que sí se casa y le dejo ir.

—Mi voto es indispensable para decidir las cuestiones que hoy se tratan.... dijo el joven con impaciencia.

—¡Ofrézcame casarse!, repliqué volviendo a montar en cólera.

—No sea usted necio, dijo resueltamente el joven, ni haga usted comedias ridículas conmigo.

—¡Qué dice usted!

—Que quiere usted casarme con su antigua querida, con la querida actual del Gobernador, con una mujer despreciable, que es casi una....

El frasco estaba sobre la mesa y de allí le tomé. El ruido de los pedazos de cristal que cayeron por el suelo, ahogó el grito que lanzó Miguel al rodar a mis pies bañado en sangre......!

No sé cómo se las compuso Pepe para obligarme a huir, mientras el enviado del Gobernador salió a todo correr en busca de médicos y de policía. Quizá mi estupor y atolondramiento me hicieron ser dócil a sus órdenes.

Recuerdo que anduve por azoteas y casas ajenas que me eran desconocidas, y que al cabo de mil vueltas llegué a la casa del Padre Quebradillo, a tiempo que tomaba la copita de las doce. Recuerdo que se horrorizó al verme ensangrentado; que me despidió enérgicamente; y que cuando iba yo a salir me detuvo, y lanzándome mil anatemas me encerró en la despensa.

Largas y horribles horas pasé en aquel encierro, asustándome como un niño con cada rata que corría de una a otra caja del abundante repuesto del Padre. La imagen de Miguel con la cara llena de sangre, los ojos extraviados y expresando una agonía dolorosa, se presentaba delante de mí constantemente; su grito sonaba en mi oído con estridor horripilante, y en mi alma el que mi conciencia repetía con espantable voz: ¡Asesino!

No sé cómo no perdí para siempre la razón, metido en aquel cuarto húmedo, sombrío y pestilente, que me parecía a ratos negro calabozo en el cual había de expiar mi crimen. Cayó la tarde, y entonces para mí cerró la noche; una noche llena de visiones y de angustias....

De pronto la puerta se abrió; la luz que el padre Quebradillo llevaba en la mano iluminó mi prisión, produciéndome el espanto que al condenado a muerte la del día del suplicio, y Pepe Rojo, entrando con precipitación, me sacó por un brazo hasta el patio y con voz rápida e imperiosa me dijo:

—¡Monte usted!

Monté en el escuálido caballejo que Pepe me presentaba, y al salir a la calle oí la voz del estudiante que decía:

—¡A la derecha!; ¡por la izquierda viene la policía!

Corrí con toda la velocidad que la cabalgadura pudo dar de sí; pero aún me alcanzaron los gritos de mis perseguidores que me mandaban hacer alto.

Los vecinos comenzaban a colgar farolitos de colores sobre puertas y ventanas, como en fiesta nacional. Al llegar al Calvario quise tomar por una calle que me conduciría más brevemente fuera de poblado; pero hube de

retroceder y echar por otro rumbo, porque una procesión de hombres con hachas encendidas desembocó por aquella. Al perderme en la obscuridad de la calle adyacente, oí un clamor ronco que decía:

—¡Viva el Licenciado Pérez Gavilán!

Era la *Sociedad patriótica mutualista de obreros liberales*, que acudía, súbitamente, engrosadas sus filas, a felicitar por su triunfo al nuevo Gobernador del Estado.

XXIII

UNA CARTA

Querido joven:

Desde el día fatal en que usted se lanzó por el camino del crimen, no me dejan paz el juez, el secretario y el mozo del juzgado que me trae una cita cada diez minutos, ya para declarar, ya para ampliar mi declaración, ora para preguntarme dónde está usted, ora para amenazarme con meterme en la cárcel. De todo esto he sacado una ventaja: aprender el Derecho penal, en que estaba yo atrasadito.

¡Qué chasco ha llevado, amigo mío, su vanidad de asesino! Miguel, a las dos horas del descalabro, abrió los ojos, y tan bien los abrió, que vió con perfecta claridad cuanto era menester para no extraviar el camino de su conveniencia. Había en el Congreso una pelote-

ra de los demonios, porque pasado a las filas de Gavilán el famoso General Cabezudo, no podía resolverse nada, puesto que los votos se equilibraban. El desventurado Vaqueril hizo que Miguel fuese conducido con todo mimo a la Cámara para obtener el triunfo; pero el joven, que está ya muy aprovechado en su carrera...., votó contra el Gobierno, y decidió la caída de Don Sixto Liborio. Este buen hombre debe envanecerse como maestro....!

Roquete, Carriles y aun creo que el mismo Sequedal dejaron de ser partidarios de Vaqueril en seguida, convencidos de que un Gobernador que se deja derrocar no puede hacer la felicidad de los pueblos. Roquete se duele en el cambio de que Gavilán no se deje llevar como su antecesor, de aquí para allá, en busca de supuestas aventuras urdidas por él.

Esto se regenera, y camina a paso veloz hacia la mayor grandeza. Cuando vi a los mienbros de la *Patriótica mutualista* pasar frente a los balcones del palacio, aclamando a Gavilán y agitando sus hachas, no pude menos que exclamar: "¡Qué hermoso espectáculo el de un pueblo que conoce y ejercita sus derechos!"

Vaqueril y familia han ido a esconder la vergüenza del *ex* en los bosques del molino.

Envié noticias de usted a la blanca paloma pedreña y me puse a sus órdenes para lo que

guste mandar; pero la familia de la calle de las Peras se la llevó a una hacienda, porque la chica está mala y desmedrada a consecuencia de los últimos sucesos.

En cambio de todas estas noticias hágame el favor de mandarme mi rocín (si es que no está usted prendado de su andadura), pues su falta me ha hecho suspender un viaje de que tanto espero yo, y que ha de redundar en provecho del género humano, a quien me propongo ser utilísimo.

Le quiere su amigo.

Pepe.

Leí esta carta en la casa del Cura de San Martín, mientras su sobrina, cantando alegremente, sacudía los muebles del cuarto que la criada acababa de barrer.....

Pero basta por hoy. Me duelen las espaldas, y tengo cansados los ojos por estos malditos vidrios que necesito ya para pintar la enredada letra en que se ha trasformado aquella de gallarda forma y delicados perfiles.

Buenas noches.

ÍNDICE